

George Eldon Ladd

EL EVANGELIO del REINO

Estudios bíblicos acerca del Reino de Dios



EL EVANGELIO del REINO

- ¿Qué es el Reino de Dios?
- ¿Cuándo ha de venir?
- ¿Cómo se manifestará?
- ¿Es una sociedad presente?
- ¿Es una realidad futura?
- ¿Es un ideal realizable?
- ¿Es una utopía bien intencionada?
- ¿Qué relación tiene con Jesús?
- ¿Qué relación tiene con la Iglesia?
- ¿Es el cielo?
- ¿Es la Iglesia?
- ¿Es terrenal o celestial?
- ¿Cuál es su importancia actual?

Estas y muchas otras preguntas quedan contestadas en este libro que trata con claridad y profundidad uno de los temas apasionantes y difíciles de la Biblia. Su comprensión está al alcance de creyentes nuevos, pero también dará satisfacción a los teólogos y ministros del evangelio.

ISBN 0-8297-1291-7

EL EVANGELIO del REINO

*Estudios bíblicos acerca
del reino de Dios*

por
George Eldon Ladd,

*profesor de Teología bíblica
en el Seminario Teológico Fuller*

Traducido por George A. Lockward S.



Editorial Vida

Los textos bíblicos utilizados en esta publicación han sido tomados de la antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602) y revisada por las Sociedades Bíblicas en América Latina en 1862, 1909 y 1960, a menos que se indiquen otras versiones.

ex libris eltropical 21jun08

ISBN 0-8297-1291-7

Categoría: Estudios bíblicos

Este libro fue publicado originalmente en inglés con el título de *The Gospel of the Kingdom* por Wm. B. Eerdmans Publishing Co.

© 1974 by Wm. B. Eerdmans Publishing Co.

Edición en idioma castellano

© Editorial Vida, 1985

Miami, Florida 33167

Reservados todos los derechos

Cubierta diseñada por: Hector Lozano

Indice

Prefacio	5
Prólogo	9
1. ¿Qué es el reino de Dios?	11
2. El reino es futuro	27
3. El reino es de hoy	49
4. El misterio del reino	65
5. La vida del reino	85
6. La justicia del reino de Dios	103
7. La demanda del reino	125
8. El reino, Israel y la iglesia	143
9. ¿Cuándo vendrá el reino?	165

151191

Prefacio

Es causa de regocijo para la Iglesia de nuestra América Latina la publicación de este libro del Dr. George E. Ladd sobre el reino de Dios. Desde que empecé a estudiar este importante tema, en parte bajo la tutela del mismo Dr. Ladd, me ha parecido muy raro que se escuchen tan pocos mensajes sobre el reino; esto es incomprensible especialmente si se tiene en cuenta que es el tema número uno en la predicación de las figuras centrales del Nuevo Testamento, primero de Juan el Bautista, luego de Jesucristo mismo, entonces de los discípulos cuando salieron a evangelizar durante el ministerio de Jesús, y después, de toda la Iglesia al ir predicando el Evangelio del reino por todo el mundo. Sin embargo, hoy en día muchos estudiantes de la Biblia y líderes de la Iglesia están reconociendo, una vez más, la importancia de este tema. En diciembre de 1972 hubo por primera vez en la historia de la Iglesia un congreso evangélico de teólogos latinoamericanos que escogieron el tema del reino de Dios como el foco de su investigación. En mi opinión esto augura un despertamiento sano dentro del cristianismo evangélico, para que logremos un nivel más alto en la comprensión y en la predicación de las Buenas Nuevas. El mensaje barato, fácil, raquítrico y privado de las demandas más serias de Jesús, que muchos predicadores muy bien intencionados han dado al

mundo no corresponde al llamamiento serio, profundo, y costoso que Jesús anunciaba en el primer siglo. Pero gracias a Dios el Evangelio del reino que se presenta en este libro sí concuerda con el mensaje de discipulado serio de Cristo.

Por eso siento un placer profundo al escribir una palabra de elogio sobre este estudio del Dr. Ladd. No ha escrito para los eruditos, sino para los pastores y laicos capaces de nuestras iglesias; a pesar de esto su erudición se aprecia en cada página. La estatura de un maestro se nota cuando puede presentar temas difíciles de la Biblia y hacerse entender. Así que, espero que muchos líderes de la Iglesia lo lean, lo estudien y lo usen en clases bíblicas para jóvenes y adultos; las enseñanzas aquí expuestas profundizarán la consagración y el ministerio de todos los que tengan contacto con ellas.

El autor nos hace entender que el reino de Dios es un concepto bíblico muy complejo. Jesús nunca dio una definición de él. A veces parece ser algo del presente, a veces del futuro; aquí indica el rey y su autoridad, allá señala los sujetos del reino; en unos versículos los hombres pueden entrar en el reino ahora en este tiempo, y en otros, entran en el futuro. Requiere de una maestría extraordinaria el lograr una coordinación lógica y satisfactoria de todos los elementos involucrados. El Dr. Ladd, creo ha cumplido con esta difícil tarea. Explica que el reino es básicamente el gobierno, dominio o autoridad real de Dios, que entró en el mundo en la persona de su Hijo, Jesucristo, con el propósito de derrotar las fuerzas del mal encabezadas por Satanás, y de librar a los hombres que se quedaban esclavizados por el pecado. En el presente la liberación es parcial; sólo en la venida futura de Jesús se logrará la liberación total de los hijos de Dios. Así que el reino es un poder

salvador tanto en el presente como en el futuro. Los poderes de Dios que actuarán en plenitud en la edad venidera están operando en forma parcial en este siglo malo. Este mismo hecho nos da la seguridad de la victoria final de las fuerzas sobre las huestes del mal en el climax de la historia.

La solución final de Dios terminará los problemas de nuestros días que nos parecen insolubles: los elementos apocalípticos en nuestra historia contemporánea, la contaminación horrible de nuestro ambiente por la mala mayordomía del hombre, el crecimiento espantoso de población y la deshumanización y esclavitud de millones de personas. Frente a estos problemas el hombre moderno se está haciendo preguntas serias acerca del destino del mundo. ¿Cuánto más tiempo nos resta antes del fin del mundo? El gran interés en cuestiones de la escatología ha dado lugar a la explotación de miles de personas por los astrólogos, maestros falsos, y gurús, que tienen su propia interpretación de la historia, al menos de la situación contemporánea. Aun entre los evangélicos aparecen libros sobre el futuro, pero no todos concuerdan con una sana exégesis de la Biblia. En esta situación me huelga muchísimo la publicación de este libro que da una presentación bíblica, sana y sensata del plan de salvación hacia cuyo desenlace al fin de esta edad ha sido encausado por Dios.

Algunos lectores de habla castellana tendrán que entender que este libro ha sido escrito en otro ambiente que el de la caldera candente y revolucionaria de América Latina. Aunque el Dr. Ladd distingue el reino y la iglesia, realmente no presenta ninguna conclusión sobre el problema de la relación entre el reino de Dios en este tiempo, el pueblo del reino, y el mundo en que vivimos. ¿Hasta qué punto debemos buscar la justicia de Dios en este tiempo y en esta

tierra? ¿hasta qué punto hay continuidad o separación entre el reino de Dios y el del mundo? Si el mundo le pertenece a Dios, y si su autoridad ha sido compartida con sus hijos en la tierra ¿hasta qué punto debemos tratar de imponer los principios del reino de este mundo? Aunque hay varios libros que tratan de este tema desde otros puntos de vista, algún otro autor del área y contexto latinoamericanos debe reflexionar sobre estos problemas y seguir con el trabajo del Dr. Ladd, edificando sobre su fundamento sólido y relacionándolo todo a la problemática de América Latina.

Gracias a Dios por este comienzo. Esperamos que pronto salgan otros estudios de este alto nivel que nos ayuden a cumplir con nuestro cometido delante de Dios en esta parte de su mundo.

Jorge A. Gay C.
Santa Bárbara de California
Junio de 1973

Prólogo

Nuestro Señor Jesús dedicó gran parte de su ministerio público a la enseñanza del reino de los cielos. Este tema es aún hoy día un mensaje importante para el hombre dondequiera este se encuentre.

Comprender la secuencia del desarrollo del reino es de primordial significación para nuestra época. Comprender “el misterio del reino” que nos ha sido más claramente revelado a nosotros que a los profetas del Antiguo Testamento tiene una suprema importancia. El reino – en esta época – es un “reino espiritual” en los corazones de los hombres. El “reino político” de Jesucristo, por tanto, está destinado a las edades venideras.

Gran parte de la confusión teológica de nuestros días parte de un falso concepto de “los tiempos” de Dios. La presentación clara y concisa que aparece en las páginas de este importante estudio merece la consideración – aunada a la oración – de todos los “súbditos de ese reino”.

Lorenzo Triplett
Director de Misiones de las Asambleas de Dios
para América Latina y el Caribe

¿Qué es el reino de Dios?

Vivimos en una época maravillosa, aunque llena de temores. Maravillosa por las asombrosas conquistas de la ciencia moderna que nos ha provisto de comodidades y de una prosperidad jamás soñada un siglo atrás. Grandes pájaros metálicos atronan los aires, salvando miles de millas en unas cuantas horas. Palacios flotantes ofrecen al viajero oceánico los lujos que tienen los más elegantes hoteles del mundo. El automóvil ha liberado al hombre y le permite explorar por sí mismo lugares y paisajes que sus abuelos tan sólo pudieron conocer por descripciones hechas en relatos escritos. La energía eléctrica ha puesto al servicio de las más humildes amas de casa numerosos esclavos mecánicos. La ciencia médica ha dominado plagas, como la viruela, y otros flagelos del bienestar físico, y está a punto de lograr otras conquistas asombrosas.

¡Es una era maravillosa! Sin embargo, la felicidad y la seguridad parecen más difíciles que nunca, pues encaramos riesgos y peligros de dimensiones incommensurables. Hemos terminado victoriosamente una guerra en la cual las bases de las libertades humanas estuvieron amenazadas; con todo esto, las columnas de la prensa se ven llenas de historias increíbles de actos de supresión de la libertad humana, y la lucha

por los derechos humanos no tiene fin. Nuevos descubrimientos acerca de la estructura de la materia han abierto inimaginables perspectivas de bendición para el bienestar físico del hombre, aunque cada uno de tales descubrimientos incluye la posibilidad de que pueda servir para destruir la sociedad entera si son usados por manos criminales.

En una época como ésta, maravillosa aunque temible, los hombres se plantean inquietantes preguntas: ¿Qué significa todo esto? ¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál es el sentido humano y el propósito de la historia? Los hombres se preocupan hoy no sólo por el individuo y el destino de su alma, sino también por el significado de la historia misma. ¿Tiene la humanidad un destino determinado? ¿O es que saltamos sobre el escenario de los tiempos como títeres de madera, tan sólo para ver un día en que los actores, el escenario y el teatro mismo, son destruidos por fuego, dejando sólo un montón de cenizas y olor a humo?

En tiempos antiguos, vates y profetas han deseado una sociedad ideal. Hesíodo soñó en una edad dorada perdida en el pasado lejano, no vio brillo alguno en el presente, tuvo inquietud constante por el mañana, y ninguna esperanza en el futuro. Platón describió un estado ideal organizado sobre principios filosóficos; pero él mismo comprendió que su plan era demasiado irreal para realizarse. Virgilio cantó a alguien que libraría al mundo de sus padecimientos y por quien "el gran discurrir de las edades comenzaría de nuevo".

La fe de hebreos y cristianos expresa su esperanza en términos del reino de Dios. Esta esperanza bíblica no es de la misma categoría de los sueños de los poetas griegos, sino es parte del corazón mismo de la religión revelada. La idea bíblica del reino de Dios está profundamente arraigada en el Antiguo Testa-

mento y está basada en la confianza de que existe un Dios vivo y eterno, que se ha revelado por sí mismo a los hombres y tiene propósitos para la raza humana que ha escogido, los que se han de cumplir a través de Israel. La esperanza bíblica es, por tanto, una esperanza religiosa; es un elemento esencial en la voluntad revelada del Dios vivo y en su obra redentora.

Así los profetas anunciaron que un día los hombres vivirán juntos y en paz. Entonces Dios "juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arados, y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra" (Isaías 2:4). No sólo se resolverán los problemas de la sociedad humana, sino que los males del ambiente físico dejarán de existir. "Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro, el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará" (Isaías 11:6). Paz, salud, seguridad, todo fue prometido para un futuro feliz.

Luego vino Jesús de Nazaret con el anuncio de "arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo 4:17). El tema de la venida del reino de Dios fue lo central de Su misión. Sus enseñanzas tenían el propósito de señalar a los hombres que debían entrar en el reino de Dios (Mateo 5:20; 7:21). Sus poderosas palabras trataban de probar que el reino de Dios había venido hacia ellos (Mateo 12:28). Sus parábolas ilustraban a sus discípulos la verdad acerca del reino de Dios (Mateo 13:11). Y cuando enseñó a orar a sus seguidores, en el corazón mismo de su petición estaban las palabras "Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" (Mateo 6:10). En vísperas de su muerte, aseguró a sus discípulos que compartiría con ellos la

felicidad y el compañerismo del reino (Lucas 11:11-30). Y prometió que volvería de nuevo al mundo en gloria a traer las bendiciones del reino para los que estaban preparados (Mateo 25:31, 34).

Cuando preguntamos a la Iglesia Cristiana: "¿Qué es el reino de Dios? ¿Cuándo y cómo ha de venir?", recibimos una aplastante diversidad de explicaciones. Existen pocos temas tan prominentes en la Biblia que hayan recibido tan radical diversidad de interpretaciones como el del reino de Dios.

Algunos, como Adolf von Harnack, reducen el reino de Dios a una subjetiva realidad y lo explican en términos del espíritu humano y sus relaciones con Dios. El reino de Dios comprende poderes que penetran en el alma humana y se apoderan de ella. Consiste de unas cuantas verdades religiosas básicas de aplicación universal. Las más recientes interpretaciones de C. H. Dood, conciben el reino de Dios como lo absoluto, como la "otra santidad" que penetró en el tiempo y en el espacio en la persona de Jesús de Nazaret.

Al otro extremo se encuentran los que, como Albert Schweitzer, definen el mensaje de Jesús sobre el reino como una realidad apocalíptica que ha de ser inaugurada por acción sobrenatural de Dios cuando el quehacer histórico se detenga e inicie su existencia un nuevo orden celestial. El reino de Dios en ningún sentido es una realidad espiritual de la actualidad; en él se aúnan lo futuro y lo sobrenatural.

Otro tipo de interpretación relaciona el reino de Dios de una manera u otra con la iglesia. Desde los tiempos de san Agustín el reino ha sido identificado con la iglesia. Conforme crece la iglesia, el reino crece y se extiende por el mundo. Muchos teólogos protestantes han concebido una modificación de esta interpretación, sosteniendo que el reino de Dios puede ser

identificado con la iglesia verdadera comprendida en la iglesia profesante visible. Conforme la iglesia lleva el evangelio por el mundo entero, se extiende el reino de Dios. Una versión optimista sostiene que la misión de la iglesia es ganar para Cristo al mundo entero y por consiguiente transformar al mundo en el reino de Dios. El evangelio es la redención sobrenatural en Cristo Jesús, y el reino ha de ser establecido por la proclamación del evangelio hecha por la iglesia. El evangelio no solamente ha de ofrecer una salvación en la vida futura para los que creen; también debe transformar todas las relaciones de la vida aquí y ahora y así hacer que prevalezca el reino de Dios en todo el mundo. El evangelio de redención por la gracia tiene poder para salvar en los órdenes social, económico y político, además de las almas de los creyentes individuales. El reino de Dios es como un poco de levadura puesta en la masa: lenta pero permanentemente la leuda hasta que resulta toda leudada. Así el reino de Dios es para transformar el mundo por lenta y gradual penetración.

Aun otros conciben que el reino de Dios es esencialmente un modelo ideal para la sociedad humana. El reino no está primordialmente preocupado en la salvación personal o en el futuro, sino en los problemas sociales de la actualidad. Los hombres edifican el reino de Dios conforme laboran por el orden social ideal y se esfuerzan por resolver los problemas de la pobreza, las enfermedades, las relaciones laborales, las desigualdades sociales y las relaciones raciales. La primera tarea de la iglesia es edificar el reino de Dios.¹

A la luz de tanta diversidad de interpretaciones en el decurso histórico de la teología cristiana, muchos lectores reaccionarán diciendo: "Abandonemos las interpretaciones humanas. Vayamos directamente a la palabra de Dios para buscar lo que dice acerca del

reino de Dios." El hecho confuso está en que cuando nos remitimos a las Escrituras, encontramos diversidad de declaraciones acerca del reino de Dios casi igualmente aplastante. Si usted toma una concordancia de la Biblia, busca todas las referencias del Nuevo Testamento donde solamente aparece la palabra "reino", hace un breve resumen de cada versículo comprendido y lo escribe en un papel, probablemente se sentirá perdido sin saber qué hacer con la complejidad de las enseñanzas que ofrecen.

La palabra de Dios dice que el reino de Dios es una realidad espiritual del presente. "Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz, gozo, en el Espíritu Santo" (Romanos 14:17). Justicia, paz y gozo son frutos del Espíritu que Dios concede ahora a los que sujetan sus vidas a las normas del Espíritu. Estas tienen que ver con las más profundas fuentes de la vida espiritual, y esto, dice el inspirado apóstol, es el reino de Dios.

Al mismo tiempo, el reino es una herencia que Dios legará a su pueblo cuando Cristo venga en gloria. "Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo 25:34). ¿Cómo puede el reino de Dios ser una realidad espiritual presente al mismo tiempo que es una herencia otorgada al pueblo de Dios en la segunda venida de Cristo?

Otra faceta de la verdad del reino refleja el hecho de que el reino es una realidad en aquellos seguidores de Cristo Jesús que han entrado en el reino. Pablo dice que Dios "nos ha librado de la potencia de las tinieblas, y trasladado al reino de Su amado Hijo" (Colosenses 1:13). Este versículo pone en claro que los redimidos ya están en el reino de Cristo. Podrá, desde luego, objetarse que debemos distinguir el

reino de Dios del reino de Cristo; pero esto parece cosa imposible, pues el reino de Dios también es el reino de Cristo (Efesios 5:5; Apocalipsis 11:15). Es más, nuestro Señor describe a los que reciben su mensaje y misión como los que ahora entran en el reino de Dios (Lucas 16:16).

Al mismo tiempo, el reino de Dios es una realidad futura a la cual ingresaremos cuando Cristo venga. Pedro mira además el día cuando "será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Pedro 1:11). El mismo Señor nuestro Jesucristo se refirió a esto como un suceso futuro. "Muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos" (Mateo 8:11).

Este futuro reino que ha de venir será acompañado de grande gloria. Jesús habló del día cuando los ángeles "recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad". . . "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de Su Padre" (Mateo 13:41, 43). Por otro lado, cuando los fariseos le preguntaron cuándo vendría el reino de Dios, contestó: "El reino de Dios no vendrá con advertencia; ni dirán: Helo aquí, o helo allí, pues el reino de Dios está en medio de vosotros" (Lucas 17:20, 21). El reino ya está presente en medio de los hombres; y Jesús desalentó rotundamente a los fariseos de buscar un reino de Dios que en el futuro vendría con visibles señales de gloria.

Las parábolas del reino dejan ver claro que en algún sentido, el reino está presente y actúa en el mundo. El reino de Dios es como una semilla muy pequeña que germina y se convierte en un árbol gigantesco: es como la levadura que en cuestión de un día ha leudado toda la masa (Lucas 13:18-21). Sin embargo, por otro lado, cuando Pilato interrogó a

Jesús acerca de su enseñanza, Jesús replicó: "Mi reino no es de este mundo" (Juan 18:36).

La misma complejidad de las enseñanzas bíblicas acerca del reino de Dios es uno de los motivos de que hayan surgido tan diversas interpretaciones en el curso de la historia de la teología. Pueden citarse versículos aislados en apoyo de la mayoría de las interpretaciones que pueden encontrarse en nuestra literatura teológica. El reino es una realidad presente (Mateo 12:28), y sin embargo es una bendición futura (1 Corintios 15:50). Es una bendición espiritual interna para los redimidos (Romanos 14:17) que puede sentirse solamente por medio del nuevo nacimiento (Juan 3:3), y aun más, tendrá que ver con el gobierno de las naciones del mundo (Apocalipsis 11:15). El reino es una realidad en la cual entran hoy los hombres (Mateo 8:11). Al mismo tiempo es un don de Dios que será derramado por Dios en el futuro (Lucas 12:32) y que será recibido en la actualidad (Mateo 10:15). Obviamente ninguna explicación sencilla le hace justicia a tan rica y abundante variedad de enseñanzas.

Hay sin embargo, una solución básica a este complejo problema la que nos da una clave de significado para abrir una puerta que da a los tesoros de bendiciones y comprensión. Esta clave provee el enfoque más sencillo a esta compleja y variada verdad bíblica. Es una clave que a menudo no advertimos debido a la diferencia entre modernas y antiguas expresiones idiomáticas.

Tenemos por tanto que hacer la pregunta fundamental: ¿Cuál es el significado de "reino"? La respuesta moderna a esta pregunta pierde la significación clave a esta antigua verdad bíblica. En nuestros modernos idiomas occidentales, un reino es primordialmente un dominio sobre el cual un rey

ejerce su autoridad. No quedan muchos reinos en nuestro mundo moderno de intereses democráticos; pero pensamos en el reino unido de la Gran Bretaña y el Norte de Irlanda como el grupo de países que reconocen a la reina como su soberana. El diccionario en esta línea de pensamientos nos da en su primera acepción moderna del reino: "Territorio o estado con sus habitantes sujetos a un rey."

Una segunda acepción de reino se refiere al pueblo que pertenece a un mismo dominio. El reino de la Gran Bretaña puede concebirse como los ciudadanos sobre quienes la reina ejerce su gobierno, ellos son los súbditos del reino.

La aplicación exclusiva de cualquiera de estas dos ideas a las enseñanzas bíblicas del reino nos lleva a una errada interpretación de la verdad bíblica. El mismo diccionario del idioma nos ofrece tan diversas deficiones como lo son la primera y la tercera del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

Algunos definen el reino de Dios como "realidad espiritual que tiene como jefe a Dios."

Esta definición no puede hacer justicia a los versículos que hablan de la venida del reino con señales de gloria y poder en la segunda venida de Cristo. Por otro lado, los que sostuvieron la idea de que el reino de Dios es una realidad futura que será inaugurada en la segunda venida de Cristo, no pueden hacer justicia a las enseñanzas que hablan del reino de Dios como una realidad espiritual presente.

Es más, los que sustentan la idea de que el reino es un pueblo fundamentan su definición sobre la identidad del reino y la iglesia, y para esto hay poca base bíblica.

Tenemos que dejar a un lado los idiomas modernos si hemos de comprender la terminología bíblica. A

este respecto el diccionario inglés de Webster nos proporciona una clave cuando nos ofrece la primera de sus acepciones: "El rango, calidad o atributo de un rey; autoridad real; dominio; monarquía; reino, *Arcaísmo*." Desde el punto de vista del moderno uso lingüístico, esta definición puede ser arcaica; pero precisamente este arcaísmo es lo que se necesita para comprender la vieja enseñanza bíblica. La primordial enseñanza de la palabra hebrea *malkuth* del Antiguo Testamento y la palabra griega *basileia* del Nuevo Testamento es el rango, la autoridad y soberanía ejercida por el rey. Un *basileia* puede ser un dominio sobre el cual el soberano ejerce su autoridad; y puede ser la gente perteneciente a este dominio y sobre quienes la autoridad es ejercida; pero estos conceptos son acepciones secundarias y derivadas. En primer lugar, el reino es autoridad de gobernar, la soberanía del rey.

Este significado primario de la palabra "reino" se usa en el Antiguo Testamento para describir el gobierno del rey. Esdras 8:1 habla del regreso de Babilonia "en el reinado" de Artajerjes, es decir, en su reino. 2 Crónica 12:1 habla del establecimiento del reino o gobierno de Roboam. En Daniel 8:23 se refiere al final de su reinado o gobierno. Este uso del vocablo "reino" como reinado humano también puede encontrarse en pasajes tales como Jeremías 49:34; 2 Crónicas 11:17; 12:1; 26:30; Esdras 4:5; Nehemías 12:22, etc.

Cuando la palabra menciona el reino de Dios, siempre se refiere a Su señorío, Su gobierno, Su soberanía, y no a la realidad sobre la cual ejerce autoridad. Salmo 103:19: "Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos." el reino de Dios, Su *malkuth*, es Su gobierno universal, Su soberanía sobre la tierra toda. Salmo 145:11: "La gloria de tu reino digan, y hablen de tu poder." En el

paralelismo de la poesía hebrea, las dos líneas expresan la misma verdad. El reino de Dios es Su poder. Salmo 145:13: "Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío perdura por todas las generaciones." La realidad del gobierno de Dios comprende cielo y tierra, pero este verso no hace referencia a la permanencia de esta realidad. El gobierno de Dios es eterno. Daniel 2:37: "Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad." Nótese los sinónimos de reino: poder, fuerza, majestad; todas expresiones de autoridad. Estos términos identifican el reino como el "gobierno que Dios ha dado al rey". De Belsazar se ha escrito: "Contó Dios tu reino y le ha puesto fin" (Daniel 5:26). Claro está que el dominio sobre el cual Belsazar gobernaba no había sido destruido. El territorio y el pueblo babilónicos no fueron destruidos. El gobierno del rey era lo que se había terminado; ambos fueron transferidos a otro gobernante. El gobierno de él fue terminado y el gobierno fue lo que se entregó a Darío el medo (Daniel 5:31).

Una referencia en nuestros Evangelios pone bien clara esta significación: leemos en Lucas 19:11, 12, "Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente. Dijo pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver." El señor noble no fue a tomar posesión de una realidad, un área sobre la cual gobernar. La realidad sobre la cual deseaba gobernar estaba a la mano. El territorio sobre el cual había de gobernar era el lugar que dejó. El problema era que no era rey. Necesitaba autoridad, el derecho a gobernar. Fue a obtener un "reino, realeza, autoridad". En la versión del Nuevo Testamento *Dios llega al hombre* se ha traducido "para ser nombrado rey".

Esta misma cosa había ocurrido algunos años antes de los tiempos de nuestro Señor. En el 40 a.C. las condiciones políticas de Palestina habían venido a ser caóticas. Los romanos habían subyugado al país en el 33 a.C., pero la estabilidad lograda se había obtenido en forma lenta. Herodes el Grande finalmente fue a Roma, obtuvo del Senado romano el reino, la autoridad de ser rey de Judea y de los judíos. Muy bien podría haber tenido el Señor en mente este incidente cuando dijo su parábola. En cualquier manera, esto ilustra el significado fundamental de reino.

El reino de Dios es Su realeza. Su gobierno, Su autoridad. Una vez que se comprende esto, podemos leer todo el Nuevo Testamento y examinar pasaje tras pasaje en los cuales resulta evidente este significado, donde el reino no es una realidad física sino el señorío o reinado de Dios. Jesús dijo que debemos "recibir el reino de Dios" (Marcos 10:15) como niños. ¿Qué se recibe? ¿La iglesia? ¿El cielo? Lo que recibimos es el gobierno de Dios. Para entrar en la futura realidad del reino, uno debe someterse en plena confianza al gobierno de Dios aquí y ahora.

También debemos "buscar primeramente su reino y su justicia" (Mateo 6:33). ¿Cuál es el objetivo de nuestra pesquisa? ¿La iglesia? ¿El cielo? No; debemos buscar la justicia de Dios, Su autoridad, Su gobierno, Su reinado en nuestras vidas.

Cuando oramos "venga tu reino", ¿estamos pidiendo que venga el cielo a la tierra? En cierto sentido estamos pidiendo esto; pero el cielo es objeto de deseo sólo debido a que el reino de Dios ha de ser más perfectamente realizado en nosotros de lo que lo está ahora. Aparte del reino de Dios, el cielo carece de significado. Por tanto, lo que pedimos es: "venga tu reino; sea hecha tu voluntad en la tierra como en el cielo". La oración es una petición para que Dios reine,

para que manifieste Su soberanía y poder reales, para derrotar a todos los enemigos de la justicia y de su gobierno divino, que sólo Dios pueda ser rey sobre el mundo entero.

Empero, un reino sin un dominio sobre el cual ejercer la autoridad carece de significado. De aquí que encontramos que el reino de Dios es una realidad en la cual el reino de Dios puede ser experimentado. Pero de nuevo, los hechos bíblicos no resultan sencillos. A veces la Biblia habla del reino como dominio en el cual entramos en la actualidad; a veces habla como si fuera en el futuro.

En futuro aparece en versículos como Marcos 9:47: "Mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno" (véase también Marcos 10:23; 14:25; Mateo 7:21). En tales pasajes el reino de Dios equivale al aspecto de la vida eterna que experimentamos después de la segunda venida de Cristo.

En otros pasajes, el reino está en presente y puede entrarse en él ahora mismo y aquí (Lucas 16:16). "La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él" (Mateo 21:31). "Los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios" (Lucas 11:52). "Ay de vosotros, intérpretes de la ley, porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis y a los que entraban se lo impedisteis."

Nuestro problema, entonces, se halla en este hecho triple: (1) Ciertos pasajes se refieren al reino de Dios como el gobierno de Dios. (2) Ciertos pasajes se refieren al reino de Dios como dominio en el cual podemos entrar ahora para experimentar las bendiciones de Su reino. (3) Otros pasajes se refieren a un reino futuro que vendrá a ser realidad sólo en la

segunda venida de nuestro Señor Jesucristo en la cual tendremos que entrar y experimentar la plenitud de Su reino. De aquí que el reino de Dios significa tres cosas distintas en distintos versículos. Debe uno estudiar todas las citas a la luz de su contexto y luego tratar de reunir las dentro de una interpretación general.

Fundamentalmente, como hemos visto, el reino de Dios es el reino soberano de Dios, pero el reinado de Dios se manifiesta por sí mismo en diferentes etapas a través de la historia de la redención. Por consiguiente, el hombre ha de entrar en el dominio del reino de Dios en las varias etapas de su manifestación y experimentar las bendiciones de Su reino en distintos grados. El reino de Dios es el reino de la era venidera, popularmente llamada cielo; luego comprenderemos las bendiciones de Su reino (reinado) en la perfección de su plenitud. Pero el reino está ahora aquí. Hay un reino de bendiciones espirituales en las cuales podemos entrar hoy y gozar en parte de la realidad de las bendiciones del reino de Dios (reinado).

Oramos "venga tu reino, sea hecha tu voluntad en la tierra así como en el cielo". La confianza de que esta oración ha de ser contestada cuando Dios traiga la historia humana a la consumación divinamente ordenada permite que los cristianos conserven el equilibrio y la salud mental en este mundo perverso en que vivimos. Nuestro corazón se derrama hacia los que no tienen tal esperanza. Gracias a Dios Su reino se acerca y llenará el mundo entero.

Pero cuando oramos "venga tu reino", también pedimos que la voluntad de Dios sea hecha aquí, ahora, hoy. La primordial preocupación de estas exposiciones es que el lector pueda hallar el reino de Dios, más bien, que el reino de Dios pueda hallarlo a él. También deberíamos orar porque "venga tu reino,

hágase tu voluntad" en mi iglesia como en el cielo. La vida y el compañerismo de una iglesia cristiana ha de ser el compañerismo de personas entre quienes la voluntad de Dios sea hecha, un poco del cielo en la tierra. "Venga tu reino, sea hecha tu voluntad", en mi vida, como en el cielo. Esto está incluido en nuestra oración por la venida del reino. Esto es parte del evangelio del reino de Dios.

¹ Los interesados en la historia de las interpretaciones encontrarán un estudio breve, pero completo y documentado en la obra de este autor, *Crucial Questions About the Kingdom of God* (Cuestiones decisivas acerca del reino de Dios). Gran Rapids: Eerdmans, 1952.

El reino es futuro

En el capítulo introductorio, bosquejamos varias de las interpretaciones prevalecientes en torno al reino de Dios y luego hicimos el intento de ofrecer una descripción fundamental. El reino de Dios es básicamente el gobierno de Dios. Es el reinado de Dios, la soberanía divina en acción. Sin embargo, el reinado de Dios se manifiesta en varias esferas y los evangelios hablan de entrar al reino de Dios tanto ahora mismo como en el futuro. El reinado de Dios se manifiesta por sí mismo en el futuro y en el presente y por consiguiente crea una esfera actual y una futura en las cuales el hombre puede experimentar las bendiciones de su reinado.

El reino de Dios es, entonces, la realización de la voluntad de Dios y el disfrute de las bendiciones que acompañan a esto. Sin embargo, está clara la enseñanza del Nuevo Testamento de que la voluntad de Dios no ha de ser realizada de manera perfecta en esta era. Lo medular en la teología bíblica está en la doctrina de la segunda venida de Jesucristo. Schweitzer estaba en lo cierto, en que el llamado aspecto apocalíptico o "del otro mundo" del reino de Dios no es un apéndice extraño que puede ser echado a un lado sin deteriorar la enseñanza bíblica. La Biblia concibe todo el avance de la historia humana, como

algo que “descansa en las manos de Dios en un dominio que está más allá de la historia”, es decir, en un nuevo y distinto orden de la existencia.

Sin embargo, aunque esto resulta verdadero, hay un sentido real y vitalísimo en el cual Dios ya ha manifestado Su reinado, Su voluntad, Su reino en la venida de Cristo encarnado, en virtud de lo cual podemos sentir la vida del reino aquí y ahora. Así como hay dos venidas de Cristo, una en la carne que podemos llamar encarnación, otra en gloria que podemos llamar *parousia* o segunda venida, hay dos manifestaciones del reino de Dios: una en poder y gloria cuando Cristo vuelva, y otra presente ahora mismo debido a que el Hijo de Dios ya estuvo entre los hombres. En este capítulo, estamos preocupados de aclarar lo que nos dice el Nuevo Testamento acerca del aspecto futuro de Su reino; pero en el resto del libro nos dedicaremos totalmente al aspecto del presente del reino de Dios en cuanto tiene que ver con la experiencia actual.

Para comprender este asunto y para apreciar cómo el reino de Dios puede ser algo presente y futuro, necesitamos delinear esta verdad proyectándola sobre el trasfondo de otra enseñanza bíblica que no ha sido a menudo destacada y que puede resultar muy novedosa. En el lenguaje popular cristiano, a menudo hacemos contraste de la vida presente con la del futuro usando las palabras tierra y cielo. Vivimos nuestra vida terrenal aquí en el mundo, pero la salvación futura se consumará en el cielo. Un enfoque más filosófico contrasta el tiempo con la eternidad aun cuando representan dos modos distintos de la existencia. Nuestra vida presente es vivida “en el tiempo” mientras el orden futuro será “más allá del tiempo” en la eternidad. Este concepto se refleja en el lenguaje religioso del cántico:

Cuando anuncie el arcángel que más tiempo
no habrá,

y aclare esplendoroso el día eternal. . .

De las recientes exposiciones sobre teología bíblica una de las más brillantes es la de Oscar Cullmann en la cual demostró con éxito que tales conceptos son extraños al punto de vista bíblico. Su libro “*Christ and Time*” (“Cristo y Tiempo”)¹ ha demostrado que el punto de vista de la palabra bíblica lleva un concepto lineal, y que la “eternidad” que corresponde al relato redentor simplemente es un tiempo interminable. Este hecho parece oscurecido en algunas versiones que traducen mal la palabra que presenta el punto de vista bíblico sobre el mundo. Hay dos palabras del Nuevo Testamento griego que se traducen con la palabra “mundo”, hecho que resulta oscurecido en las versiones castellanas.

Primero tenemos la palabra griega *kosmos*. Un *kosmos* es algo que está en adecuado orden o armonía, algo que cuenta con su arreglo propio. Nuestra palabra “cosméticos” es un derivado de esta palabra griega. Los cosméticos son ayudas para que las damas arreglen sus rostros, para ponerlas en orden propio, para adornarlas. *Kosmos* en su uso más común en griego es el mundo como la suma y el total de cuanto constituye un universo ordenado.

Hay además otra palabra que resulta con frecuencia lastimosamente mal traducida.

Esta palabra es *aion*, de la cual se deriva la palabra eón.² Primordialmente, *aion* no tiene connotación de un orden o de una estructura, sino que designa un espacio de tiempo y debe ser traducida por “edad”, pero se ha traducido “siglo” y “mundo”.

Cuando estudiamos esta palabra en el Nuevo Testamento, descubrimos que en el curso del propósito redentor de Dios, hay dos edades que se llaman

frecuentemente "esta edad" y la "edad por venir". En Mateo 12:32 la versión Reina Valera dice: "a cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero". Nuestro Señor no está hablando de dos mundos, sino de dos épocas. Todo el recorrido de la existencia humana está establecido en términos de esta época y la del período que ha de venir. La voz griega usada en este caso no es *kosmos*, sino *aion*, "siglo", época.³

La blasfemia contra el Hijo del Hombre será perdonada, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo jamás será perdonada; y el alcance de la palabra "jamás" abarca dos períodos: "Este siglo" y "el venidero".

En Efesios 1:21 Pablo describe la exaltación de Cristo "sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero". Aquí la traducción "mundo" sería completamente inadecuada. Pablo no tiene en mente dos mundos, sino dos épocas. Esta palabra no es *kosmos*, sino *aion*. No se piensa en dos órdenes de cosas sino de espacios de tiempo.

Una ligera variante de esta expresión se encuentra en Marcos 10:29, 30: Respondió Jesús y dijo: "De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, madres, hijos y tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna." En la segunda mitad del versículo de nuevo encontramos la palabra *aion*; y la traducción "en el mundo venidero" no representaría la idea con exactitud; por eso Reina Valera traduce "siglo venidero". En la primera mitad

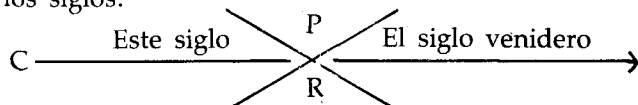
del versículo, la palabra "tiempo" (gr. *kairos*) aparece en lugar de *aion*, edad, época. Esto pone doblemente en claro que el versículo se refiere a dos espacios de tiempo, no a dos mundos. En este tiempo, en esta edad, hemos de esperar hostilidad hacia el evangelio. En la edad venidera, los que hayan seguido a Cristo se verán liberados de toda oposición y padecimientos y disfrutarán de vida eterna.

Cuando estudiamos más profundamente este concepto, descubrimos que estas dos edades están separadas por la segunda venida de Cristo y la resurrección de los muertos. En Mateo 24:3, los discípulos se dirigieron a Jesús con la pregunta: "Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo?" Esta traducción de Reina Valera 1909, sugiere que los discípulos le preguntaban acerca del tiempo de la destrucción de este mundo; su fin. Todo lo contrario, su pregunta tiene que ver con la consumación de esta edad (como bien señala Reina Valera 1960) la cual será seguida por otra. Según este versículo, se espera que esta edad toque a su fin muy cerca de la *Parousia* o segunda venida de Cristo, y será seguida por "la edad o siglo venidero."⁴

Otro hecho que divide a esta edad de la edad venidera es la resurrección de los muertos. En Lucas 20:34-36 leemos que "entonces respondiendo Jesús, les dijo: Los hijos de este siglo se casan y se dan en casamiento; mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección". Nuevamente aquí, nuestro Señor se refiere a dos edades, no a dos mundos. En este siglo el matrimonio es una institución necesaria. "Los hijos de este siglo", todos cuantos viven en este tiempo,

deben casarse y criar hijos para propagar la raza. Pero un estado de cosas diferente prevalecerá en el siglo venidero, pues los que entren a esa edad lo harán por medio de la resurrección. Por tanto, serán como los ángeles, a este respecto: ya no estarán sujetos a muerte, pero, como los ángeles, serán inmortales porque se habrán convertido en “hijos de la resurrección”. Por consiguiente, no sólo la segunda venida de Cristo, sino también la resurrección de los muertos dará término a este siglo y dará por iniciado el siglo venidero.

Podemos ilustrar esta estructura básica mediante un sencillo diagrama que llamaremos “El conflicto de los siglos.”



La C representa la creación, P la *Parousia* de Cristo, y R la resurrección de los muertos.⁵ Esta edad se inició en la creación, pero el siglo venidero seguirá perpetuamente, para siempre. Por consiguiente, podemos hablar del siglo venidero como la Eternidad, con lo cual deseamos significar un tiempo que no tiene fin. Esta sencilla línea de tiempo la comparten los que escribieron el Nuevo Testamento con sus contemporáneos del judaísmo, pues ambos están arraigados en el punto de vista del mundo del Antiguo Testamento.

Cuando preguntamos qué versículo enseña el carácter de estas dos edades, encontramos un agudo contraste. Este siglo está dominado por el mal, la perversidad y la rebelión contra la voluntad de Dios, en tanto que el siglo venidero es la época del reino de Dios.

En Gálatas 1:4 leemos que Cristo “se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente

siglo malo”. Esta edad es una época mala caracterizada por el pecado y la injusticia. Es una época en que los hombres necesitan salvación una salvación que puede solamente realizarse mediante la muerte de Cristo.

El segundo capítulo de Efesios nos da una amplia exposición del carácter de esta edad. Dice Pablo: “Y El os dio vida a vosotros, cuando estábais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo” (Efesios 2:1, 2, literalmente “el siglo de este mundo”, *gr, ton aiona tou kosmou*). En este versículo se emplean ambas palabras “siglo (corriente)” y “mundo” indicando que aunque este siglo y mundo no son sinónimos, están estrechamente relacionados. Hay cierto orden de la sociedad humana que caracteriza esta edad. Pablo lo describe con estas palabras: “En la cual anduvisteis en otro tiempo. . . conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia.” El carácter de la “corriente de este mundo” lleva la señal del príncipe de la potestad del aire, esto es, Satanás. A él le está permitido ejercer una influencia terrible a través de esta edad induciendo a hombres y mujeres a que caminen en forma desagradable a Dios.

Todos vivimos alguna vez en las pasiones de nuestra carne, complaciendo los deseos corporales y mentales, de manera que éramos “hijos de ira” (Efesios 2:3), como el resto de la humanidad. “carnales”; no son solamente pecados de glotonería, borrachera y de inmoralidad. El orgullo es un pecado de la carne. Así lo son la egolatría, el egoísmo, la testadurez, la determinación de hacer las cosas a la manera de uno (Gálatas 5:19-21). Todo esto pertenece a “la carne”. Cuando estábamos caminando conforme a este siglo, vivíamos conforme a la concupiscencia de

la carne y éramos por naturaleza hijos de la ira. Este es un versículo terrible. "Hijos de ira. . ." (Efesios 2:3), la ira de Dios, el santo juicio de la justicia de Dios está sobre esta edad, sobre su pecaminosidad y su rebelión. La ira de Dios también deberá caer indefectiblemente sobre los que se han conformado a su carácter perverso y rebelde.

En la parábola del sembrador, leemos que hubo semillas que cayeron en terreno de plantas espinosas. La semilla germinó, pero las espinas crecieron y las ahogaron (Mateo 13:17). Nuestro Señor interpreta esto de la manera siguiente: "El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa" (Mateo 13:22). El afán de este siglo no son solamente preocupaciones, problemas y ansiedades para ganarse la vida. Es todo el espíritu que caracteriza a este siglo: preocupación y ansiedad por la seguridad de la vida física, pero también por la presión, el impulso de la ambición por obtener riqueza, éxito, prosperidad y poder. Todo esto está implicado en los cuidados, la carga, el afán de este siglo.

El asunto está en esto: el carácter de este siglo es ahogar la obra de la palabra de Dios. El espíritu de la edad es hostil al evangelio. Cuando se predica el evangelio, a menudo parece que el evangelio entra en el corazón de los seres humanos. Lo escuchan, parecen haberlo recibido, dan muestra de responder a su reclamo. Y sin embargo a menudo sólo se trata de una respuesta superficial. No llevan fruto y conforme los cuidados de esta era presionan sobre ellos, no se sienten dispuestos a pagar el precio de seguir a Cristo. La palabra de Dios resulta ahogada y estéril. Esta edad es hostil al evangelio y los hombres a menudo ceden conformándose a esta edad en lugar

de rendirse a las demandas del evangelio. Existe un conflicto entre la edad y el evangelio del reino.

Entre los versículos más importantes que describen esta edad están los de 2 Corintios 4:3, 4 porque explican lo que hay tras estas enseñanzas. "Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo."

Dos cosas se destacan en estos versículos. Satanás es "el dios de este siglo". En el soberano propósito de Dios, a Satanás le ha sido permitido ejercer una gran autoridad y poder en el transcurso de toda esta edad. Ya hemos leído en Efesios que en el tiempo de este mundo, una vez vivimos conforme al príncipe que está en los aires. Como instrumento de su probidad judicial, Dios ha permitido a Satanás ejercer tal influencia en esta edad que Pablo puede hablar de él como si fuera el dios de este siglo. ¿De dónde provienen el mal, el odio, la decepción, la lucha, el conflicto, el pecado, la miseria y la pena, el sufrimiento y muerte que caracterizan a esta edad? Vienen de Satanás. No quiere decir esto que el hombre pueda renunciar a la responsabilidad de su propia mala conducta. El hombre sigue siendo un agente moral libre y debe responder tanto ante el juicio de Dios como ante el de sus semejantes. Esto significa que el mal es algo más que humano. Tiene su origen en un mal de personalidad sobrehumana. Este hecho no debe interpretarse como un dualismo fundamental como si Dios y Santanás, el bien y el mal, fueran dos principios eternos. Detrás de todas las cosas, incluso Satanás y el mal, está el Dios eterno. Pero Dios ha permitido a Satanás esgrimir un poder tal que da como resultado un limitado dualismo ético.

Podemos descubrir en 2 Corintios 4:4 la manifestación de la influencia satánica. No se halla en el hecho de que el “dios de este siglo” haya arrastrado a hombres buenos al lodazal del pecado, ni que jóvenes fuertes y hermosas jovencitas hayan sido lanzadas al sumidero de la inmoralidad y de la corrupción. En su caso el dios de este siglo ha “cegado” los entendimientos de los incrédulos, para que no vean la luz del evangelio de la gloria de Cristo.

Aquí está la raíz del mal: ceguera, tinieblas, incredulidad. La filosofía bíblica del pecado convierte el mal ético y moral en secundario frente al mal religioso. Pablo en otros lugares se refiere a la “impiedad e injusticia de los hombres” (Romanos 1:18). Finalmente, todas las formas de perversidad provienen de las raíces de la impiedad. El pecado es primeramente religioso y secundariamente ético. El hombre es una criatura de Dios y su responsabilidad primaria es ante Dios. La raíz del pecado se encuentra en no querer reconocer con gratitud los dones y la bondad de Dios (Romanos 1:21), que actualmente son concedidos en Cristo. Las tinieblas son más bien una afirmación de independencia de Dios en lugar de una actitud de sumisión a Dios.

La manifestación primaria de la influencia satánica y del mal de esta edad es religiosa; está en la ceguera relacionada con el evangelio de Jesucristo. ¡Con cuánta frecuencia no llegamos a comprender las maquinaciones satánicas! El hombre puede ser una persona culta y hasta religiosa y a pesar de esto estar bajo demoníacas tinieblas. El deseo básico de Satanás es mantener al hombre apartado de Cristo. Su principal preocupación no es corromper las costumbres ni formar ateos ni producir enemigos de la religión. Verdaderamente, la religión que se funda sobre la presunción de la idoneidad y suficiencia humana

resulta ser un enemigo de la luz. Este es el carácter del tiempo de este mundo: las tinieblas.

Resulta obvio de estos versículos que el reino de Dios no pertenece a esta edad, ya que a Satanás se le llama el dios de este siglo. Esto no es para sugerir que Dios haya sido destronado ni que Su mano haya sido retirada del control del universo. Continúa siendo eternamente cierto que “El Señor estableció en los cielos su trono, y Su reino domina sobre todos.” (Salmo 103:19). Aun en el momento en que el mal tiene más poder en la tierra, cuando el pueblo de Dios es más violentamente atacado por Satanás, Dios sigue siendo el “Rey de las edades”.⁶ Es en la providencia del gobierno soberano de Dios que este estado de cosas ha venido a acontecer. Es, empero, algo básico para que podamos entender el reino de Dios que reconozcamos la enseñanza bíblica de que este siglo está en rebeldía contra el gobierno de Dios.

El Nuevo Testamento establece que el siglo venidero está en directa oposición a este siglo. La época actual es mala, pero el reino de Dios pertenece al siglo venidero. El reino de Dios, como manifestación perfecta del gobierno y del dominio de Dios de consumada bendición redentora, pertenece al siglo venidero.

Esto queda claramente ilustrado en la conversación de nuestro Señor con el joven rico que vino a preguntarle: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?” (Mateo 19:16). Este joven no estaba enterado de la enseñanza de que una persona puede tener la vida eterna aquí en la tierra y ahora mismo. El estaba interesado en la vida eterna durante el siglo venidero. Nuestro Señor le dijo que debía liberarse de cuanto le fuera obstáculo para convertirse en uno de sus discípulos. “Oyendo el joven estas palabras, se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (Mateo 19:22).

Entonces "Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos." La pregunta del joven rico fue: "¿Cómo puedo tener la vida eterna?" La respuesta de nuestro Señor fue: "Difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos" (versículo 23). "Y, otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios" (Versículo 24).

De pasada, notemos que estas dos frases: "el reino de Dios" y "el reino de los cielos" son obviamente intercambiables. Es más, "el reino de Dios" y "el reino de los cielos" son ambos intercambiables por vida eterna. Marcos, Lucas y Juan hablan siempre del reino de Dios. Mateo es el único que habla del reino de los cielos; y en 12:28; 19:24; 21:31, 43, Mateo habla también del reino de Dios. La diferencia entre las dos frases debe ser explicada sobre bases lingüísticas. El reino de los cielos es la forma semítica y el reino de Dios es la forma griega de la misma frase. Nuestro Señor enseñó en arameo, una lengua muy similar al hebreo, en tanto que el Nuevo Testamento fue escrito en griego. Jesús, enseñando a los judíos, probablemente habló del "reino de los cielos" que era la forma natural de expresión entre ellos. Disponemos de amplias evidencias de la literatura rabínica de que esta frase era de uso común. Para el oído de los griegos, estas palabras no tendrían sentido; y cuando la frase fue traducida a los evangelios griegos para los que hablaban ese idioma, fue traducida de manera uniforme como "el reino de Dios". En el Evangelio según san Mateo, que probablemente fuera escrito para creyentes judíos, se conservó generalmente la frase original "el reino de los cielos". La terminología de Mateo 19:23, 24 pone en claro que las dos frases son intercambiables y que ninguna diferencia de significado ha de buscarse entre ellas.

¿Qué quiso significar el Señor al decir que es más fácil entrar un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de Dios? ¿Qué es el reino de Dios? En el versículo 23, es el reino de los cielos. En el versículo 16 es vida eterna. Entonces los discípulos preguntaron "¿Quién, pues, podrá ser salvo?" (versículo 25). Claramente, todas estas expresiones se refieren a la misma bendición que ha de obtenerse en el futuro cuando Cristo vuelva otra vez. El reino de Dios, el reino de los cielos, la vida eterna, la salvación: son términos intercambiables. Jesús dice que resulta "imposible" al hombre salvarse. La entrada en la vida eterna del reino de Dios es tan factible que el hombre la obtenga por los recursos humanos como es posible pasar un camello por el ojo de una aguja. Por eso es un milagro hacer que los afectos de un hombre rico, o un hombre pobre, pues da lo mismo para el caso, se desvíen de sus posesiones para que se conviertan en discípulos de Jesús y por tanto estar preparados para entrar en el futuro reino de los cielos.

Pero para los que han experimentado este milagro en sus vidas, Jesús dio la promesa de: "Que en la regeneración cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (versículo 28). Y en el versículo 29, Jesús agrega: "Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna."

Cuando examinamos el mismo pasaje en el Evangelio según san Marcos encontramos que la terminología del Señor se registra con mayor precisión. Los que hayan seguido a Jesús recibirán en "esta época" grandes bendiciones, las cuales, empero, estarán acompañadas con persecuciones; y en el siglo venide-

ro la vida eterna (Marcos 10:30). Al comparar estos pasajes, descubrimos que la vida eterna, el reino de Dios, el reino de los cielos, la salvación, el siglo venidero, todos, han de venir juntos. Son la promesa del futuro para los que en este siglo se hayan convertido en discípulos de Cristo.

La vida eterna pertenece al siglo venidero. El reino de Dios pertenece al siglo venidero. Si ésta fueran las únicas enseñanzas bíblicas acerca de la vida eterna, tendríamos que concluir que el reino de Dios vendrá sólo cuando Cristo vuelva otra vez, y que no heredaremos la vida eterna hasta el día cuando Cristo vuelva nuevamente. Entonces entraríamos al reino de Dios. Entonces recibiríamos la vida eterna.

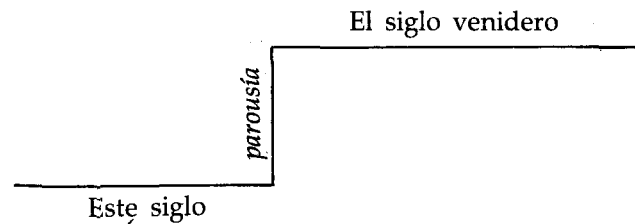
Si proseguimos aún este estudio encontramos que el reino de Dios, al igual que el siglo venidero, vendrá a continuación de la resurrección de los muertos. En 1 Corintios 15:50, Pablo dice "que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios". Pablo está hablando acerca de la resurrección. "Carne" y "sangre" no pueden heredar el reino de Dios. Nuestros cuerpos han de experimentar una transformación de manera que ya no consistan en carne y sangre, sino sean cuerpos incorruptibles, gloriosos, poderosos, "espirituales" (versículos 42-44). Sólo con estos cuerpos transformados en la resurrección entraremos al reino de Dios. El reino de Dios vendrá después de la resurrección.

En la parábola de la cizaña, encontramos que el reino de Dios será presentado para el día del juicio. En todo este siglo la gente buena y mala, los hijos del reino y los hijos del malo, han de vivir juntos uno al lado del otro al igual que la cizaña y el trigo crecen juntos. En la cosecha, "al final del siglo" (Mateo 13:39) habrá separación por juicio. "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de Su

Padre" (versículo 43). El juicio finalizará este siglo y hará que los hijos del reino entren a disfrutar plenamente de las bendiciones del reino. En la parábola de la red encontramos la misma estructura con el agregado hecho de que el juicio tendrá lugar al final de esta edad. "Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego" (Mateo 13:49, 50).

Por lo tanto encontramos que el reino de Dios pertenece al siglo venidero y es establecido en agudo contraste con esta era. En este siglo hay muerte; en el reino de Dios hay vida eterna. En este siglo, justos e impíos están juntos, entremezclados; en el reino de Dios toda impiedad y pecado serán destruido. En el presente, Satanás es considerado como "el dios de este siglo", pero en el siglo venidero, el reino de Dios, el gobierno de Dios habrá destruido a Satanás y la virtud desplazará todo mal.

Debemos, por consiguiente modificar nuestro diagrama de los tiempos. Esta edad es mala, la era venidera presenciara la plenitud del reino de Dios, la perfección de Su reino. Por tanto, debemos colocar el siglo venidero en un nivel más alto que el de este siglo.⁷



Cuando examinamos otros pasajes de las Escrituras, la transición de este siglo al siglo venidero no resulta tan sencilla como este diagrama sugiere.

Nuestro estudio hasta aquí sugiere que el propósito redentor de Dios será consumado en la segunda venida de Cristo, época en que se iniciará el siglo venidero.

Sin embargo, el libro del Apocalipsis modifica esta estructura. Después de la *Paroucia* de Cristo (Apocalipsis 19:11-16) y antes del siglo venidero (Apocalipsis 21:1) hay un intervalo en que los santos son elevados al rango de gobernantes con Cristo por mil años (Apocalipsis 20:1-6). Este intervalo es llamado comúnmente el milenio.

La interpretación de este pasaje plantea difíciles cuestiones que no pueden discutirse aquí. Resulta desafortunado que la discusión sobre esto haya sido mantenida a veces con más calor que luz. Algunos expositores insisten en que toda enseñanza de un reinado de Cristo en la tierra antes del siglo venidero es doctrina más judaica que cristiana, en tanto que otros insisten en que cualquier escatología no milenaria constituye una desviación de la lealtad de la palabra de Dios. Tales reacciones resultan desafortunadas. Esta cuestión, como otras que, desde un punto de vista práctico, son mucho más importantes, tales como las que giran en torno a los temas del bautismo, deberían analizarse dentro de un ambiente de fe y en espíritu cristiano de libertad y caridad.

Aquí solamente podemos decir que es nuestra convicción que las Escrituras enseñan que antes de la consumación final del propósito redentor de Dios, la tierra ha de experimentar un largo período glorioso de gobierno de nuestro Señor. La época de la Iglesia es el período de la gloria oculta de Cristo, el siglo venidero será la era de la soberanía del Padre cuando Cristo entregue Su reino al Padre y se convierta El mismo en súbdito del Padre (1 Corintios 15:24-28). Para que Dios sea todo en todos. El milenio será el

período de manifestación de la gloria de Cristo.⁸

El problema por el momento está en dónde da cabida a ese intervalo la doctrina del Nuevo Testamento de los dos períodos. El diagrama sugiere que el siglo venidero comienza con la segunda venida de Cristo y que el reinado milenar de Cristo no puede ocurrir en esa estructura profética.

La solución a este problema se encuentra en lo que podemos llamar la perspectiva profética bíblica, fenómeno que se observa a través de todas las Escrituras proféticas. Comúnmente, los profetas, conforme visualizaban el futuro, iban hablando de los acontecimientos que habían de ocurrir sin tratar de dar secuencia temporal a las varias etapas del cumplimiento de los propósitos de Dios. No solamente es visto el futuro distante como un suceso sencillo aunque complejo, sino que el futuro inmediato y el futuro distante se describen como si formaran parte de un mismo acto de Dios. Es por esto que el día del Señor en los profetas en una visitación histórica de Dios y un acto escatológico. Es el día del juicio cuando Dios dispersará a Israel en un exilio más allá de Damasco (Amós 5:18-27), y es el día cuando Dios restaurará la dicha de su pueblo (Amós 9:11). Es una visitación divina en la forma de una plaga de langostas y de una sequía (Joel 1:1-20; véase versículo 15). El capítulo decimotercero de Isaías describe la histórica destrucción de Babilonia por los medos como si hubiera de ser el fin del mundo. El acontecimiento histórico se describe teniendo como trasfondo el final del drama escatológico; ambos casos son visitaciones del único Dios en el cumplimiento de su propósito redentor.

Este mismo fenómeno se halla en el Nuevo Testamento. Los tres relatos del discurso del monte de los Olivos que se leen en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21

ponen en claro que nuestro Señor describió la destrucción histórica de Jerusalén por los romanos por los años 66-70 d.C. sobre el trasfondo escatológico del anticristo y de los enemigos mesiánicos (La gran tribulación). La bestia de Apocalipsis 13 es a la vez historia real de Roma y profecía escatológica del anticristo. En estas profecías, se mezclan lo cercano y lo distante. En profecías como la que aparecen en 2 Pedro 3:12, 13, los elementos escatológicos se ven como simples actos de Dios en que los nuevos cielos y la nueva tierra surgirán del juicio del orden actual.

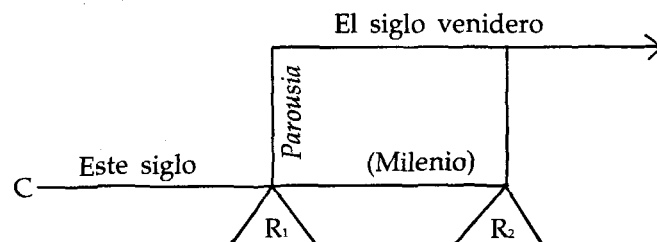
Desde la perspectiva del Antiguo Testamento se ve la época de la Iglesia. Dios actúa en el presente en cumplimiento de Su propósito redentor para Israel, y actuará en el futuro para desarrollar Su propósito hasta su consumación en el momento en que Su reino llene toda la tierra. Hay profecías que describen la venida de un personaje mesiánico que sufre y es humilde, tal como Isaías 53 y Zacarías 9:9, 10; otras profecías que describen un rey victorioso del linaje de David (Isaías 9:11), y aun una profecía de la venida del celestial Hijo del Hombre en Daniel 7. Pero el Antiguo Testamento no relaciona estas varias profecías entre sí ni teológica ni cronológicamente. Dios actuará finalmente para redimir Su pueblo, y los diferentes profetas describen esta redención escatológica en términos distintos. El Antiguo Testamento no hace esfuerzos por sintetizar las profecías; y el esfuerzo por decidir cuáles profecías se aplican a la era de la Iglesia, cuáles se refieren a la época del milenio, y cuáles pertenecen al siglo venidero, ignora este hecho básico de la perspectiva profética.

Desde la perspectiva del Nuevo Testamento, la acción escatológica de Dios comúnmente se ve como un simple día en el cual será inaugurado el siglo venidero. Sin embargo, la revelación de Juan, así

como 1 Corintios 15:20-28, indican que todavía han de haber dos etapas escatológicas en el cumplimiento del propósito divino y en el establecimiento del reino de Dios. La transición de este siglo al venidero no ocurrirá en el singular acontecimiento de la venida de Cristo. Hemos encontrado que el siglo venidero comenzará con la resurrección de los muertos y la destrucción del dios de este siglo. Pero cuando leemos el libro del Apocalipsis, capítulo 20, encontramos que habrá dos etapas en la resurrección de los muertos y dos en la derrota de Satanás. Hay una resurrección al comienzo del milenio (Apocalipsis 20:4, 5) y una segunda resurrección al final del mismo (versículos 12-13). Es más, encontramos que hay etapas en la victoria sobre Satanás. Al comienzo del milenio, Satanás es lanzado al abismo y encadenado por mil años (versículos 2-3); pero al final del milenio es soltado para entregarse nuevamente a sus nefandas actividades. Y aun cuando Cristo ha reinado sobre los hombres, Satanás encuentra que sus corazones sin regenerar siguen sensibles a sus tentaciones y están dispuestos a rebelarse contra Dios. Entonces ocurrirá el último conflicto, la lucha final, resultado de la cual es el último juicio en que Satanás es lanzado al lago de fuego. En resumen, hay dos etapas en la derrota de Satanás, no solamente una.

Uno jamás podría descubrir este hecho en gran parte del Nuevo Testamento, debido a que presenta el futuro como en un lienzo de dos dimensiones, largo y ancho, sin profundidad. La transición entre los tiempos se ve como si fuera un suceso sencillo, tal como los profetas del Antiguo Testamento ven en el futuro un solo día de Jehová. Sólo cuando leemos el Apocalipsis encontramos que la Escritura bosqueja claramente las dos etapas de la derrota de Satanás que están separadas por el milenio. Debemos por

consiguiente modificar nuestro diagrama nuevamente.



C: Creación, R₁: Primera resurrección, R₂: Segunda resurrección.

De pasada deberíamos notar un hecho importante. El milenio no es la manifestación perfecta y final del reino de Dios. Satanás está atado durante este período; pero cuando es libertado, encuentra los corazones de los hombres aún sensibles al pecado. La muerte y el sepulcro no son destruidos hasta el juicio final, al terminar el milenio (Apocalipsis 20:14). Debemos decir, por consiguiente, que el milenio finaliza en fracaso hasta la plena realización del ansiado reino de Dios. Solamente en el siglo venidero, después del milenio, se responde a la oración de "venga tu reino; hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra". La tierra será entonces una tierra renovada por cierto, pero será la tierra.

Varias conclusiones importantes emergen de este estudio. La Biblia enseña que jamás experimentaremos las plenas bendiciones del reino de Dios en este siglo. Hay quienes han identificado la esperanza cristiana con el ideal de un mundo sin guerras o con un mundo completamente sometido a la voluntad de Dios mediante la predicación del evangelio. Las personas que abrigan la esperanza de un reino que

será consumado en este siglo de seguro serán desilusionadas. El reino de Dios perfecto pertenece al siglo venidero. Jamás conoceremos la plenitud de sus bendiciones mientras dure este siglo malo. No habrá una conversión mundial antes de la venida de Cristo. Por tanto no debemos desilusionarnos por las guerras y rumores de guerras, por las perversidades y por la hostilidad contra el evangelio. Y cuando el pueblo de Dios sea llamado a padecer graves sufrimientos y tribulación, deberá recordar que Dios no lo ha abandonado, sino que sus sufrimientos se deben al hecho de que no pertenecen a este siglo y por consiguiente son objeto de su hostilidad.

Es más, el reino de Dios jamás será plenamente realizado aparte de la venida de Cristo personal, gloriosa y victoriosa. Los hombres no pueden edificar el reino de Dios; Cristo lo traerá consigo. Los poderes de Satanás y del mal pueden ser finalmente vencidos sólo mediante el poderoso acto de la venida de Cristo. ¡Pero ese día está por venir! La palabra de Dios nos urge a que velemos, que nos mantengamos despiertos, para estar listos y esperar ese día. ¡Qué seguridad, qué alivio, qué estabilidad da a nuestros corazones y mentes saber, que nuestra oración será ciertamente contestada "venga tu reino, sea hecha tu voluntad en la tierra, como en el cielo."! ¡Si, ven pronto, Señor. Jesús!

¹ Filadelfia: Westminster, 1950; Londres: S.C.M. Press, 1951.

² Palabra del gnosticismo que designa a inteligencias eternas (Nota del Editor).

³ La palabra "siglo" se usa en Reina-Valera en el sentido de "era", "tiempo y no en el sentido más común de "cien años".

⁴ La pregunta que hicieron los discípulos incluía preocupación tanto por la destrucción de Jerusalén así como con la escatológica consumación de la edad, pero esto tiene que ver con un difícil problema que no expondremos aquí.

⁵ Cullman concibe el tiempo marchando hacia atrás antes de la creación

(Cristo y tiempo), p. 82, pero esto plantea una cuestión filosófica acerca de la cual las Escrituras no dicen nada.

⁶ Esta es la mejor traducción, a pesar de las variantes que traducen "Rey de los santos" y de las "naciones".

⁷ El diagrama del profesor Cullman sobre los tiempos del Nuevo Testamento no reconoce estos niveles de las dos edades. Esta diferencia fue elaborada por Geerhardus Vos en *The Pauline Eschatology (La escatología paulina)* Grand Rapids: Eerdmans, 1952; publicada originalmente en 1930, p. 38.

⁸ Si el siglo venidero se concibe como existente "más allá de la historia", el milenio será testigo del triunfo del reino de Dios dentro de la historia.

3

El reino es de hoy

En los dos primeros capítulos, hemos bosquejado la verdad de que la palabra de Dios divide el curso del propósito redentor de Dios en dos edades: este siglo y el siglo venidero. Estas dos edades están separadas por la segunda venida de Cristo y la resurrección de los muertos. El reino de Dios pertenece al siglo venidero y se realizará en su plenitud sólo en esa edad. Si tuviéramos que terminar nuestro estudio en este punto, tendríamos una redención que es exclusivamente una promesa. Desde este punto de vista, la salvación sería una póliza de seguro. Para estar seguro, es importantísimo asegurarse; pero es tan sólo una protección para el futuro contra la hora de dificultades. Carece de valor para mí hoy, salvo el hecho de que me da una sensación de seguridad. Si cuanto tuviéramos fuera esta única división entre las edades y la venida de Cristo, la salvación solamente sería la promesa de liberación el día del juicio. Verdaderamente, la promesa de vida eterna de Marcos 10 pertenece totalmente al futuro cuando venga el reino de Dios.

Sin embargo, hemos descubierto que la transición de esta edad al siglo venidero no ha de ocurrir en un punto único. Encontramos que hay una superposición de este siglo y el siglo venidero. No habrá una

sola resurrección de los muertos, sino dos resurrecciones que están separadas por el milenio. Hay dos etapas de la derrota de Satanás. Al comienzo del milenio será atado y lanzado al abismo. Al finalizar el milenio será desatado solamente para ser finalmente lanzado al lago de fuego para siempre. Habrá una superposición de estas dos edades durante el período del milenio. La tierra disfrutará de una nueva dimensión de vida y de bendiciones del reino de Dios, Su gobierno, se manifestará por sí mismo en dos grandes actos, uno antes y otro después del milenio.

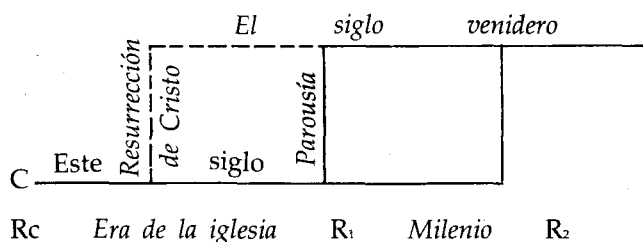
Si este fuera el programa completo de la redención, tendríamos solamente una religión de promesas, un evangelio de esperanzas. El hecho es, sin embargo, que hay un traslapo de las dos edades. Hay cierto número de declaraciones explícitas en el Nuevo Testamento, así como una estructura básica de la teología del Nuevo Testamento como un todo, que nos obliga a concluir que las bendiciones del siglo venidero no son exclusivamente para el futuro, sino que se han convertido en objeto de la experiencia actual en esta era.¹ Hebreos 6:5 habla de los que “gustaron. . . los poderes del siglo venidero”. La edad venidera sigue siendo futura, pero podemos saborear los poderes de esa era. Algo ha pasado en virtud de lo cual eso que pertenece al futuro se convierte en algo del presente. Los poderes de la edad futura han penetrado esta edad. Mientras todavía vivimos en el presente siglo malo y mientras Satanás sigue siendo el dios de este siglo, podemos gustar los poderes del siglo venidero. Ahora bien saborearla no es un banquete de siete platos. Seguimos esperando la gloriosa consumación y realización de lo que tan solamente hemos probado. Con todo una saboreada es algo real. Es más que una promesa; es una realización, es una experiencia. “Gustad y ved

que el Señor es bueno”. Hemos probado los poderes del siglo venidero.

Nuevamente en Gálatas 1:4, leemos que Cristo “se dio a sí mismo para librarnos del presente siglo malo”. ¿Cómo pueden los seres humanos vivir en una era perversa y librarse del poder de ésta? Esta liberación proviene del siglo venidero que ha penetrado hasta la época anterior a él y se ha proyectado a través de la persona de Cristo sobre el presente siglo malo, de modo que nosotros, por medio del poder del siglo venidero, podamos ser librados del presente siglo malo.

La misma verdad se ofrece en Romanos 12:2, que dice: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.” ¿Cómo podemos vivir en medio de la edad perversa y no conformarnos a ella? Tenemos que experimentar una transformación interior que en sí sea resultado del poder del siglo venidero que penetra retrospectivamente la presente edad perversa. Mientras transcurre el siglo malo, Dios ha hecho que para nosotros sea posible experimentar un nuevo poder con el cual podamos evidenciar cuál es la voluntad de Dios. Este traslado de las dos edades es fundamental para que comprendamos la enseñanza bíblica de la redención.

Tales asertos conducen a la conclusión de que no sólo habrá un traslado futuro de los tiempos durante el período milenar, sino también otro en el presente, entre el siglo venidero y este siglo, y actualmente estamos viviendo “entre esos tiempos”. Estamos de hecho cogidos en el conflicto de las épocas. Esto puede ilustrarse mediante una adicional modificación de nuestro diagrama.



¿Qué tiene esto que ver con el reino de Dios? Justamente esto: El reino de Dios pertenece a la edad venidera. Sin embargo el siglo venidero está traslapado con esta edad. Podemos probar sus poderes y por consiguiente ser librados de este siglo y desde ese momento dejar de vivir conforme a él. Este nuevo poder transformador es el poder del siglo venidero; sin duda es el poder del reino de Dios. El reino de Dios es cosa futura, pero no solamente del futuro, A la manera de los poderes del siglo venidero el reino de Dios ha invadido esta perversa edad para que el hombre pueda conocer en parte sus bendiciones aun mientras transcurre el siglo malo.

Quizá la más importante de las Escrituras que exponen el carácter fundamental del reino de Dios sea 1 Corintios 15:22-26. "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden; Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que El reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte".

En este pasaje Pablo está describiendo las varias etapas mediante las cuales Dios cumplirá Su propósito redentor. Este propósito tiene que ver con el reino

de Dios. El objetivo último es el cumplimiento del reino de Dios, por ejemplo, la realización del reinado perfecto de Dios en la totalidad del universo. Este se cumple mediante la derrota de sus enemigos. Cristo debe reinar hasta que haya puesto a sus enemigos debajo de sus pies. Cuando estos enemigos estén finalmente sometidos, Cristo entregará el reino a Dios. El reino de Dios, por consiguiente, es el reinado de Dios mediante la destrucción hecha por Cristo de los enemigos del reinado de Dios.

La conquista del reino, según este pasaje, encuentra su más alta expresión en la derrota de la muerte. "El postrer enemigo que será destruido es la muerte" (versículo 26). Dios pondrá de manifiesto Su enorme poder como soberano sobre todas las cosas mediante la destrucción del terrible enemigo de todas las criaturas de Dios: la muerte.

Sin embargo, esta conquista del reinado de Dios no se cumple en un acto único. Pablo habla de tres etapas en el triunfo del poder divino. Traduzcamos literalmente el versículo 23: "Cristo, las primicias"; "después de esto" los que son de Cristo, en su venida. Después de eso "viene el fin, cuando entregue el reino a Dios." Ya hemos visto que el libro de Apocalipsis divide la resurrección en dos etapas que se pueden llamar primera y segunda resurrección. Pablo nos señala que hay realmente tres etapas en el triunfo del poder divino, y que la resurrección de Jesucristo es, en efecto, las "primicias" o el primer acto de la primera resurrección en sí misma. "La resurrección" comienza con la resurrección de Cristo. En su *Parousia* ocurrirá la resurrección de los que pertenecen a Cristo. Esta no es una resurrección "general", sino una resurrección de sólo los que han compartido la vida de Cristo, por ejemplo, los creyentes en El. Solamente después de eso "viene el fin" y

es cuando Cristo entrega el reino al Padre. Como esta tercera etapa presenciara la derrota final de la muerte, el "último enemigo", debemos concluir que Pablo veía más adelante la resurrección "del resto de los muertos", en forma similar al cuadro que hay en Apocalipsis 20:12. Tenemos por tanto tres etapas en la conquista de la muerte: la resurrección final, la "primera" resurrección y la primicia de la resurrección en la resurrección de Cristo. Esto puede indicarse en nuestro diagrama mediante los símbolos RC (Resurrección de Cristo), R1 y R2.

Aquí hay algo que resulta totalmente conmovedor. La resurrección de nuestro Señor Jesucristo es el comienzo de la resurrección final. ¿Cómo sé yo que un día habrá una resurrección de los muertos cuando habremos de ser levantados de la tumba en la forma en que lo fue Cristo? ¿Qué es lo que imparte seguridad a esa esperanza? La respuesta es un hecho histórico: la resurrección ya ha comenzado. Esta es la importancia de las palabras de Jesús: "Porque yo vivo, también vosotros viviréis" (Juan 14:19). Este es el significado del poder de Su resurrección (Filipenses 3:10) y la resurrección de vida que ahora podemos compartir (Efesios 2:5). La resurrección de Cristo no es un hecho aislado; de por sí es un hecho escatológico que ha sido trasplantado al centro mismo de la historia. Estamos viviendo ya en el lado de la primera etapa de la resurrección que marcha hacia el cielo. Esto echa nueva luz sobre la totalidad de las circunstancias humanas. El cielo ya ha tenido su inicio en el hecho de que la resurrección ya ha comenzado a tener efecto. "Cristo las primicias, luego los que son de Cristo" en su *Parousia*. "Luego el fin".

La conquista de la muerte en las tres etapas de la resurrección es una triple manifestación del reino de Dios. Las dos últimas etapas concuerdan con el

bosquejo que ya hemos descubierto en el libro de Apocalipsis de Juan. "Luego (después de su venida) viene el fin, cuando entregue el reino a Dios" (1 Corintios 15:24). Esto concuerda con Apocalipsis 20:10 y 14: "Y el diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre. . ." Entonces "la muerte y el Hades (el sepulcro) fueron lanzados al lago de fuego". Al finalizar el reinado milenar de Cristo, el postrer enemigo, la muerte, será destruido. Este es el resultado final del majestuoso reinado de Cristo. Entonces, Cristo entregará el reino a Dios el Padre, pues Su reinado ha sometido a todos Sus enemigos.

Una etapa previa de esta conquista ocurre al comienzo del milenio. Esta se declara tanto en Apocalipsis 20 y en 1 Corintios 15:23, "Luego los que son de Cristo, en su venida".

Esto es lo que el reino de Dios designa como "la derrota de los enemigos de Dios". El reino de Dios quiere decir el reino de nuestro Señor Jesucristo hasta que todos Sus enemigos sean puestos debajo de Sus pies. ¿Y cuáles son Sus enemigos? ¿Los hombres perversos? ¿El anticristo? ¿Las naciones ateas? Hemos encontrado ya nuestro punto de partida en las Escrituras. "El postrer enemigo en ser destruido es la muerte". Pablo define el reino de Dios en términos de la conquista de enemigos tales como la muerte.

¿De dónde proviene la muerte? La palabra de Dios es clara sobre esto. "La paga del pecado es la muerte" (Romanos 6:23). La muerte viene a causa del pecado. El "último" enemigo en ser destruido es la muerte: por tanto el pecado también es uno de los enemigos de Dios y también será destruido.

¿De dónde proviene el pecado? ¿Cuál es el origen de la maldad? Desde luego, es Satanás. Aquí tenemos un triunvirato infernal — una trinidad del abismo: Satanás, el pecado, la muerte. "Preciso es que El reine

hasta que ponga a todos Sus enemigos dabajo de Sus pies". Este será el triunfo del reino de Dios.

Hemos visto en nuestro diagrama y en nuestros estudios previos que la derrota de Satanás es para cumplirse cuando menos en dos etapas. Al final del milenio es lanzado al lago de fuego para siempre. Pero al comienzo del milenio es encerrado en el abismo y encadenado por mil años. Y ahora llegamos a la cuestión decisiva de este capítulo: ¿Se ha completado algo en el triunfo de Cristo sobre Sus enemigos? ¿O nuestra salvación es totalmente asunto de promesa? ¿La derrota del pecado, de Satanás, de la muerte durante el reinado de Cristo pertenece exclusivamente al futuro, o hay una victoria inicial que ha sido cumplida?

La respuesta de esta cuestión importante ya ha sido sugerida en nuestro estudio de 1 Corintios 15. El triunfo sobre la muerte es en "tres" etapas, y la primera de ellas ya ha sido lograda. El reino de Dios, la actividad del majestuoso poder de Dios a través de Cristo se ha manifestado por sí mismo en la historia de la resurrección de Cristo. El triunfo sobre la muerte ha comenzado.

Ahora debemos examinar la cuestión siguiente: ¿Es la victoria sobre el pecado y Satanás algo totalmente futuro? ¿O ha actuado ya Dios con su regio poder para destruir el poder de Satanás? En otras palabras, ¿ha invadido el reino de Dios la presente época perversa, el dominio de Satanás?

Volvamos a nuestro punto de partida nuevamente desde un importante versículo de la palabra de Dios. Hebreos 2:14, 15: "Por cuanto los hijos (esto es, aquellos a quienes Dios haga hijos Suyos) participaron de carne y sangre (nosotros, por ejemplo, que somos seres humanos), El [Cristo] también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al

que tenía el imperio de la muerte, esto es, al Diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre". Estos son versículos que muchos jamás han leído con cuidado. Hay muchos que nos dicen que la victoria sobre Satanás ocurre solamente en la *Parousia* de Cristo en gloria. Leen estos versículos pensando que dicen: "que a través de su *Parousia* El podía destruir a aquel que tiene poder sobre la muerte, esto es al Diablo". Pero, ¡no! Ha sido mediante su muerte como Cristo ha destruido a Satanás.

Debemos admitir que estos versículos son confusos. ¿Cómo puede ser que haya sido destruido Satanás? La confusión la causan las traducciones a lenguas modernas. La palabra griega usada aquí no tiene equivalente adecuado en nuestros idiomas modernos. "Destruir" significa "arruinar" o [aniquilar completamente". La voz griega *katarego*² significa literalmente "poner fuera de acción", "convertir algo en inoperante", "inutilizar". Esta "destrucción" de Satanás se realizó mediante la muerte de Cristo. Cristo ejecutó en su muerte algo que constituyó una derrota para el diablo en la esfera de actividad de éste, de modo que su poder fue restringido en forma real.

Tenemos ahora "tres" etapas en la derrota de Satanás: al final del milenio, el lago de fuego; al comienzo del milenio, el abismo; y en la cruz la derrota inicial. Conforme el reino de Dios va manifestándose en tres etapas en su victoria sobre la muerte, también el reino de Dios asimismo va revelando su poder en las tres etapas de la derrota de Satanás.

Encontramos en los evangelios la misma verdad de la victoria actual sobre el mal. En Mateo 4:23, 24, leemos del comienzo del ministerio de nuestro Señor, "y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las

sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó”.

“Predicando el evangelio del reino”, “sanando toda dolencia”: ¿existe alguna relación entre estas dos frases? ¿Hay alguna relación entre las buenas nuevas acerca del reino de Dios y el ministerio curativo de nuestro Señor?

Podemos encontrar la respuesta en el primer milagro reseñado en el Evangelio según San Marcos, Jesús vino a Capernaum y en día de reposo entró a la sinagoga y comenzó a predicar. La gente estaba asombrada de su enseñanza pues les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. “Pero había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, que dio voces, diciendo: ¡Ah! ¿Qué tienes con nosotros Jesús Nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quien eres, el Santo de Dios. Pero Jesús le reprendió diciendo: ¡Cállate, y sal de él! Y el espíritu inmundo. . . salió de él. Y todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta?” ¿Qué había de nuevo en ello? El evangelio del reino. ¿Cuál era el nuevo elemento? “Con autoridad ordenaba aun a los espíritus inmundos, y le obedecían” (Marcos 1:23-27). El ministerio de nuestro Señor y el anuncio de las buenas nuevas estuvieron caracterizados por curaciones, y las más notables de ellas por la expulsión de demonios. El proclamó las buenas nuevas del reino de Dios y demostró las buenas nuevas del reino de Dios mediante la liberación de los hombres del dominio de Satanás.

El capítulo 12 de Mateo establece claramente que la

expulsión de demonios es obra del reino de Dios. La oposición contra nuestro Señor se había hecho intensa, pero los fariseos estaban confundidos ante el formidable poder de Jesús. Tenían que dar alguna explicación de sus grandes obras, y dijeron: “éste no echa los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios” (Mateo 12:24). Los fariseos reconocieron la presencia de un poder sobrenatural: pero lo atribuyeron a la actividad del mismo diablo. “Sabiendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá. Y si Satanás echa afuera a Satanás, contra sí mismo está dividido, ¿cómo, pues, permanecerá su reino? (versículos 25-26). Es ridículo decir que Satanás echa afuera a Satanás.

Esto sería una guerra civil, una lucha interna, que no puede ser. ¿Cuál es la explicación del poder de Jesús? “Pero si por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios” (versículo 28).

¿Cuál es el evangelio del reino? ¿Qué significa el anuncio de que el reino de Dios está cerca? Significa esto: que Dios está ahora actuando entre los hombres para librarlos de su servidumbre a Satanás. Es el anuncio de que Dios en la persona de Cristo está haciendo algo — digamos, atacando por sí mismo el reino de Satanás. La expulsión de demonios demuestra que el reino de Dios ha llegado a los hombres y está laborando entre ellos. El echar fuera demonios es en sí una obra del reino de Dios.

Cambiemos el lenguaje utilizado y volvamos a examinar la estructura de las dos edades. El poder de Jesús sobre los demonios fue la revelación de que los poderes del siglo venidero han invadido la perversa edad presente. Era la prueba de que el reino de Dios,

el cual pertenece a la futura edad que comienza cuando Cristo venga en gloria, ya ha penetrado este siglo. Satanás no está destruido todavía como lo será cuando sea echado al lago de fuego. Satanás todavía no está atado como lo estará durante el milenio en el abismo. A pesar de esto, el reino de Dios está activo; Dios está atacando el reino de Satanás. "Si por el Espíritu de Dios echó fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios" (versículo 28). Echar fuera los demonios es una realización del poder del reino de Dios. La expulsión de demonios es una prueba de que el reino de Dios está presente.

Examinemos ahora cuidadosamente el versículo 29: "Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa". Este es uno de los versículos más importantes del Nuevo Testamento para comprender el reino de Dios. Satanás es "el hombre fuerte" y "su casa" es este siglo. Los bienes del hombre fuerte son los seres humanos poseídos por demonios. La cuestión es, cómo puede alguno entrar en los dominios de Satanás y quitarle sus bienes si no ata "primero" al hombre fuerte? Entonces podrá saquear sus bienes.

Ahora podemos hacer la siguiente pregunta que es importante en todo sentido: ¿Está Satanás atado? ¿Hay alguna forma en la cual nuestro Señor en su encarnación y en su ministerio terrenal haya atado al enemigo número uno?

El primer pensamiento es que esto parece imposible, pues la palabra de Dios dice Satanás se las anda como león que busca a quien devorar. Empero, debemos preguntarnos ¿qué quiere decir realmente esta enseñanza de atar a Satanás? Hemos de recordar que Satanás, no es una criatura de carne y hueso, sino un ser del mundo de los espíritus. ¿Qué clase de

cadenas usará uno para atar a un ángel, a un espíritu? ¿Qué clase de ligadura lo retendrá? ¿Servirá una sogá? ¿Será una camisa de fuerza algo adecuado? ¿Será el hierro suficientemente fuerte, o el acero forjado, o quizás el titanio? Resulta obvio que la enseñanza de atar a Satanás es una metáfora. Una metáfora es una verdad, pero no en forma literal, por ejemplo, una verdad física, porque literalmente una cadena o una sogá no pueden atar a un ente espiritual. El atar a Satanás quiere decir que la venida de Cristo, Su presencia en la tierra, el ejercicio de Su poder entre los hombres, ha logrado una derrota sobre Satanás de manera que se ha roto su poder, Satanás "está" atado.

No hay necesidad de identificar este versículo con el de Apocalipsis 20:2 donde se dice que Satanás fue prendido y atado con fuertes cadenas y echado al abismo por mil años. Estos dos versículos se refieren a dos sucesos distintos. Los que sostienen una interpretación no milenaria comúnmente consideran idénticos estos dos pasajes. Esta identificación, sin embargo, resulta inverosímil. Pero Mateo 12:28 dice claramente que el reino de Dios ha entrado en la presente edad perversa. El poder de Satanás ha sido roto debido a que en algún sentido Satanás ha sido atado y los seres humanos pueden ser liberados del cautiverio satánico. Satanás es un enemigo vencido; debido a la obra de Cristo puedo yo ser liberado del poder de las tinieblas y ser traído al reino del amado Hijo de Dios.

La misma verdad de la derrota de Satanás a través del ministerio terrenal de nuestro Señor se declara en el décimo capítulo de San Lucas. El Señor había enviado a setenta discípulos a una gira de predicación, justamente antes de Su viaje final a Jerusalén. En sus instrucciones para la misión de ellos, les dijo:

“Sanad a los enfermos. . . y decidles: El reino de Dios se ha acercado a vosotros” (Lucas 10:9). En la persona de los emisarios de nuestro Señor, el reino de Dios vino a las ciudades que visitaron ellos. Y ¿qué debían hacer si no eran bien recibidos? “Mas en cualquier ciudad donde entréis, y no os reciban, saliendo por sus calles, decid: Aun el polvo de vuestra ciudad que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros. Pero sabed que el reino de Dios se ha acercado a vosotros. Y os digo que en aquel día será más tolerable el castigo para Sodoma que para aquella ciudad. ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que sentadas en cilicio y en ceniza se hubieran arrepentido. Por tanto en el juicio será más tolerable el castigo para Tiro y Sidón, que para vosotras” (versículos 10-14).

¿Por qué nuestro Señor pronunció tan temible juicio sobre estas ciudades? Porque el reino de Dios había llegado hasta ellas. La prueba de la presencia del reino de Dios era la curación de los enfermos. Las señales del reino eran manifiestas; su poder estaba obrando en ciudades como Corazín y Betsaida. El rechazo de los discípulos y de la misión de ellos significaba el rechazo del reino de Dios, y esto podía solamente tener por resultado un juicio temible.

Los setenta volvieron con gozo, diciendo: “¡Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre!” (versículo 17). “Sanamos los enfermos; sí, y conforme íbamos anunciando que el reino de Dios se ha acercado, hasta los demonios se sujetaban a nosotros, los echábamos fuera”. “Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (versículo 18). “Mientras vosotros estábais predicando el reino de Dios y echando fuera demonios, yo estaba viendo a Satanás caer de los cielos. En vuestro ministerio de liberar

hombres y mujeres del cautiverio de Satanás, yo vi su caída”. ¿Estamos tratando nosotros de construir alguna especie de drama cosmológico con este versículo e imaginar que Satanás que estaba “allá arriba” ahora está “aquí abajo”? No creo tal cosa. Más bien, este versículo significa que Satanás ha sido derribado del pináculo de su poderío. Esta es la misma verdad que encontramos en Mateo 12:28. Satanás ha sido atado, ha caído como un rayo desde los cielos. Su poder se ha venido abajo. Y aquí tenemos la evidencia: “El reino de Dios ha llegado a vosotros”: demonios son echados fuera, hombres y mujeres han sido librados del poder de Satanás, de modo que puedan entrar a disfrutar del poder de la vida y de las bendiciones del reino de Dios.

El reino de Dios quiere decir que lo divino triunfó sobre Sus enemigos, una victoria que ha de ser cumplida en tres etapas; y la primera de ellas ya ha acontecido. El poder del reino de Dios ha invadido los dominios de Satanás, el presente siglo malo. La actividad de este poder para libertar hombres del dominio satánico se puso en evidencia en la expulsión de demonios. Así, Satanás fue atado, fue derribado de su posición de poder; su poder fue “destruido”. Las bendiciones de la edad mesiánica actualmente están al alcance de los que abracen el reino de Dios. Ya podemos disfrutar las bendiciones resultantes de la derrota inicial de Satanás. Sí, el reino de Dios, se ha acercado, y está presente.

Esto no quiere decir que gozamos la “plenitud” de las bendiciones de Dios, ni que “todo” cuanto está comprendido en el reino de Dios ha llegado a nosotros. Como dijimos en el capítulo anterior, la segunda venida de Cristo es absolutamente esencial para el cumplimiento y consumación de la obra redentora de Dios. Empero ya Dios ha cumplido la

primera etapa de Su obra redentora. Satanás es el dios de este siglo, sin embargo el poder de Satanás ha sido roto de manera que los hombres pueden conocer el gobierno de Dios en sus vidas. El siglo malo sigue su curso, sin embargo, los poderes del siglo venidero han sido puestos al alcance de los hombres. Para el ojo humano, el mundo parece poco cambiado; el reinado de Satanás está inalterado, empero el reino de Dios ha venido a los hombres: y los que lo reciben estarán preparados para entrar al reino de gloria cuando Cristo venga a terminar la buena obra que ya ha comenzado. Este es el evangelio del reino.

¹ Véase el estudio del autor en *The Expository Times* 68 (1957), pp. 268-273.

² *Katargeo* aparece en Lucas 13:7 (inutilizar); Romanos 3:3 (hacer nula) y otros pasajes en que se ve que su sentido no es "destruir", "aniquilar". (Nota del Editor).

4

El misterio del reino

El cuarto capítulo de Marcos y el décimo tercero de Mateo contienen un conjunto de parábolas que explican el "misterio del reino de Dios" (Marcos 4:11). Una parábola es un relato tomado de la experiencia diaria de la gente y que tiene el propósito de ilustrar la verdad central del mensaje de nuestro Señor. A esta verdad central se le llama "el misterio" del reino.

Primero debemos definir el significado del término "misterio". Un misterio en el sentido bíblico no es algo misterioso, profundo, oscuro, complicado o difícil. En las lenguas modernas tiene ese significado, pero no podemos interpretar la Biblia a través del significado de las lenguas modernas. Con frecuencia, en las Escrituras, "misterio" es un concepto cuyo significado se explica en Romanos 16:25, 26. Pablo escribe: "Y al que puede confirmarnos según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes." Esta es la idea bíblica de misterio: algo que ha sido mantenido en secreto a través de tiempos eternos, pero que ahora es revelado. Es un

propósito divino que Dios ha concebido desde la eternidad, pero que ha mantenido oculto de los hombres. Al fin, sin embargo, en el curso de su plan redentor, Dios revela este propósito y mediante las Escrituras de los profetas lo hace saber a todos los hombres. Un misterio es un propósito divino, escondido en los secretos de Dios por épocas prolongadas, pero que finalmente se descubre en una nueva relación de la obra redentora de Dios.

Las parábolas explican el misterio del reino, una nueva verdad acerca del reino de Dios que no había sido revelada en el Antiguo Testamento, pero que al fin se manifiesta en el ministerio terrenal de nuestro Señor. ¿Cuál es este misterio?

Para contestar a esta pregunta, tenemos que remontarnos al Antiguo Testamento y examinar la típica profecía del reino venidero de Dios. En el segundo capítulo de Daniel, el rey Nabucodonosor tuvo la visión de una gran imagen que tenía la cabeza de oro, el pecho de plata. Los muslos de bronce y las piernas de hierro y los pies de hierro y arcilla. Luego vio una piedra, no cortada de manos, que hirió la imagen por los pies y la redujo a polvo. Este polvo fue arrastrado por el viento "sin que de ellos quedara rastro alguno". Entonces la piedra que destruyó la imagen se convirtió en una gran montaña que llenó toda la tierra (Daniel 2:31-35).

La interpretación se nos da en los versículos 44 y 45. La imagen representa las naciones que sucesivamente iban a dominar en el curso de la historia del mundo. El significado de la piedra se da con estas palabras: "Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, es de la manera que viste que del

monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al Rey lo que ha de acontecer en lo por venir".

Esta es la perspectiva del Antiguo Testamento del futuro profético. Los profetas prevén un día glorioso cuando venga el reino de Dios, cuando Dios establezca su reino sobre la tierra. Recordará el lector que hemos descubiero que el significado básico del reino de Dios es el gobierno de Dios. En aquel día cuando Dios establezca Su reino, éste desplazará todos los demás reinos, todos los otros gobiernos y autoridades. Este frenará la orgullosa soberanía del hombre manifestada en el gobierno de las naciones que han dominado la escena de la historia terrenal. El dominio de Dios, el reino de Dios, el gobierno de Dios aplastará toda oposición. Dios, y sólo El será el Rey en esos días.

En la perspectiva del Antiguo Testamento, la venida del reino de Dios se mira como un gran evento singular: una vigorosa manifestación del poder de Dios que barrería los débiles reinos de soberanía humana y que llenará la tierra de justicia.

Debemos ahora volver a examinar el Evangelio según San Mateo y relacionar esta verdad a nuestro estudio anterior. Juan el Bautista había anunciado la venida del reino de Dios (Mateo 3:2) por el cual entendía la venida del reino predicho en el Antiguo Testamento. El que había de venir traería un bautismo doble: Unos serían bautizados con el Espíritu Santo y gozarían de la salvación mesiánica del reino de Dios, mientras otros serían bautizados en el fuego del juicio final (Mateo 3:11). Que esto es lo que Juan desea decir se ve claro en el versículo siguiente. La obra del Mesías será de mudanza y separación de los hombres. Conforme el agricultor trilla y aventá su

cosecha, reteniendo el grano bueno y desechando los desperdicios, el Mesías limpiará su era y recogerá su trigo en su granero (Salvación para los justos), pero quemará la paja en el fuego (versículo 12). La frase “que nunca se apagará” demuestra que no es un fuego común a la experiencia humana, sino el fuego escatológico del juicio.

Desde la prisión, Juan envió mensajeros a Jesús para que le preguntaran si El era realmente El que había de venir, o si debían esperar a otra persona. La duda de Juan a menudo ha sido interpretada como la pérdida de confianza en su misión y en su llamamiento divino debido a su encarcelamiento. Sin embargo, el elogio que Jesús hace de Juan hace que esto sea distinto. Juan no era una caña sacudida por el viento (Mateo 11:7).

El problema de Juan lo creó el hecho de que Jesús no estaba actuando como el Mesías que el mismo Juan había anunciado. ¿Dónde estaba el bautismo del Espíritu Santo? ¿Dónde estaba el juicio de los malos?

Jesús replicó que El ciertamente era el portador del reino, que las señales de la edad mesiánica de la profecía estaban siendo manifestadas. Y aun dijo Jesús: “Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mateo 11:6). “Señor, ¿eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?” ¿Por qué hizo Juan esa pregunta? Porque la profecía de Daniel no parecía estar en proceso de cumplirse. Herodes Antipas gobernaba Galilea. Las legiones romanas desfilaban a través de Jerusalén. La autoridad estaba en manos de un pagano romano, Pilato. Roma la idólatra, politeísta, e inmoral gobernaba el mundo con manos de hierro. Aunque Roma ponía en juego gran visión y moderación al gobernar sus súbditos, haciendo a los judíos concesiones debido a sus escrúpulos religiosos, sin embargo sólo Dios tenía derecho a gobernar a

Su pueblo. La soberanía le pertenece solamente a Dios. Ahí estaba el problema de Juan; y era el problema de todo judío devoto, incluyendo a los más íntimos discípulos de Jesús, en sus esfuerzos por entender e interpretar la persona y el ministerio de Jesús. ¿Cómo podía El ser el portador del reino mientras el pecado e instituciones pecaminosas permanecían sin castigo?

Jesús contestó: “Bienaventurado el que no halle tropiezo en mí.” Lo que Jesús quería decir es esto: “Sí, el reino de Dios está aquí. Pero es un misterio, una nueva revelación acerca del reino. El reino de Dios está aquí; pero en lugar de destruir la soberanía humana, ha atacado la soberanía de Satanás. El reino de Dios está aquí; pero en lugar de introducir cambios en las cosas externas, en el orden político, está realizando cambios en el orden espiritual, en las vidas de hombres y mujeres.”

Este es el misterio del reino de Dios, la verdad que ahora Dios revela por primera vez en su relato redentor. El reino de Dios ha de obrar entre los hombres en dos etapas distintas. El reino que “está” todavía por venir en la forma profetizada por Daniel cuando toda soberanía humana será desplazada por la soberanía de Dios. El mundo aún contempla la venida del reino con poder. Pero el misterio, la nueva revelación, es que este reino de Dios ha venido a obrar entre los hombres, pero en un forma totalmente no esperada. No está destruyendo el gobierno de los humanos; está suprimiendo el pecado de la tierra; está ahora comenzado a traer el bautismo de fuego que Juan había anunciado. Había venido quieta, discreta, secretamente. Puede obrar entre los hombres y jamás ser reconocido por las multitudes. En el dominio espiritual, el reino ahora ofrece a los hombres las bendiciones del gobierno de Dios, liberándo-

los del poder de Satanás y del pecado. El reino de Dios es un ofrecimiento, un regalo que puede ser aceptado o rechazado. El reino está ahora aquí con persuasión más que con poder.

Cada una de las parábolas de Mateo 13, ilustra este misterio del reino: que el reino de Dios, que todavía está por venir en poder y gran gloria, está realmente presente entre los hombres por anticipado en una inesperada forma de traer a los hombres durante el presente siglo malo las bendiciones del siglo venidero.

La primera parábola de Mateo 13 es la de las cuatro clases de terrenos. El sembrador salió a sembrar. Conforme esparcía la semilla, unas cayeron sobre el camino que cruzaba el campo. Esta semilla no echó raíces, sino que estando allí expuesta, pronto la recogieron los pájaros. Otra semilla cayó entre piedras, en surcos que estaban sobre pedregales que tenían poca tierra debajo. Esta semilla germinó pronto y comenzó a crecer; pero cuando vino el tiempo caluroso, el suelo se secó rápidamente y los brotes perecieron pues no disponían de suficiente profundidad de terreno para conservar la humedad en tiempo caluroso. Aun otras semillas cayeron en lugares llenos de espinas, estas semillas germinaron, pero las espinas también brotaron y ahogaron las semillas germinadas de manera que no llegaron a la madurez. Algunas semillas cayeron en tierra buena, profunda y limpia donde pudieron alcanzar su desarrollo y la madurez y producir una cosecha.

El misterio del reino de Dios es esto: el reino de Dios está aquí, pero no con poder irresistible. El reino de Dios ha venido, pero no como una piedra que demuele la imagen convirtiéndola en polvo. No está ahora mismo destruyendo la impiedad. Todo lo contrario, es como un sembrador. No, no se impone

por sí mismo sobre los hombres. Algunos, como la buena tierra, lo reciben; pero hay muchos otros que no lo reciben. Algunos oyen la palabra del reino, pero jamás ésta entra en sus corazones. Oyen el evangelio del reino, pero no comprenden la verdad que escuchan. Satanás viene y arrebata la simiente. La semilla no echa raíces, no produce vida.

Otras son superficiales. Oyen la palabra del reino y parece que la reciben; responden a ella. Dan apariencia de vida, pero no tiene profundidad. Quizá lo intelectual o emocional ha sido conmovido, pero la voluntad no ha sido cambiada. No tienen vida verdadera. Cuando surgen los problemas, cuando encuentran que recibir el evangelio del reino no los libera del mal, cuando afrontan persecución y perversidad, por haber recibido el mensaje del reino esta se marchita y muere, porque no hay en ellos vida. Su profesión de fe es espúrea.

Aun hay otros como las semillas en terreno espinoso. Al parecer reciben la palabra del reino, parecen creer y dan señales de vida. Pero no están preparados para aceptar la humilde forma del reino de Dios. Pero el afán de este siglo y el amor por las riquezas, la ambición, la ostentación, la presión para que se conformen a este siglo en que viven todavía, ahoga la palabra y se convierten en estériles.

Este es el misterio del reino: Que el reino de Dios ha llegado a los hombres y "todavía pueden los hombres rechazarlo". El reino no tendrá triunfo uniforme. No todos lo recibirán. Esto era algo preciso para quien sólo conocía el Antiguo Testamento. Cuando el reino de Dios venga, vendrá con "poder". ¿Quién podrá resistirlo? ¿Quién podrá resistir a Dios? Pero precisamente éste es el misterio del reino. El reino está cerca, pero puede ser rechazado. Un día ciertamente Dios manifestará Su majestuoso poder

para purgar la tierra de perversidad, pecado y maldad; pero no ahora mismo. El reino de Dios está obrando entre los hombres, pero la voluntad de Dios no los obliga a inclinarse ante él. Los hombres deben recibirlo; la respuesta debe venir de un corazón voluntario y de una sumisa voluntad.

Dios todavía está tratando con nosotros de esta misma manera. Dios no te empujará dentro de Su reino. El negocio de los llamados al ministerio de la palabra no está en hablar en forma autoritaria y compulsiva. Hablamos como emisarios de Dios, pero imploramos y no exigimos, persuadimos y no empujamos. Imploramos a los hombres para que abran sus corazones para que la palabra de Su reino pueda dar frutos en sus vidas. Pero el hombre puede rechazarla. Los hombres pueden despreciar el evangelio del reino. Pueden desdeñar al predicador de la Palabra; y resultar ésta impotente.

La parábola de la cizaña o de la mala yerba ilustra otra fase de la misma verdad. Un hombre sembraba trigo en su campo pero su enemigo sembró allí cizaña. Cuando la cizaña fue descubierta la servidumbre quería arrancarla, pero se le dijo que dejaran crecer la cizaña y el trigo hasta el momento de la cosecha. Entonces se haría la separación del uno y de la otra. Hasta el tiempo de la cosecha, la cizaña y el trigo deben crecer juntos.

Es de la mayor importancia notar que “el campo es el mundo” (versículo 38). ¿De dónde sacamos la noción de que el campo es la iglesia? Jesús mismo dijo que el campo es el mundo, no la iglesia. Es una mala interpretación de la palabra de Dios decir que la parábola enseña que en la iglesia han de crecer juntos los buenos y los malos, los regenerados y los no regenerados, hasta la cosecha y que no podemos ejercer la disciplina de la iglesia porque esto alteraría

el orden de las cosas. Nuestro Señor no dijo tal cosa. No estaba hablando acerca del carácter mixto de la iglesia sino acerca del mundo.

Aun más, leemos que “la buena semilla representa los hijos del reino; las cizañas son los hijos del malo. . . la cosecha es el fin del siglo (versículo 38-39). Al final de esta edad, los ángeles vendrán y separarán el trigo de la cizaña. Con toda seguridad hay un día de juicio que traerá una separación final entre los justos y los impíos.

¿Cuál es el objeto de esta parábola? En el libro de Daniel, cuando el reino de Dios venga, destruirá los pecadores y barrerá la perversidad y la iniquidad de la faz de la tierra. En esta parábola, Jesús dice que el reino de Dios ya ha venido y ya está obrando en el mundo; pero no está destruyendo el pecado ni está purgando la tierra de lo malo. El reino de Dios verdaderamente está cerca pero en forma distinta de como jamás había sido previsto. Los hijos del reino, los que han recibido el evangelio del reino y los hijos del malo han de vivir juntos “en el mundo” hasta el final de la edad. Sólo entonces ocurrirá la separación final entre ellos. Para quien sólo conocía el Antiguo Testamento, éste era un asombroso anuncio. Cuando el reino de Dios venga, lo perverso no existirá más. Pero Jesús enseñó que “El reino venidero ha llegado y está obrando entre nosotros.” Con todo, el hombre perverso continúa vivo en medio nuestro. “El reino ha llegado, pero la edad impía sigue en marcha. El reino ha venido, pero los malos y los justos deben vivir juntos mezclados en la sociedad hasta que venga el Hijo del Hombre.” El carácter imprevisto de la venida del reino entre los hombres es ilustrado más adelante en las parábolas tercera y cuarta de la semilla de mostaza y de la levadura. En el antiguo lenguaje semítico, la semilla de mostaza era símbolo proverbial

de lo diminuto e insignificante. La mostaza era una planta que crecía rápidamente hasta alcanzar tamaño de arbusto grandísimo. Jesús dijo: "El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo, el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nido en sus ramas" (Mateo 13:31, 32).

Esta parábola ilustra que el reino de Dios está en la actualidad entre los hombres, pero en forma que no había sido previamente revelada. Entre nosotros es algo diminuto, como algo insignificante, como algo pequeño, como la semilla de la mostaza. Lo importante es que a pesar de que es como una semilla diminuta, aún es el reino de Dios. Jesús dice: "No dejéis que su aparente insignificancia os engañe. No os desaniméis. El tiempo vendrá cuando este mismo reino de Dios que actualmente está cerca en forma de pequeñísima semilla, será una hortaliza grande, tan grande que las aves de los cielos vendrán y harán nidos en sus ramas."

El mensaje de esta parábola no es la manera como la semilla diminuta se convierte en árbol. Muchos intérpretes han puesto gran énfasis sobre el elemento del crecimiento y lo han usado para ilustrar la gradual extensión de la iglesia en el mundo. Este no es el propósito de la parábola. Si nuestro Señor hubiera deseado enseñar el lento crecimiento y gradual expansión, la ilustración de la semilla de mostaza que rápidamente se hace un gran arbusto no serviría para este objetivo. El lento crecimiento del roble hubiera sido mucho más adecuado para ilustrar el gradual crecimiento del reino. El crecimiento no es la verdad enseñada con esta parábola. Nada tiene para enseñarnos "cómo" el reino vendrá en el futuro. Sabemos

por otras escrituras que el reino de Dios vendrá en majestuoso poder. Este poseerá la tierra solamente cuando el mismo Señor vuelva en majestad y gloria. La forma de este futuro por venir no es un elemento de la parábola. Esta explica una verdad: el reino de Dios, que un día llenará la tierra, está presente entre los hombres, pero en una forma que jamás había sido esperada. Es como una insignificante semilla de mostaza. Esta cosa diminuta "es", sin embargo, el reino de Dios y por tanto no es para ser menospreciada.

La parábola de la levadura ilustra la misma verdad. "El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado" (Mateo 13:33). El ama de casa hebrea no compraba pastillas de levadura en la tienda de la esquina. Tenía que tomar una masa que ya había fermentado y debía colocarla en la hornada que no había sido fermentada.

Esta parábola con frecuencia es interpretada en dos formas. Muchos la han adoptado como el texto básico para fundamentar que el evangelio está destinado a conquistar el mundo entero mediante gradual influencia. Estos intérpretes ponen énfasis en la forma gradual en que la levadura obra, por persuasión y penetración lentas. Otros insisten en que la levadura siempre simboliza el mal y que la parábola ilustra la apostasía de la iglesia.

En este punto, debemos hacer un aparte para realizar la característica de todas las parábolas importantes. En el método parabólico de enseñanza no debemos buscar la verdad en cada detalle. Una parábola es un relato tomado de experiencias familiares de la vida diaria, y muchos de los detalles de la parábola resultan simples elementos de color local. Una parábola no es un relato elaborado. Una alegoría es un relato creado por la imaginación, y por consi-

guiente susceptible de ser modelado por su autor, que en cada detalle puede señalar algún aspecto de la verdad que está siendo ilustrada. La parábola no es una alegoría. En lugar de ser un relato modelado por su autor, es un incidente de la diaria experiencia que necesariamente contiene detalles que no transmiten ninguna verdad espiritual y que por tanto no han de ser comprendidos en la interpretación que de esa se haga.

Este principio merece ser ilustrado, pues es básico para evitar malas interpretaciones de las parábolas del reino. Jesús dijo la historia de un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó que se conoce como la parábola del buen samaritano (Lucas 10:30-37). Este relato podía haber acontecido cualquier día de la semana. La parábola responde a una pregunta: ¿Quién es mi prójimo? (versículo 29). La mayoría de los detalles son meramente partes de un trasfondo pintoresco. ¿Quién es el viajero? Un hombre cualquiera. ¿Qué es Jerusalén? ¿Qué es Jericó? Dos ciudades cualesquiera del mundo. Las cuestiones se hacen más difíciles cuando preguntamos. ¿Quiénes son los ladrones? ¿Cuántos eran? ¿Qué verdad espiritual es sugerida con el burro? ¿Qué verdad espiritual se presentan con las monedas que el samaritano pagó al hospedero? ¿Por qué dos monedas? ¿Quién es el hospedero? ¿Qué representa el hotel? ¿Qué verdad espiritual es formulada en el aceite y el vino? ¿Adónde fue el samaritano después de salir del mesón? Es obvio que la mayoría de esos detalles simplemente pertenecen al color local de la parábola.

Este principio está aún más claro en la parábola del mayordomo infiel (Lucas 16:1-13). He aquí una parábola salida de los labios de Jesús que implica deshonestidad. Si debemos encontrar el significado de ella en los detalles del relato, tendremos que admitir que

Jesús enseñó que el fin justifica los medios. ¡La deshonestidad, la práctica de la astucia, no son malas si algo bueno se obtiene de ellas! Esto evidentemente no es lo que nuestro Señor enseña con esa parábola. Una sola verdad se enseña con esta parábola: Los hombres deben ser sabios en el uso de sus haciendas. Deben hacer inversiones de modo que éstas le ayuden en el día de necesidad espiritual (versículo 9). El resto, es en su totalidad color local.

Este principio resulta esencial para comprender la parábola de la levadura. La verdad no es la de una gradual penetración del reino por todo el mundo. En ninguna otra parte las Escrituras enseñan esto. La verdad es la misma de la parábola de la semilla de mostaza. En su actual manifestación, el reino de Dios es como un puñado de levadura en una vasija grande llena de masa. La masa absorberá la levadura de tal manera que uno no podrá darse cuenta de la presencia de ella. Resulta casi imposible de observar; casi no puede verse. En lugar de la gloria de Dios sacudiendo la tierra, el reino ha venido en Uno que es manso y humilde, destinado a ser ajusticiado, que tan sólo tenía un puñado de discípulos. No hay que maravillarse mucho de que la historia de los romanos apenas menciona la vida de Jesús. Desde el punto de vista mundano, Su persona y misión podían ser ignoradas. Pero uno no puede desilusionarse por eso; algún día toda la tierra estará llena del reino de Dios como la levadura llenará toda la masa del recipiente. Los medios por los cuales se realiza este fin no es elemento importante de la parábola.

La otra interpretación errada consiste en considerar que la levadura es símbolo de lo malo y que la parábola pinta la iglesia profesante que ha de ser penetrada por lo malo y que en los últimos días toda la iglesia vendrá a ser apóstata y corrupta. Ciertamen-

te es un hecho que frecuentemente, quizá hasta en la mayoría de los pasajes donde la levadura se usa en las Escrituras, es símbolo de lo malo. Pero esto no siempre es cierto. El más importante pasaje donde la levadura ha sido usada en algún relato bíblico está en el libro de Exodo. Los israelitas recibieron órdenes de comer pan sin levadura en esta ocasión, pero no porque la levadura fuera un símbolo de lo malo y que el pan hecho sin levadura simbolizara la pureza. Exodo 12:39 dice: "Y cocieron tortas sin levadura de la masa que habían sacado de Egipto, pues no había leudado, porque al echarlos fuera los egipcios, no habían tenido tiempo ni para prepararse comida." La levadura no es aquí símbolo de nada malo; pero el pan sin levadura era un símbolo de lo "hecho de prisa". Los israelitas no pudieron tener tiempo para leudar la masa del pan.

Nuevamente, en Levítico 23, el pan hecho con levadura fue "ordenado" para la celebración de la fiesta del Pentecostés. (versículo 17). En esta fiesta, los israelitas debían traer dos hogazas de pan con levadura como sacrificio a Dios. La fiesta de Pentecostés era la fiesta de la cosecha, tiempo de regocijo. Se presentaba una ofrenda en acción de gracias a Dios por haber dado El la cosecha. El sacrificio consistía en hogazas de pan común de levadura, tal como el usado en los hogares, en representación de las primicias de la cosecha. Con la observancia de esta festividad, se ordenó al pueblo de Dios el uso de levadura como símbolo de regocijo y de acción de gracias. Ver en esta festividad la tipificación de la apostasía de la iglesia es un descontrolado uso de la alegorización.

La parábola de la levadura no implica un simbolismo de lo malo. La interpretación de que la levadura ilustra perversidad encara el problema de explicar

cómo es que el verdadero reino de Dios, el dominio de la salvación, como también el reino en misterio de la iglesia profesante, puede llegar a ser totalmente penetrada por el mal. Esta parábola se relata en Lucas 13:20, 21 donde no tiene relación alguna con el reino davídico, sino con el reino espiritual. La levadura no simboliza aquí lo malo. Ilustra la verdad de que el reino de Dios puede a veces parecer que es una pequeña cosa insignificante. El mundo puede engañarse e ignorarlo. ¿Qué podían hacer un carpintero galileo y una docena de discípulos judíos? Pero no os desmayéis, vendrá el día cuando el reino de Dios abarcará todo el mundo así como la levadura penetra toda la masa de la vasija. Los propósitos de Dios no serán frustrados.

Las parábolas del tesoro y de la perla de gran precio (Mateo 13:44-46) siguen lógicamente a los de la semilla de mostaza y la de la levadura. El reino de Dios es como una diminuta semilla de mostaza, una pequeña cantidad de levadura, pero aun en esa forma insignificante, "es" el reino de Dios. Por tanto esto es de valor inestimable. Aunque ha llegado a los hombres en forma humilde, nuestro Señor dice que el reino de los cielos es como un tesoro cuyo valor trasciende a toda otra posición; es como una perla cuya adquisición merece arriesgar la pérdida de todos los demás bienes que poseamos. Ahora, nuevamente, la idea de que este hombre "compra" el campo o del comerciante que "compra" la perla nada tiene que ver con la verdad básica de la parábola. Esta parábola no nos dice que podemos comprar la salvación. La salvación viene por la fe, el don gratuito de Dios; y Mateo 20:1-16 enseña que el reino es un don y no un premio que pueda ser ganado. Pero, aun cuando el reino es un don de la gracia, también es algo costoso. Puede costarle a uno sus posesiones terrenales (Mar-

cos 10:21), o sus amistades o los afectos de sus familiares y hasta la vida (Lucas 14:26). Pero sea cual sea su costo, el reino de Dios es como un tesoro o una perla costosa cuya posesión merece cualquier precio que se dé por ella.

La parábola del lanzamiento de la red reafirma la verdad de que aunque el reino de Dios ha venido entre los hombres actualmente de una manera inesperada, desembocará sin embargo en un juicio final y en la separación de los buenos y los malos y en la destrucción del mal. La revelación de la venida del reino en el Antiguo Testamento realza este evento catastrófico y apocalíptico. Cuando Dios traiga Su reino, la sociedad de los impíos será reemplazada por la sociedad de los que se han sometido por sí mismos al gobierno de Dios, los que gozarán de la plenitud de las bendiciones divinas liberados de todo mal. Jesús enseñó que el propósito redentor de Dios había traído Su reino a obrar entre los hombres, en anticipación al día del juicio. Es como una red que reúne bajo su influencia hombres de varias clases, tanto buenos como malos. La separación entre los buenos y los malos no se ha hecho todavía; el día del juicio pertenece al final del siglo (Mateo 13:49). Entre tanto, habrá dentro del círculo de los alcanzados por la actividad del reino de Dios en el mundo, no solamente los verdaderos hijos del reino; también habrá en este movimiento hombres malos.

La parábola del trigo y la cizaña describe el carácter del mundo en sentido amplio; buenos y malos han de vivir juntos hasta el día del juicio. La estructura de la sociedad humana no ha de ser perturbada ahora por la separación final de los hombres. La parábola de la red tiene una más limitada referencia y describe el círculo de los hombres que reciben la influencia de la actividad del reino de Dios en la persona de Dios. Los

hombres malos encontrarán modo de entrar en esa comunión. Esto explica cómo podía haber un Judas en el círculo inmediato de los discípulos de nuestro Señor. Explica por qué pueden surgir hombres perversos del seno de la iglesia (Hecho 20:29, 30) que llevarán a los hombres lejos de Cristo. Esto nos ayuda a entender por qué en la iglesia moderna, a pesar de lo cuidadosos que sean en sus esfuerzos por preservar la pureza bíblica de sus miembros, se encontrarán en el seno de la iglesia personas que resulten ajenas a los intereses del reino de Dios.

Deberíamos incluir en este estudio del misterio del reino una parábola importante que sólo se halla en el Evangelio según San Marcos. El reino de Dios es "como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado" (Marcos 4:26-29). Esta parábola es similar a la de la semilla de mostaza en que el elemento del crecimiento no es el propósito del relato. La mentalidad moderna, teñida del punto de vista evolucionista, ve en la idea del crecimiento el concepto de gradual y lento desarrollo. Esto, sin embargo, es una idea moderna, no bíblica. San Pablo usa la idea del crecimiento para ilustrar algo totalmente sobrenatural, la resurrección de los muertos (1 Corintios 15:36-38).

La parábola de la semilla que crece por sí misma expresa una sola verdad básica: "La tierra lleva fruto por sí misma". El reino de Dios es como una semilla desde este punto de vista: la semilla contiene el principio de la vida en sí misma. No hay nada que el agricultor pueda agregar a la vida que hay en la

semilla. No puede hacerla crecer, no puede hacerla producir vida. Su única tarea está en sembrar la semilla. Luego deberá ocuparse de sus otras tareas. Pero mientras él está ocupado en otras cosas, hasta cuando duerme, la vida que hay dentro de la semilla y los poderes que hay en la tierra se harán sentir por sí mismos y producirán fruto.

El reino de Dios es un milagro. Es el acto de Dios. Es sobrenatural. Los hombres no pueden edificar el reino, no pueden erigirlo. El reino es el reino de Dios; es el gobierno de Dios, el dominio de Dios. Dios ha dado a los hombres el evangelio del reino.

Es nuestra responsabilidad proclamar las buenas nuevas acerca del reino. Pero la verdadera obra del reino es la obra de Dios. El fruto no lo produce el esfuerzo ni la habilidad humanas, sino la vida que posee el reino mismo. Es la proeza de Dios.

Este es el misterio del reino: Antes del día de la cosecha, antes del fin de los tiempos, Dios ha entrado a formar parte de la historia en la persona de Cristo para obrar entre los hombres, para darles la vida y las bendiciones de su reino. Este llega humilde, modestamente. Llega a los hombres en la forma de un carpintero galileo que visitó las ciudades de la Palestina predicando el evangelio del reino, liberando a los hombres de su servidumbre al Diablo. Llega a los hombres cuando los discípulos recorren todas las aldeas de Galilea con el mismo mensaje. Llega a los hombres hoy conforme los discípulos de Jesús siguen predicando el evangelio del reino al mundo entero. Llega tranquila, humildemente, sin fuego del cielo, sin llamaradas de gloria, sin derretir las montañas ni partir los cielos. Llega como una semilla que se siembra en la tierra. Puede ser rechazado por los corazones endurecidos, puede ser ahogada, la vida que posee puede a veces parecer que se marchita y

muere. Pero esa simiente "es" el reino de Dios, trae el milagro de la vida de la vida divina entre los hombres. Introduce a los hombres al goce de las bendiciones del gobierno divino. Es para ellos la obra sobrenatural de la gracia de Dios. Y este mismo reino, el mismo poder sobrenatural de Dios aún habrá de manifestarse por sí mismo al final de los tiempos, en esta ocasión no vendrá tranquilamente a través de las vidas de quienes lo reciban, sino en poder, y en gran gloria, purgando todo pecado y mal de la faz de la tierra. Ese es el evangelio del reino.

La vida del reino

Jesús dijo a Nicodemo: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”, y “el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:3-5). Estos versículos asocian el reino de Dios a la vida eterna. Indican que uno debe entrar en la vida del reino para entrar en el reino de Dios; hay que nacer de nuevo.

Hay en el corazón humano una gran sed de vida. Una persona ha de ser anormal o emocionalmente desequilibrada para renunciar al amor a la vida. Un profesor universitario había estado afectado por cierta deficiencia endocrínica que le hizo la vida tan penosa que finalmente se sintió desesperado, tomó veneno y se quitó la vida. El peso de los sufrimientos y el fastidio llegaron a ser tan grandes que la perspectiva *de este hombre inteligente vino a ser distorsionada y torcida*. Es natural que el hombre ame más la vida y se apegue a ella.

La palabra de Dios ofrece una vida más elevada que la vida física que disfrutan todos los hombres. Esta es la vida del reino de Dios. Todos estamos familiarizados con el texto que dice; “el que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios.” Pero frecuentemente separamos la verdad de la vida eterna de la del reino de Dios y comúnmente no pensamos en la vida

eterna como un aspecto del reino de Dios. Sin embargo, estos versículos ponen juntas esas dos grandes verdades bíblicas. Son de hecho inseparables. La vida que Cristo vino a darnos es la vida del reino de Dios.

En el capítulo anterior expusimos la enseñanza bíblica en torno al misterio del reino. Este misterio es una nueva revelación del propósito divino que no había sido revelado a los santos del Antiguo Testamento. Desde la perspectiva del Antiguo Testamento la revelación de la venida del reino de Dios se esperaba que trajera una transformación del orden existente. El reino de Dios traería cambios en el orden político y desplazaría a todas las autoridades y gobiernos humanos (Isaías 2:1-4).

Ahora tenemos que añadir una verdad bíblica adicional: Cuando el reino de Dios venga, también se efectuará una transformación del mismo orden físico (Isaías 11:6-9). La tierra ha de ser transformada. Habrán nuevos cielos y nueva tierra. La creación ha de ser liberada de su tendencia a deteriorarse (Isaías 65:17; 66:22).

El misterio del reino es éste: el reino que un día cambiará todo el orden externo ha entrado en este siglo por adelantado para traer las bendiciones del reino de Dios a hombres y mujeres sin transformar el viejo orden de cosas. La edad antigua sigue; sin embargo, los hombres pueden disfrutar de los poderes del siglo venidero. El reinado de Satanás aún se mantiene en pie, pero el reino de Dios ha invadido el reino de Satanás. Hombres y mujeres pueden ahora ser liberados de su poder, librados de su servidumbre, librados del dominio del pecado y de la muerte. Esta liberación se realiza porque el poder del futuro reino de gloria ha venido a obrar entre los hombres en una forma secreta, tranquila.

He repasado estos pasos a manera de introducción porque esta misma estructura está englobada en la verdad bíblica de la vida eterna. La vida eterna pertenece al futuro reino de gloria y al siglo venidero; sin embargo, esta vida eterna se hace asequible al hombre en el presente siglo malo.

Si ésta fuera la totalidad del evangelio, tendría que concluir que no puedo ahora mismo disfrutar de vida eterna. La salvación, la vida eterna nos esperan en el futuro. Algún día seremos salvos. Quizá podamos decir que somos salvos hoy en el mismo sentido de que estamos confiados en que algún día entraremos a la vida eterna. Pero la salvación en este sentido es solamente una garantía de que cuando Cristo venga, *entonces* entraremos al reino, *entonces* entraremos a la vida eterna. Si estos versículos constituyeran la totalidad del evangelio, no podríamos experimentar la vida eterna aquí y ahora. La vida eterna pertenecería exclusivamente al futuro, al glorioso reino de Dios. ¿Cómo puede la vida eterna ser al mismo tiempo una bendición futura y una realidad del presente?

La vida eterna, ciertamente, pertenece al futuro. Pablo pone esto en claro en su análisis sobre la resurrección en 2 Corintios 5. Prevé un día cuando recibiremos “de Dios un edificio, una casa no hecha de manos” (versículo 1). Esta esperanza se cumplirá en la venida de Cristo cuando los santos experimentarán la resurrección de sus cuerpos. En nuestros actuales cuerpos mortales, “gemimos con angustia” (versículo 4) y deseamos un cuerpo distinto. La muerte es una experiencia derogatoria pues sugiere el abandono del cuerpo, “la desnudez”. Lo que Pablo anhela es no ser “desnudado” separado del cuerpo, sino ser “revestido”, es decir vestir el cuerpo de la resurrección para “que lo mortal sea absorbido por la vida” (versículo 4).

Esta es la vida eterna. La vida eterna tiene que ver con el hombre como un todo. Tiene que ver no solamente con mi alma sino también con mi cuerpo. Cuando finalmente heredemos el reino de Dios (1 Corintios 15:50), lo que es mortal, nuestro frágil cuerpo físico será absorbido por la vida. La vida eterna incluye la redención de nuestros cuerpos. Heredar el reino de Dios significa la transformación de estos cuerpos de carne y sangre (1 Corintios 15:50). Todos nosotros, aun cuando hayamos recibido el don de la vida, estamos muriéndonos. En algunos el descenso a la tumba será un acto prolongado, gradual, doloroso. En otros, ocurre esto en forma repentina. Algunos gozarán de vigor en gran medida casi hasta el mismo final de sus vidas. Pero todos caminamos con rumbo al sepulcro, pues somos criaturas mortales, agonizantes.

Dios tiene algo mejor para nosotros. Ha de venir un día en el cual lo que es mortal será absorbido por la vida. Los dolores de espalda, de cabeza, los nervios alterados, la artritis, los corazones agotados, las úlceras y el cáncer serán sanados bajo el influjo de la vida del siglo venidero. Nuestros doctores, dentistas y cirujanos no tendrán más pacientes. Nuestros hospitales, sanatorios y demás instituciones de salud estarán vacíos. La vida eterna significará la salvación, la transformación del cuerpo.

El carácter futuro de la vida eterna de nuevo se enseña en el Apocalipsis. Juan escribe: "Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones" (Apocalipsis 22:1, 2). Esta es una hermosa promesa

de plena realización de la vida. El río de aguas de vida: beberemos de él y no moriremos jamás. El árbol de vida: comeremos de su fruto, y la fragilidad, la pudrición, los sufrimientos, la miseria y la muerte desaparecerán. Entonces experimentaremos en toda su significación la vida que Dios tiene para nosotros. Las hojas del árbol de vida son para sanidad de las naciones. ¿Haremos un ungüento de estas hojas y las restregaremos donde sentimos dolores, o haremos con ellas una bebida y nos la beberemos? Al hacer estas preguntas se nos revela que se trata de un cuadro de poesía; pero es una poética representación de un hecho glorioso, objetivo. La mortalidad será absorbida por la vida.

Juan continúa diciendo: "Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y el Cordero estará en medio de ella, y sus siervos le servirán" (versículo 3). Aquí se manifiesta la más grande realeza. Maravillosa como la salvación del cuerpo, la mayor majestad será la que Dios tendrá en medio de Su mismo pueblo. "Y verán su rostro" (versículo 4). Los impedimentos de la carne y del pecado serán barridos. Miraremos su rostro. Esa es la perfección del compañerismo, del pleno gozo del amor de Dios. "Y su nombre estará en sus frentes" (versículo 4). He aquí nuevamente una manera simbólica de decir que Dios poseerá Su pueblo y disfrutará de compañerismo inalterado. Seremos perfectamente poseídos por El, y el propósito de Dios será plenamente cumplido en nosotros mismos. Esta es la vida, la vida eterna, esta es la vida del reino de Dios.

Esto se demuestra mediante las palabras de Pablo en el capítulo sobre la resurrección, cuando leemos en 1 Corintios 15:24-26: "Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre. . . Porque es preciso que El reine hasta que haya puesto a todos Sus enemigos

debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte". Entonces, El restaurará el reino al Padre. Entonces, la vida eterna reinará, pues la muerte será destruida. Entonces el reino de Dios será todo en todos, pues no existirán los enemigos. Esta es la vida eterna del reino de Dios. No es meramente una vida que se relaciona tan sólo con nuestro espíritu; tiene que ver con la totalidad del hombre. Dios cuida de nuestros cuerpos; tiene el propósito de redimirlos.

La vida es futura. Y sin embargo, en el Evangelio de Juan, encontramos declaraciones como éstas: "Y he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10). Jesús vino para darnos vida hoy mismo, no solamente en el futuro, al final de los tiempos, sino ahora. De alguna manera la vida del siglo venidero ha llegado a nosotros aquí ahora, mientras todavía estamos en nuestros cuerpos mortales viviendo en el siglo malo.

Esta verdad se recalca en "el que cree en el Hijo tiene vida eterna" (Juan 3:36). "El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida" (Juan 5:24). "Tenemos" vida perdurable; es una posesión actual. ¿En su plenitud? Difícilmente. Un avión cae verticalmente sobre la tierra destruyendo todo su cargamento humano. Cristianos y paganos, creyentes e incrédulos. No somos resguardados de tal cosa, ni somos alejados de los estragos de la enfermedad, del sufrimiento, ni de la muerte. Sin embargo, la palabra de Dios dice: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna". ¿Cómo puede esta vida ser del futuro y del presente?

En estos versículos acerca de la vida eterna encontramos la misma estructura que habíamos descubierto en nuestro estudio sobre las dos edades y el reino de

Dios. La edad venidera pertenece al futuro, y sin embargo los poderes del siglo venidero han penetrado en el presente siglo malo. El reino de Dios pertenece al futuro, y, sin embargo, las bendiciones del reino de Dios han entrado a la edad presente para librar los hombres de la esclavitud de Satanás y del pecado. La vida eterna pertenece al reino de Dios, al siglo venidero; pero ésta, también, ha entrado en el presente siglo malo para que los hombres puedan experimentar la vida eterna en medio de la podredumbre y de la muerte. Entramos en esta experiencia de la vida mediante el nuevo nacimiento, naciendo de nuevo.

¿Qué es la vida eterna? ¿En qué consiste esta bendición? Primero, la vida eterna significa el conocimiento de Dios. "Y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3).

La idea bíblica del conocimiento no consiste sencillamente en la comprensión de los hechos mediante la mente. Ese es un concepto griego. El conocimiento en la Biblia es algo más que una comprensión intelectual. El conocimiento significa experiencia. Es un conocimiento que significa una relación personal. Conocimiento significa compañerismo. Yo "conozco" a mi amigo Juan. Esto no quiere decir que he leído una semblanza acerca de él en el diccionario de personajes titulado *Quién es quién* y que puedo decir de memoria algunos hechos como el lugar donde nació, su edad, su esposa, sus hijos, profesión, etc. Puede que sepa recitar todos estos hechos y todavía no conocerle. Puedo saber mucho acerca de él y todavía no haber conocido personalmente a ese individuo. Conocer a una persona quiere decir que hemos gozado de su compañerismo, que nos hemos relacionado, que hemos compartido el goce de la mutua amistad.

Esta es la vida eterna, no que pueda usted repetir el credo, o citar algunos versículos de la Biblia, o hablar sobre algunos hechos acerca de Dios. Esta no es la vida eterna. "Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero." El compañerismo con Dios; la amistad con Dios; una relación personal con Dios: ésta es la vida eterna.

Volvamos al libro del Apocalipsis: "Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le adorarán y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes" (Apocalipsis 22:3, 4). En el siglo venidero, la vida de ese glorioso reino significa la perfección de nuestro compañerismo con Dios y de nuestro conocimiento de Dios. Lo veremos a El cara a cara.

La vida eterna significa que "ya hemos sido llevados a una relación personal con Dios aquí y ahora. La vida eterna significa que ya hemos sido presentados a Dios. Vida eterna significa que Dios se ha convertido en Dios nuestro y que hemos venido a ser Su pueblo y que hemos comenzado a participar en Su vida.

Este conocimiento de Dios pertenece propiamente al siglo venidero, al día en que el reino será finalmente establecido. Esto está claro en la profecía de Jeremías 31:31-33) del día cuando el reino de Dios venga en gloria y poder. "He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de las manos para sacarlos de la tierra de Egipto. . . Pero éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón, y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo". Nótese particularmente el versículo siguiente: "Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo; Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde

el más pequeño hasta el más grande, dice Jehová." En ese día no habrán más conferencias acerca de la Biblia, ni necesidad de escuelas bíblicas, seminarios, escuelas dominicales, y cursos de adiestramiento, pues todos conocerán al Señor y no necesitarán de más enseñanza acerca de El.

Este es un cuadro de un compañerismo consumado de cuando los hombres hayan entrado en el conocimiento personal, profundo, perfecto de Dios. Pero este conocimiento de Dios pertenece propiamente al siglo venidero, al día en que la voluntad de Dios se haya consumado perfectamente sobre la tierra. Esa es la visión de Jeremías 31. Es este íntimo, directo conocimiento de Dios lo que constituye la vida eterna.

Pero la enseñanza de nuestro Señor en el Evangelio de Juan es de que ya hemos entrado en la vida eterna; ya hemos sido introducidos en este conocimiento de Dios. De algún modo, el futuro se ha convertido en presente. Las bendiciones del siglo venidero han sido puestas al alcance de los hombres ahora mismo. No en toda su plenitud y perfección, con toda seguridad; pero el conocimiento de Dios en Juan 17:3 no es una promesa; es una realización, una experiencia actual, un compañerismo del presente que será maravillosamente ampliado y perfeccionado en el siglo venidero.

Este conocimiento de Dios incluye una comprensión de la verdad de Dios, no solamente en la esfera intelectual, sino en el impacto de la verdad sobre la vida. El conocimiento de la verdad incluye el elemento intelectual, pero no se detiene allí. Así las Escrituras hablan del "que practica la verdad" (Juan 3:21). Cuando alcancemos un perfecto conocimiento de Dios, gozaremos también de una comprensión de la verdad de Dios que en la actualidad no poseemos. Entonces no habrá presbiterianos ni bautistas, calvi-

nistas ni arminianos, premilenialistas, amilenialistas ni postmilenialistas, sino que todos conocerán perfectamente lo que es la verdad de Dios, pues todos serán enseñandos por Dios.

Dios nos ha permitido alcanzar algo del conocimiento de la verdad divina aquí y ahora; sin embargo, en el mejor de los casos, éste es parcial e incompleto. Pero, sabemos que es real. Aunque imperfecto, es la mayor y más maravillosa realidad de nuestra vida, porque la verdad de Dios trae a los hombres a la comunión con Dios.

El carácter parcial de este conocimiento crea problemas prácticos. Ciertamente ha de ser maravilloso el día en que todo el pueblo de Dios pueda estar de acuerdo acerca del conocimiento de Dios y de la verdad de Dios. Ese día está en el futuro; todavía no ha llegado. Muchos problemas surgen debido a que el pueblo de Dios no reconoce las enseñanzas de las Escrituras acerca del carácter parcial del conocimiento cristiano. A veces, la gente insiste en que debe haber completa conformidad en todos los detalles del conocimiento que tengamos de Dios y de la doctrina cristiana que no esté respaldada por la palabra de Dios. En las Escrituras está bien claro que nuestro conocimiento es parcial. A causa de lo imperfecto de nuestro conocimiento, dice Pablo en 1 Corintios 13, debemos ejercer el don del amor. Las varias administraciones del Espíritu Santo en la iglesia primitiva en la forma de dones de profecía, lenguas, conocimiento (revelación sobrenatural de la verdad divina) eran dados a los hombres porque ahora conocemos en parte (1 Corintios 13:12). Estos dones pertenecen a nuestra "niñez", como un ejemplo de nuestro comienzo en la vida terrenal. Cuando alcancemos la madurez perfecta, cuando le veamos cara a cara y le conozcamos plenamente como también nosotros se-

remos plenamente conocidos (1 Corintios 13:11, 12), abandonaremos las cosas de la niñez. Nosotros ya no necesitaremos estos auxilios del Espíritu Santo para ayudarnos a llenar las lagunas de nuestra ignorancia. Sin embargo, cuando los demás dones hayan dejado de ser, perdurará el amor. El amor es aquel don del espíritu que está por encima de todos los demás, que caracterizará nuestro compañerismo perfeccionado en el siglo venidero. Este amor lo disfrutamos ahora, y la iglesia sobre la tierra será una colonia del cielo, que disfrutará por anticipado de la vida del siglo venidero en la medida que permita el Espíritu Santo manifestar el don del amor en nuestras relaciones mutuas, especialmente en aquellos aspectos en que nuestro conocimiento imperfecto nos lleva a disentir sobre interpretaciones de la Palabra de Dios en los pormenores de la teología.

Pablo afirma claramente este hecho en 1 Corintios 13:12. Ahora en este siglo "vemos por espejo, oscuramente". Los espejos antiguos eran un pedazo de metal pulido que se empañaba y descascaraba fácilmente. Estos daban una imagen imperfecta. Se podía reconocer lo reflejado allí, pero lo que se veía en ellos estaba lejos de ser una imagen perfecta. Ahora, en esta edad, vemos en un espejo, de manera imperfecta; "pero entonces veremos cara a cara". En el siglo venidero, ya no veremos una imagen reflejada, veremos cara a cara a Dios.

Ahora examinemos cuidadosamente la última parte del versículo 12. "Ahora conozco en parte." No hay persona que haya vivido jamás, aparte del mismo Señor Jesús, que pueda decir "Yo soy la verdad. ¡Deben ustedes seguirme!" El inspirado apóstol dijo: "Ahora conozco en parte." Esto nos coloca a todos en lugar de humildad frente a Dios. Debemos escudriñar las Escrituras, debemos estudiar la palabra de Dios,

debemos poner nuestra esperanza en Dios. Pero debido a que todavía estamos en el siglo malo, cuando hayamos hecho lo mejor que podamos, estamos obligados a decir: "Señor, he escudriñado tu palabra; pero sólo conozco en parte; no tengo un conocimiento perfecto."

"Ahora conozco en parte". Esto demanda de nosotros que sostengamos la palabra de Dios con humildad y caridad: en humildad hacia Dios y con caridad hacia nuestros hermanos. Un día le veremos cara a cara y le conoceremos como somos conocidos por Dios. Pero lo que es una cosa preciosa es que se nos haya permitido disfrutar de las verdades fundamentales de este conocimiento de Dios antes de llegar al siglo venidero. "Esta es la vida eterna, que te conozcan."

El segundo sentido de la vida eterna es la vida del Espíritu de Dios habitando en nosotros. "El que no naciere de nuevo. . . el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede ver . . . no puede entrar en el reino de Dios." La vida del siglo venidero es la obra del Espíritu de Dios. En 1 Corintios 15, Pablo prevé la vida del siglo venidero, la vida del reino de gloria, la vida en que estos cuerpos mortales serán transformados; y él describe esta vida con estas palabras: "se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (1 Corintios 15:42-44).

¿Qué es un cuerpo "espiritual"? A primera vista esta frase podría parecer una contradicción. ¿Cómo puede uno hablar de un cuerpo espiritual? Un cuerpo es algo material, y el espíritu es lo contrario a la materia. Es cierto que los antiguos concebían a veces el espíritu en términos de una materia muy tenue,

pero ése no era el pensamiento de Pablo. Un "cuerpo espiritual" no es un cuerpo que consiste de espíritu. Es más bien un cuerpo cuya vida, cuya energía proviene del Espíritu, el Espíritu de Dios. Un cuerpo espiritual es por consiguiente un cuerpo verdadero, tangible, objetivo, pero que está completa y perfectamente dotado de energía, de animación y de poder por el Santo Espíritu de Dios.

Hemos visto ya este pensamiento esencial en 2 Corintios 5 donde Pablo está previendo el día en que la mortalidad sea absorbida por la vida eterna (versículo 4). Ahora examinemos cuidadosamente el versículo 5: "Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu." Y en Efesios 1:13, 14, Pablo dice: "En El también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en El, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida." ¿Cuál es esta herencia? Es la plenitud de vida, la redención del cuerpo, la transformación de nuestra estructura mortal en la plenitud del poder, la fuerza y la gloria de un "cuerpo espiritual". Esta herencia está a la vista en los tres pasajes siguientes: 1 Corintios 15:42-50; 2 Corintios 5:1-10, y Efesios 1:14. Pero todavía no estamos en posesión de esta herencia. Sin embargo, tenemos más que una promesa: Dios nos ha dado el Espíritu Santo como unas "arras", prenda o garantía.

¿Qué son unas arras? No usamos esta palabra frecuentemente en la conversación de todos los días, pero tenemos otra palabra distinta para expresar la misma idea. Unas arras son un primer pago. Es mucho más que una "garantía", como dicen algunas traducciones, es una posesión parcial, pero verdadera posesión. Si uno decide comprar una casa, investiga-

rá hasta encontrar la casa que desea. Quizá cueste veinte mil dólares; el precio es un poco alto, pero es la casa que uno ha estado buscando. Por tanto uno le promete al dueño que un día señalado le entregará el dinero, y firma un contrato de compra. ¿Le da eso derecho a uno sobre la casa? No se lo da. Supongamos que uno diga: "Vamos al notario público, y ante él haré juramento de que en tal fecha, pagaré la casa." ¿Le dará eso derecho sobre la casa? No se lo dará. Supongamos que uno trae un grupo de amigos a título de testigos quienes declaran que el individuo es un compañero honrado, honorable y que tiene una buena cuenta en el banco. ¿Le dará esto algún derecho sobre la casa? No se lo dará. Hay una cosa que le da valor al acuerdo: ¡Dinero en efectivo! No \$20,000, ni el precio total de la casa, sino un primer pago sustancial. A esto se llama "dinero en arras".

La posesión actual del Espíritu Santo es un primer pago. Es más que una promesa. Es mucho más que una garantía, a pesar de que "es" una garantía. Es no obstante, una posesión actual que garantiza la plena posesión a su debido tiempo. Esta es la vida en el Espíritu, la vida eterna. La plenitud de vida espera la venida de Cristo; pero hasta que lo mortal haya sido absorbido por la vida, Dios nos ha dado Su Espíritu como un primer pago. La posesión del Espíritu Santo es el primer avance de la vida que un día experimentaremos en su plenitud. El nuevo nacimiento es el comienzo, parcial, pero real, de la vida del siglo venidero. Esto quiere decir que ya tenemos dentro de nosotros mismos la vida del cielo. Significa que ya participamos de la vida que pertenece al futuro reino de Dios; no la tenemos en plenitud, pero la tenemos en verdad.

Volvamos una vez más a ver la frase que describe esta verdad en diferentes términos. En Romanos 8:22,

23, Pablo está describiendo la redención futura de toda la creación en el siglo venidero, el día cuando el propósito redentor de Dios será completado y la creación será librada de la servidumbre de corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. "Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos también dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Aquí tenemos nuevamente la misma verdad maravillosa. Algún día nuestros cuerpos han de ser redimidos. Algún día la totalidad de la creación física ha de ser transformada. Algún día la vida que mana de la resurrección de Cristo renovará toda la estructura de la existencia humana. Hasta ese día, ¿qué? Gemimos; nos sentimos agobiados. Sufrimos. Morimos. Pero no sólo eso. Tenemos las "primicias del Espíritu".

¿Cuáles son las primicias? Permítaseme ilustrar las primicias mediante algunos árboles frutales de mi huerto. Durante el invierno último podé los árboles y los rocié con insecticidas. Cuando vino la primavera, los brotes surgieron y comprendí que los árboles estaban vivos. Pero los brotes no son las primicias. Son promesas, porque si no hubieran brotes ciertamente no habría fruto; pero he visto árboles cargados de brotes que jamás han producido frutos. Tras los brotes salen las hojas, pero no hay frutos todavía. Pronto tras las hojas aparece la pequeña fruta verde. ¿Son éstas las primicias? Hubo un año, en que un árbol estaba cargado de pequeñas ciruelas verdes y duras, pero más tarde vino un ventarrón que las tumbó de la mata. Tuve un montón de ciruelitas verdes en el suelo, pero no tuve cosecha. Esto no es una primicia.

Las primicias se producen cuando la fruta ha comenzado a madurar. Uno observa al árbol día por día. Luego llega el momento en que el primer melocotón está por fin maduro. Usted ha estado esperando esa ocasión y recoge ese delicioso melocotón, el primero de la temporada, el único que en el árbol está en condiciones de comerse. Todos los restantes están un poco verdes, también duros de comer. Pero hay un melocotón maduro. Uno le clava los dientes y el jugo da gusto al paladar y uno se goza del sabor del primer melocotón. Esa es la primicia. No es la cosecha, sino el "comienzo de la cosecha". Es más que una promesa; es una experiencia. Es una realidad. Es una posesión.

Dios nos ha dado Su Espíritu como primicia de la vida que viene con la resurrección. Cuando Cristo venga, recibiremos la cosecha, la plenitud de la vida del Espíritu de Dios. Pero Dios ya nos ha dado Su espíritu como primicia, un goce anticipado, una experiencia inicial de la futura vida celestial.

¿Has llegado a comprender que la misma vida del cielo habita dentro de ti aquí y ahora? ¿Lo sabías acaso? Temo que estemos viviendo la mayor parte de nuestras vidas en términos de una promesa. Con frecuencia cantamos del futuro, y así debemos cantar. Nuestro evangelio es un evangelio de gloriosa promesa y esperanza. Sí, lo mejor, lo más glorioso está aún en el futuro. Y sin embargo no hemos de vivir sólo para el futuro. El futuro ya ha comenzado. El siglo venidero se ha introducido en este siglo. El reino de Dios ha llegado hasta ti. La vida eterna que corresponde al mañana está aquí hoy. El compañerismo que conocemos cuando le veamos a El cara a cara ya es nuestro, en parte, pero en forma real. La transformadora vida del Espíritu de Dios que un día transformará nuestros cuerpos ha venido a habitar dentro de

nosotros y a transformar nuestros caracteres y personalidades.

Esto es lo que significa la vida eterna. Esto es lo que quiere decir ser salvo. Significa vivir cada día del presente siglo malo la vida del cielo. Significa que toda comunidad local del pueblo de Dios que ha recibido esta vida debe vivir en comunión, adorar y servir juntos como personas que han gustado anticipadamente del cielo aquí en la tierra. Así es como debe ser el compañerismo en la iglesia cristiana. Que Dios nos ayude a vivir la vida del siglo venidero en medio de este siglo malo. Dios ya nos ha introducido en la comunión con El. Esta es la promesa, el primer pago, las arras, el Espíritu Santo que habita en nosotros, la vida del siglo venidero. Este es el evangelio del reino. Esta es la vida del siglo venidero.

La justicia del reino de Dios

En el Sermón del Monte nuestro Señor describe la justicia del reino. La importancia de este reino de justicia se halla en Mateo 5:20. "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos." *El Sermón del Monte bosqueja las condiciones necesarias para entrar al reino de los cielos.* Este versículo reúne los aspectos futuros y actuales del reino. Los requisitos para la entrada al reino futura es tener una justicia presente, justicia que exceda a la de los escribas y fariseos. ¿Qué clase de justicia es esta?

La justicia requerida para la entrada a la esfera futura del reino de Dios es la justicia resultante del reinado de Dios en nuestras vidas. El reino de Dios nos da lo que exige; de otra manera no podríamos obtenerlo. La justicia que Dios pide es la justicia del reino de Dios que Dios imparte conforme viene a gobernar nuestras vidas desde dentro de nosotros.

En el texto citado la justicia ahora demandada se establece en contraste con la justicia de los escribas y fariseos. Esto es importante porque los escribas y fariseos estaban profundamente interesados en la justicia. Los escribas eran profesionales estudiosos de religión. Ellos eran hombres que dedicaban todo su

tiempo, como los profesores de seminarios teológicos, a estudiar las Escrituras y cuyo principal objetivo era la definición de la justicia. Los fariseos eran los que habían aceptado las enseñanzas de los escribas, los discípulos que ponían en práctica las enseñanzas de los escribas con el fin de alcanzar una vida de justicia.

Los escribas y sus discípulos estaban motivados por la única preocupación de lograr justicia. Sin embargo, nuestro Señor dice que Sus discípulos deben tener una justicia que exceda la de los fariseos. ¿Cómo puede lograrse esto? Los escribas habían desarrollado un enorme cuerpo de leyes para definir lo que era justo y lo que era injusto. Dedicaban mayor atención y estudio a la definición de la justicia que cualquiera de nosotros.

Por ejemplo, la ley dice que los hombres no deben trabajar en día de reposo. Si la justicia consiste en la obediencia a la ley, la ley debe ser explícita. Entonces surge la cuestión siguiente: ¿Qué es trabajar? Si la conformidad con la voluntad de Dios se define en términos de ley, entonces uno debe saber exactamente cuándo está obedeciendo a la ley y cuándo la viola. Los escribas y fariseos no dejaban nada al juicio probado ni a la orientación del Espíritu Santo. Deseaban definiciones de lo que era correcto y de lo que no lo era, en toda situación posible. Por consiguiente habían compilado un gran cuerpo de tradición para suministrar esta necesaria definición de la justicia, compilación que debía ser incorporada en la Mishná y más tarde en el Talmud.

¿Qué es trabajo? Permítasenos ilustrar el problema. Al llegar a mi casa después de haber adorado en día de reposo veo una hoja seca sobre un rosal al lado del camino. Me detengo y recojo la hoja seca. ¿He trabajado? Probablemente no. Luego veo una rama

seca y la rompo. ¿He realizado un trabajo? Luego veo otra rama que no puedo arrancar, así que saco mi cortaplumas y la corto. ¿He violado el reposo? Todavía hay otra rama tan grande como mi dedo pulgar, demasiado grande para mi cuchilla, de modo que busco mis tijeras podadoras y la recorto de golpe. ¿He trabajado? La acción final es que podé todos mis rosales.

Si vivo en términos legales, debo tener una reglamentación de la ley de Dios mediante la cual pueda saber cuándo estoy cumpliendo la voluntad de Dios, porque mi salvación depende de eso. Debo saber qué es trabajo y qué no lo es.

He aquí una ilustración presente de la erudición rabínica. Un hombre cría pollos. En el reposo una de sus gallinas pone un huevo. ¿Es justo comerse el huevo o es injusto? ¿Hay trabajo en esa operación o no lo hay? Para los escribas, éste era un serio problema y los rabinos discutieron la cuestión y arribaron a la siguiente decisión: Si un hombre criaba pollos con el propósito de producir huevos para comerlos y las gallinas ponían huevos en día de reposo, esto comprendía trabajo y comer el huevo significaba violar el reposo. Pero si criaba pollos con otro propósito y acontecía que las gallinas ponían huevos en día de reposo, no había trabajo comprendido en este hecho; los huevos podían comerse sin violar el reposo. Esto puede resultar humorístico para nosotros; pero desde el punto de vista de los judíos ortodoxos cuya salvación dependía del cumplimiento de la ley, las condiciones de la salvación no eran materia risible.

Jesus dijo: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis al reino de los cielos." ¿Cuál es esa mayor justicia del reino? La respuesta se encuentra en las específicas ilustraciones

que acerca de la justicia diera nuestro Señor, las cuales comprenden cierto número de principios o "leyes".

Primero, tenemos la Ley de la ira. "Oisteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio" (Mateo 5:21). La ley del Antiguo Testamento, la tradición rabínica, y la legislación moderna reconocen que hay diferentes clases de homicidios. El asesinato premeditado no es igual al homicidio accidental; y aunque ambos tienen como resultado la muerte de una víctima inocente, hay diferencia en la motivación del acto y por consiguiente diferencia en el grado de culpabilidad que la ley toma en cuenta.

Jesús fue mucho más lejos. "Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio, y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego" (Mateo 5:22). La versión RV (1909) cambia completamente el sentido al dicho al traducir "Cualquiera que se enojare locamente con su hermano" La RV (1960) dice: "La ira es pecado"; la RV (1909) dice: "La ira injustificada es pecado." La explicación de esta divergencia es sencilla. Si usted lee estas palabras en las Biblias griegas más antiguas existentes, no encontrará la palabra "locamente". Esta palabra no está en el texto, pero fue insertada por copistas porque el lenguaje de nuestro Señor parecía ser demasiado radical. ¿Quién puede evitar enojarse algunas veces? Con seguridad el Señor no podía significar que el enojo condena al hombre a la perdición. Debíó haberse referido al enojo loco injustificado, al enojo que no proviene de provocación. El dicho aparentemente severo de los más antiguos textos griegos fue suavizado con la adición de una

sola palabra griega *eike*, traducida en la versión antigua "locamente". Sin embargo, eso no fue lo que dijo el Señor. "Cualquiera que esté enojado con su hermano, estará en peligro de juicio." Esto es lo que se lee en los manuscritos griegos más antiguos que no estuvieron al alcance de los traductores de la versión de 1909.

"Cualquiera que diga a su hermano, *Raca*, estará en peligro de ser llevado ante el concilio", por ejemplo, estará expuesto a juicio y condenación ante la corte. *Raca*, es del arameo, la palabra podía significar: "Cabeza vacía", pero no sabemos suficiente del idioma arameo para estar seguros de cuál es su significado. En todo caso, es una palabra emocionalmente fuerte, una expresión de ira; y esto es cuanto se necesita para que la comprendamos.

"Cualquiera que diga: Eres necio, estará en peligro del fuego del infierno." Cuando yo era niño, era muy cuidadoso de jamás llamar a nadie "pobre tonto", ni aun en broma, porque había leído este versículo. Estaba seguro de que si mi lengua se deslizaba y se me ocurría llamar a alguien necio, estaría seguro de ir al infierno. No es ésta la manera en que debe tomarse el versículo, porque otra vez digo, que no sabemos con precisión qué quería decir esa palabra en arameo. Pero el verdadero significado de las palabras de nuestro Señor no se encuentra en el preciso significado de *raca*, ni de "necio". El asunto está en que ambas palabras, y muchas otras, son evidencias de cólera y menosprecio hacia otros; y es este enojo lo que preocupa a nuestro Señor en este caso, sea cual sea la expresión que lo denuncie.

¿Qué quiso decir Jesús? ¿Es la ira tan mala como el asesinato? ¿Herir el espíritu de otra persona profiriendo un epíteto maldiciente es tan grave como lanzarle un hacha que le desparrame los sesos? Esto no puede

ser lo que quiere decir el Señor, de otro modo destruimos el código moral. Lo que Jesús quiso decir fue esto: "El homicidio es pecado, ciertamente; pero yo te digo que la ira es pecado." Aquí está la raíz del asunto: la ira es pecado. Te has encontrado alguna vez en una situación en la cual te sentías profundamente enojado; y si no asesinaste a nadie, de haberle dado rienda suelta a tus sentimientos lo habrías hecho. Si las miradas pudieran abrir en dos la cabeza a un hombre, ¡cuántas cabezas no hubieran sido rajadas de oreja a oreja! Cuando existe tal ira en el corazón, cuando se tiene una actitud maligna hacia otro, hay pecado. El homicidio es fruto de una ira completamente desarrollada.

Las enseñanzas de los escribas ponen el énfasis en el acto exterior. Un hombre puede albergar odio hacia otro, pero no es culpable de grave pecado si refrena su ira. Jesús dice: "Esta no es la justicia verdadera. No es el acto externo lo más importante de todo, sino la actitud del corazón del hombre. Si en su corazón hay odio latente y amarga ira que sólo se expresa en palabras o pensamientos, a la vista de Dios, quien tal hace, es un pecador y merece el infierno. Puede que jamás hayas tirado un garrote, lanzado una piedra, ni clavado un cuchillo a nadie; pero si tu corazón alberga amargura, odio, ira, Jesús dice que estás condenado ante Dios como pecador.

La justicia que el reino de Dios demanda no tiene que ver solamente con los externos actos del pecado. Va más allá del acto, a la raíz del hecho al corazón y tiene que ver con lo que un hombre es en sí mismo delante de Dios. La justicia del reino dice: Lo que "eres" es más importante que lo que "haces". A menos que tu justicia sea mayor que la justicia de los escribas y fariseos, jamás entrarás al reino de Dios.

La justicia del reino demanda que no tenga yo nada

malo en mi corazón hacia mi compañero. Es obvio que el corazón justo tan sólo puede ser un don de Dios. Dios ha de dar lo que demanda. Si conocemos la justicia del reino de Dios, la ira y la animosidad que frecuentemente brotan por dentro de nosotros debido a que somos seres humanos caídos de la gloria de Dios, pueden ser transformados en actitudes de amor y solicitud. La justicia del reino de Dios es el producto del reinado de Dios en el corazón humano. Dios debe reinar en nuestras vidas ahora si hemos de entrar al reino de mañana.

Tenemos como asunto siguiente la ley de pureza. "Oisteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella su su corazón" (versículos 27, 28). Nuevamente, la mayor justicia del reino de Dios es una justicia del corazón en contraste con mera justicia de la conducta. La ley de los escribas prohíbe las relaciones sexuales ilícitas, y si uno se abstenía de tal conducta pecaminosa, era inocente. Jesús dice que hay un nivel más alto y que es el que demanda de hombres y mujeres. Es el nivel de justicia del reino de Dios. Es aquel nivel que no puede formularse en términos de código legal pues, más allá de los actos, mide la intención. Antes que cuestión legal, el adulterio es pecado. Jesús dice: "Si en vuestros corazones hay lujuria, ante Dios sois como un pecador culpable que necesita de Su perdón."

¿Nos atrevemos a ser sinceros con la Palabra de Dios? Hay probablemente pocas personas que lean estas palabras y no puedan ser condenadas como adúlteros o adúlteras en el estricto sentido del término. Pero el reino de Dios no se detiene en lo externo; penetra hasta nuestros pensamientos e imaginaciones, hasta los propósitos de la mente y del corazón. Va hasta las mismas fuentes de nuestro ser. Jesús

dice: Si hay lujuria, si miras una mujer con perverso deseo, eres ante Dios un pecador. La justicia, la pureza sexual comienza en el corazón.

¡Cuán moderno es este versículo! En una época que el pecado es objeto de elogio y es exhibido, cuando nuestros hábitos sociales arrojan tentaciones sobre notorios, necesitamos retornar a los niveles de los antiguos modelos de justicia y de pureza bíblicas.

La necesidad de tener un corazón puro está realzada en las palabras siguientes: "Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno" (versículo 29). Es muy importante notar que este versículo y los inmediatamente siguientes no son susceptibles de ser interpretados en forma literalmente rígida. No podrás satisfacer la justicia del Sermón del Monte tan sólo mediante el cumplimiento de las letras externas de sus enseñanzas. Supongamos que tu ojo está constantemente haciéndote pecar, y lees este versículo y dices "Estoy decidido a resolver este problema. La Biblia dice que si mi ojo me hace caer, me lo debo sacar." Y en un arranque de decisión te metes un palo puntiagudo en el ojo y lo destruyes. ¿Está resuelto tu problema? ¿Estarás entonces libre del pecado de adulterio? Padecerás gran dolor y sufrimiento, pero tu problema real no ha sido tocado, pues el pecado habita en el corazón, no en el ojo.

La misma cosa resulta verdadera en el versículo siguiente: "Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno" (versículo 30). Supongamos que estás constantemente siendo llevado al pecado por tu mano, y lees este versículo e inmediatamente dices: "He aquí la solución de mi pecado. Me cortaré

la mano; entonces no pecaré más." ¿Resolverá esto tu problema? El problema no está en tu mano, sino en tu corazón, en la mente.

¿Qué es lo que el Señor quiere decir? ¿Si sus palabras no han de tomarse en forma literal, cómo debemos entenderlas? Ellas significan esto: que si la lujuria es el pecado que te acosa, haz cuanto sea necesario para encontrar la solución al problema, sea cual sea su costo. Si sacarte un ojo te lo resuelve, hazlo. Si al cortarte la mano se resuelve el problema, hazlo. Haz lo que haya que hacer. No juegues con el pecado, no juegues con la tentación, o ésta te destruirá a ti.

Es obvio que tenemos aquí nuevamente un modelo de justicia que supera el nivel logrado por los humanos. ¿Quién está libre de perder la calma? ¿Quién es puro y libre de lujuria? Tomadas fuera del contexto, estas palabras sólo nos condenan a la perdición. Ningún hombre en ninguna dispensación puede lograrlo. No obstante es la justicia lo que demanda el reino de Dios; y la justicia que Dios demanda de nosotros, El debe dárnosla, o estamos perdidos. La única vida que puede llegar a ser pura es la vida de quien conoce el poder del reino de Dios, Su gobierno en nosotros. Es más, tan sólo los que Dios ejercita ahora en Su gobierno entrarán a Su reino futuro. Esto significa que aparte de la gracia de Dios, no hay salvación, sino condenación.

Debemos notar los versículos 31 y 32. "También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, déle carta de divorcio. Pero os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada comete adulterio."

He aquí una enseñanza que golpea en el rostro a los convencionalismos modernos. Hoy el matrimonio y

el divorcio son asuntos triviales. Los patrones de la moralidad matrimonial a menudo están determinados por las conveniencias y no por la palabra de Dios. Este patrón no bíblico está prevaleciendo en toda nuestra cultura. Con cuánta frecuencia un hombre o una mujer se separa de su compañero porque se ha cansado de ella o de él, o porque ha encontrado una nueva pasión. Tal conducta se está convirtiendo en una moda. La palabra de Dios dice que eso es pecado. Jesús dijo que había un motivo de divorcio. Cuando un miembro de la pareja es infiel y viola el voto matrimonial, a la vista de Dios los lazos matrimoniales se han roto. El Antiguo Testamento condena el adulterio con la pena de muerte (Levítico 20:10). El Nuevo Testamento dice que un adulterio ha de ser considerado como la muerte de una persona, y el compañero inocente queda libre de sus votos matrimoniales como si su compañero se hubiera muerto. Pero el divorcio para casarse con otro es pecado, porque tiene sus raíces en la lujuria. Nuestra generación necesita volver a los modelos bíblicos de pureza en las relaciones sexuales para fundamentar la estabilidad de la vida familiar. Esta es la justicia que corresponde al reino de Dios.

Enseguida nos encontramos con la ley de honestidad. “Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Pero sea vuestro hablar. Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede” (Mateo 5:33-37).

Es posible tomar estos versículos superficialmente

en una interpretación literal de la letra y no dar con su significado cabal. Algunas personas consideran que satisfacen la enseñanza del pasaje cuando permiten que se les tome juramento en una corte de justicia. Sin embargo, el juramento formal que se toma en el procedimiento legal moderno no es el contexto de esta enseñanza. Lo establecido por las palabras del Señor es algo muy distinto. El judío de la antigüedad estaba muy dispuesto a hacer juramentos para demostrar su pretendida buena voluntad y fidelidad. Para la mentalidad judía, los objetos diferían en grado de santidad, y un juramento obligaba sólo hasta el grado de santidad del objeto usado en el juramento. Así, de acuerdo con la tradición de los escribas, un hombre podía obligarse por sí mismo mediante una sucesión de juramentos y sin embargo violar su *palabra sin tener culpa*. La *casuística judía* llegó a su climax en las discusiones de los escribas acerca de la validez de los juramentos. Esto hizo una burla de la ética fundamental de la honestidad. Es esta la situación histórica que proporciona el trasfondo de las enseñanzas de nuestro Señor.

Jesús dijo: “No juréis por el cielo, ni por la tierra, ni por Jerusalén, ni por vuestras cabezas.” Estos y muchos otros objetos eran los usados para hacer juramentos.

Lo que nuestro Señor quiere decir es esto: si tienes que hacer un juramento antes de que se crea tu palabra, ese mismo hecho te hace convicto de ser un pecador. El hombre que conoce la justicia del reino de Dios no necesita hacer juramentos para nada. Sus solas palabras desnudas son válidas.

Cuán moderna es esta antigua enseñanza. Su importancia no se halla en la cuestión de un juramento formal en nuestros procesos legales. Puede haber un hombre celoso en la observancia a la letra de sus

compromisos, pero si encuentra la manera de pasar por alto la letra y tomar alguna ventaja desleal sobre su competidor, se siente orgulloso de su talento. ¡Permitamos al otro ser suficientemente inteligente para cuidarse contra tal excusa! La justicia del reino de Dios corta de cuajo tan superficial hipocresía. Haz que tu palabra sea tu juramento. Cuando tú dices que harás tal o cual cosa, deja que tu prójimo confíe en tu palabra, tanto en el espíritu como en la letra de tu promesa. Esta es la ley de la honestidad.

¡De qué manera queda puesta a prueba nuestra ética comercial ante la justicia del reino, la ley de honestidad! ¡En la sociedad de competencia los cristianos a menudo emplean los patrones del mundo en la conducción de sus negocios en lugar de emplear los patrones correspondientes al reino de Dios! Por la manera que algunos cristianos se comportan en sus relaciones comerciales, uno no puede saber si conocen algo acerca de la justicia de Dios. Dios desea que demos testimonio de nuestros labios; pero es aun mucho más importante lo que somos que cómo vivimos. "A menos que vuestra justicia sea mayor que la de los escribas y fariseos no entraréis en el reino de los cielos."

Vamos a considerar una ilustración más de la justicia del reino: la ley del amor. "Oisteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te diera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses" (versículo 38:42).

Estas enseñanzas han sido piedras de tropiezo para muchos. ¿Cómo puede ser posible aplicar el Sermón

del Monte en este mundo perverso y vivir conforme a sus patrones? Si cualquier persona interpreta estas palabras en forma literal, ciertamente no puede dirigir una aventura comercial y proteger sus propios intereses con provecho material. Recientemente pasaba yo por una aldea de Nueva Inglaterra donde viví cuando muchacho, y me detuve en una de las dos tiendas principales para ver a un señor a quien recordaba desde mi mocedad. Su nombre estaba en el letrero que estaba sobre la puerta, pero la tienda estaba cerrada y dentro todo estaba en confusión. Me detuve en la otra tienda, más adelante en la misma calle, y pregunté: "¿Qué le ha pasado a John X, que su tienda está cerrada?" Se me dijo que John había sido demasiado amable y generoso. Confiaba en todo el mundo. Concedió crédito tan ilimitado que llegó a quebrar. Tuvo que salirse de los negocios debido a sus deudas.

¿Es esto lo que el Sermón del Monte nos dice que hagamos? Si se ha de acatarlo en forma literal estricta, éste sería el inevitable y frecuente resultado. Si las naciones occidentales practicaran literalmente la no resistencia y liquidaran todos los recursos militares, nos encontraríamos de inmediato con una tiranía mundial del comunismo. Sin embargo, ya hemos descubierto que nuestro Señor a veces usa metáforas radicales que no eran para tomarse con rigidez literal. El estaba preocupado con las condiciones del corazón con las actitudes internas de la mente.

Conjuntamente con lo que se dice en este pasaje hay otros principios que jamás han sido derogados. Pablo por inspiración insiste sobre el principio de la ley y el orden. En Romanos 13:4, 5, afirma que los procedimientos judiciales son de origen divino. Es más, nuestro Señor mismo no cumplió a la letra este versículo si ha de interpretarse estrictamente en for-

ma literal. En Juan 18:19, el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus enseñanzas, y Jesús dijo: "Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en las sinagogas y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he dicho en oculto. ¿Por qué me preguntas a mí? Uno de los alguaciles, que estaba allí, le dio una bofetada, diciendo: "¿Así respondes al sumo sacerdote? "Jesús no volvió su otra mejilla; El censuró a su asaltante con las palabras. "Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?" (versículo 23).

Por tanto debemos ver más allá de la letra de sus enseñanzas para descubrir el significado de ellas. Es más, hacemos la reflexión de que se podría cumplir al pie de la letra esta doctrina y no cumplir el verdadero sentido de la enseñanza del Señor. Habéis oído del pacifista que creía en la no resistencia física. Un día paseaba con un amigo por una calle cuando el pacifista entró en discusión con una tercera persona, la discusión se convirtió en una reyerta. Su oponente le pegó en la cara, y el pacifista literalmente volvió la otra mejilla y recibió otro golpe en ella. Entonces se volvió y abandonó el lugar. Su amigo le dijo: "No entiendo cómo puedes ejercer tan magnífico control sobre ti mismo para dejarte pegar dos veces. ¿Cómo lo haces?" El pacifista le dijo: "Le volví la otra mejilla, pero no vio cómo estaba rabiando por dentro." Lo que él realmente quería era devolver golpe por golpe. Pero el amigo no sabía que tipo de justicia profesaba.

Ahora bien, no vayamos a tener un concepto erróneo. Hay muchas situaciones en las cuales uno cumpliría al pie de la letra exactamente estas enseñanzas. Es muy posible que el contexto del pasaje se halle en el dicho anterior de nuestro Señor: "Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia" (Mateo 5:10). Vendrán tiempos cuando los

hombres os perseguirán por ser seguidores del Señor Jesús (y adviértase que en Mateo 5:10, 11, el énfasis primordial está sobre la persecución por obra de palabras, no por violencia física). Encontraréis oposición; y a veces daños corporales les sobrevendrán por ser discípulos de Jesucristo. Esto no ocurre a menudo en los llamados países cristianos; pero, en otras partes, los cristianos todavía sufren persecución física. Cuando un seguidor de Jesús encara persecución por el hecho de ser discípulo de Jesús, jamás devolverá golpe por golpe. Un misionero amigo escribió que recientemente le habían hecho un costoso trabajo de un puente dental. Un día, mientras estaba distribuyendo literatura cristiana, se encontró frente a una multitud enardecida que amenazó con darle golpes. Lo primero que pensó fue "¿No debo defender mi costoso puente dental?" No se sintió preocupado en cómo repeler la agresión, pero estuvo preocupado por su inversión financiera. Pero concluyó: "No, lo dejaré al Señor," y eligió la actitud de no hacer resistencia. Incidentalmente, no perdió el puente dental.

Habrán ciertamente momentos como éste cuando uno cumpla al pie de la letra la ley del amor. Pero ése no es el único elemento ni el más importante de este pasaje; pues la justicia acerca de la cual estaba hablando nuestro Señor es una justicia del corazón. La justicia del reino de Dios exige una actitud del corazón que no esté motivada por preocupaciones egoístas, y que no reclame ni aun los legítimos derechos de uno. Nuestro Señor busca que seamos librados de todo espíritu de venganza personal. Cuando uno te hace daño, cuando alguien habla mal de ti, cuando alguno te ofende, ¿cuál es tu reacción? La reacción de un hombre corriente, la reacción de un hombre moral, aun la de un religioso, es desear la

igualdad y ajustar las cuentas. Esta no es la justicia del reino de Dios. La justicia de Dios se manifiesta por sí misma en una actitud del corazón que está motivada por el amor hacia quien nos ha causado daño y está libre de toda motivación de venganza personal.

Las ilustraciones de nuestro Señor dan ejemplos radicales de expresiones de amor. Este amor se extiende hasta nuestros enemigos. "Oisteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo." Pero yo os digo: "Amad a vuestros enemigos" (versículos 43, 44). Sí, amad a vuestros enemigos; no solamente a vuestros amigos o a los vecinos amables, ni a los que son neutrales para con vosotros; sino a los que os hagan daño. Amad a los que deliberadamente os hagan daño. Esta es la suprema prueba del carácter cristiano. He visto situaciones en que personas de la iglesia de Dios no ponen en práctica este principio entre ellas mismas. He presenciado odios, rencores, animosidades, hostilidades y enemistades entre ellas. Todo esto son negaciones del verdadero carácter cristiano. Jesús dijo: Tu actitud, tus acciones siempre deben ser motivadas por el amor. Ser totalmente libre de todo espíritu de venganza y de autovindicación, y devolver amor por odio, pagar bien por mal, ésta es la justicia del reino de Dios.

Este amor no es primordialmente un sentimiento o una emoción; es una preocupación por actuar con amor. El amor busca el mayor bienestar de los objetos de su afecto. El clásico cuadro del amor cristiano está en 1 Corintios 13; y cuando Pablo describía lo que "es" amor, nos dijo cómo "obra" el amor. "El amor es sufrido, es benigno." El amor es la buena voluntad puesta en acción. El amor se preocupa por expresarse. Sabemos que otras enseñanzas de la palabra de Dios que el amor puede a veces castigar y disciplinar.

"Porque el Señor al que ama, castiga" (Hebreos 12:6, versión RV 1909). El amor no quiere decir el abandono de la justicia y lo correcto; ni es una benevolencia sentimental que carece de la capacidad de una ira santa. Nuestros problemas humanos provienen de la dificultad, diremos la imposibilidad, de desligar de la ira santa los elementos de resentimiento personales y de venganza egoísta.

Las enseñanzas de nuestro Señor tienen que ver con los resortes de la reacción personal y el carácter de uno. El amor busca el mayor bienestar hasta para los enemigos. Puede devolver un insulto con una bendición. Puede premiar un daño con un bien. Puede responder a la violencia con urbanidad. Puede actuar de esta manera porque no está motivado por el espíritu de venganza, sino por el interés en el prójimo. Esta es la justicia del reino de Dios.

La suprema manifestación de esta ley de amor se encuentra en el perdón. Jesús nos enseñó a orar: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6:12). Puedes en verdad perdonar a una persona solamente cuando actúas por amor. Si no actúas respecto a ella con amor, realmente no la perdonas, aunque profeses que lo haces así.

Alguien podría decir: Esta petición no es una oración cristiana. Es hablar acerca de una transacción con Dios. Le pedimos que nos perdone en la medida y en el grado en que nosotros perdonamos a otros. Esto refleja una justicia legal, no la justicia de la gracia que es por la fe. Los cristianos oran: "Perdónanos liberalmente por amor de Cristo."

Volvamos a examinar esto desde el principio. Si la justicia del reino de Dios es una justicia de obras humanas, tenemos que admitir de inmediato que la oración no tiene implicación alguna para nadie en

particular. La naturaleza humana no perdona en esa forma. No importa en cual dispensación se mire, no puedes encontrar naturalezas humanas irregeneradas que hayan de producir conductas que se amolden a las demandas en el Sermón del Monte. Si este versículo está basado en fundamentos legales, entonces cualquiera que intente vivir por él está condenado. Necesitamos el "perfecto" perdón de Dios; y no será la naturaleza humana la que perdone de esta manera.

La palabra de Dios tiene una manera de explicarse por sí misma. En Mateo 18, nuestro Señor explica lo que significa perdonar. Pedro tenía problemas con las enseñanzas de Jesús acerca del perdón. ¿Cómo podía una persona cualquiera perdonar tan cabalmente? Finalmente, vino al Señor y le preguntó: "¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?" (Mateo 18:21). Ahora el número siete no es grandísimo, ¿lo es? Pero consideremos esta situación. Si alguien nos ofende de la misma manera siete veces sucesivamente, ¿podemos sinceramente perdonarle un mismo insulto siete veces? Esta no es una ofensa trivial.

Pero escucha lo que dice Jesús: "No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete" (versículo 22). ¿Setenta veces siete? ¿Cuántas veces es esto? Cuatrocientas noventa veces. Supongamos que alguien te ponga un mote vil cuatrocientas noventa veces de manera sucesiva. Supongamos que todos los días, a las 9:30 a.m., un hombre de negocios asociado tuyo que te tiene tirria venga a tu oficina, se pare delante de tu escritorio y te insulte cuatrocientas noventa veces. Eso es por alrededor de dos años de días laborales. ¿Podrías perdonarle? ¿Desearías perdonarle? Sólo un corazón lleno de la gracia de Dios podría perdonar esto.

Jesús ilustró la calidad del perdón demandado por el reino de Dios por medio de una parábola. "Luego el reino de Dios puede compararse a un rey que deseó arreglar cuentas con sus servidores. Cuando comenzó a habérselas con ellos, le trajeron uno que le debía diez mil talentos." En términos modernos, eso hubiera sido alrededor de diez millones de dólares. He aquí un hombre en una situación desesperada. La carga de su deuda era tan grande que no tenía esperanzas de arreglar jamás sus asuntos y pagar su deuda. Estaba en quiebra. "A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, todo lo que tenía, para que se pagase la deuda" (Mateo 18:25). Este era el método antiguo de tratar con los deudores. La quiebra significaba no solamente la liquidación de todos los activos del negocio esto incluía la liquidación de todos los recursos y las propiedades; y además de esto, la esposa del quebrado, sus hijos, el deudor mismo eran vendidos como esclavos hasta que toda la deuda posible pudiera ser pagada al acreedor a cuenta de la deuda.

"Entonces, el siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: "Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo" (versículo 26). El deudor pidió misericordia y perdón, y aunque sabía que no podría jamás pagar la deuda, prometió pagarla. Y "movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda" de diez millones de dólares. ¡Cuán asombrosa bondad!

Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios. Cien denarios equivalen a veinte dólares. Aunque era un suma sustancial en aquella época, era una cantidad que una persona podría pagarla con el tiempo. Se le acababan de perdonar diez millones de dólares adeudados, un crédito de diez millones. Se le acababa de perdonar los diez millones de dólares de la deuda; y luego se

había encarado con un conserivo que le debía solamente veinte dólares. “Y asiéndole por el cuello, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su conserivo postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fue y lo echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda” (versículo 28-30).

La noticia del espíritu implacable del siervo perdonado llegó a oídos del señor. “Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste; ¿No debías tú también tener misericordia de tu conserivo, como yo tuve misericordia de ti? Y entonces el señor le entregó, enojado, a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía” (versículos 32-34). Luego nuestro Señor agrega: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no podonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (versículo 35).

Sí, oremos: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.” En esta parábola del perdón, nótese una cosa: El perdón de Dios precede y condiciona el perdón que debo otorgar a mi semejante. El objetivo de la parábola descansa en este hecho. El perdón humano está basado y motivado por el perdón divino. Mi deseo de perdonar es la medida de la realidad de mi profesión de haber sido yo perdonado. Si digo que el Señor me ha perdonado la deuda de veinte millones de dólares que le debía en pecados, y con todo no puedo perdonar una suma de apenas veinte dólares por una ofensa relativamente trivial contra mí, me estoy burlando de mi profesión de cristiano. No existe verdad en este tipo de religión que se contradice a sí misma. Sí, *debemos* orar: “Perdónanos así como nosotros perdonamos.”

Esta es la ley del amor, éste es el evangelio del

reino. La justicia del reino es una justicia que solamente Dios mismo puede dar. La perfecta pureza, la honestidad perfecta, el amor perfecto, el perdón perfecto: ¿Qué hombre existe en parte alguna, en cualquier dispensación que pueda vivir este tipo de vida? Si la justicia del reino es un modelo que debo alcanzar con mi propia habilidad, quiere decir que estoy condenado “para siempre” y he sido dejado fuera del reino de Dios. Nadie, sea judío o gentil, puede alcanzar por mérito humano los niveles del Sermón del Monte. La justicia que demanda el reino de Dios, el reino de Dios debe darla. Deberá ser por gracia o estoy perdido. La ilustración del perdón dada por nuestro Señor señala que éste es el orden divino. Puedo perdonar verdaderamente sólo en la medida que conozco el perdón de Dios. Puedo manifestar la vida del reino sólo conforme la haya experimentado. Pero como hemos descubierto en nuestros estudios anteriores, el reino de Dios ha entrado en el presente siglo malo y podemos experimentar su vida, su justicia.

La justicia del Sermón del Monte es la justicia del hombre que ha experimentado el reino de Dios en su vida. Este es el patrón conforme al cual los discípulos del Señor Jesús han de vivir. Se logrará en la medida en que se haya experimentado el soberano dominio de Dios en uno mismo. Ha de buscarse una experiencia que esté totalmente bajo la dirección divina. El comienzo de esa experiencia se encuentra en el nuevo nacimiento. Jesús dijo a Nicodemo: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Cuando se somete uno por sí mismo al reino de Dios, ocurre el milagro del nuevo nacimiento dentro de su corazón. El Espíritu Santo crea en él una nueva vida. Como una nueva criatura, el servidor del reino de Dios experimentará en una medida real y

evidente la justicia del reino de Dios en este siglo malo. Esto no se declara, pero se presume del Sermón del Monte. La justicia del reino es una manifestación de la vida del reino. Tal como la plenitud de vida que pertenece al siglo venidero se ha convertido en bendición del presente, la justicia del reino que corresponde al siglo venidero ha sido impartida a los hijos del reino a través de Cristo y del Espíritu Santo.

7

La demanda del reino

El reino de Dios ofrece a los hombres bendiciones divinas, las bendiciones del siglo venidero. El estudio hasta ahora ha sido dedicado a una exposición de estas bendiciones. Nuestro Señor comenzó Su ministerio con el anuncio siguiente: *"El reino de Dios está cerca. Arrepentíos y creed las buenas nuevas."* Hemos encontrado que el reino de Dios es el reino redentor de Dios. Esta es la conquista de Dios hecha a través de la persona de Cristo sobre Sus enemigos: el pecado, Satanás y la muerte. El reino de Dios se manifiesta en varios grandes hechos. En la segunda venida de Cristo. Su reino será presentado en gloria y poder. Pero este glorioso reino de Dios, que se manifestará en la venida de Cristo, ya ha entrado en la historia, aunque sin señales externas de gloria. El futuro ha invadido el presente. El reino de Dios que todavía ha de venir en poder y gloria ya ha venido en forma secreta y oculta para obrar entre los hombres y por dentro de ellos. El poder del reino de Dios, que en el siglo venidero arrollará el pecado y su influencia entre los hombres, obra en el presente siglo malo para liberarlos del poder del pecado, de la servidumbre a Satanás y de su esclavitud y temor a la muerte. La vida del reino de Dios, que alcanzará su plenitud cuando Cristo venga, cuando nuestros cuer-

pos sean redimidos, aquella vida del futuro reino, ha entrado en el presente, de modo que los hombres pueden ahora nacer de nuevo y entrar en el reino de Dios, en la esfera de Su reino, el dominio de Sus bendiciones. El Espíritu Santo, que un día nos transformará completamente de manera que vengamos a ser como el Señor Jesucristo en Su cuerpo glorificado, ha venido a nosotros antes de la llegada de la nueva era para habitar en nuestros corazones, para darnos la vida del reino aquí y ahora, para que podamos disfrutar de compañerismo con Dios. El mañana está aquí hoy: El futuro ya ha comenzado. Hemos probado la vida, los poderes, las bendiciones del siglo venidero.

Permanece la pregunta siguiente: ¿Cómo entra uno en esa experiencia? ¿Qué demanda nos plantea el reino de Dios? ¿Cómo recibe uno esta vida? ¿Cómo se obtiene la justicia del reino de Dios? ¿Cómo se logra que el Espíritu de Dios habite dentro de nosotros para impartirnos la vida de la edad futura?

La palabra de Dios viene a nosotros con una respuesta sencilla. Ciertamente, su misma sencillez ofrece una profunda dificultad. Es muy simple, sin embargo, penetra hasta lo más profundo de nuestro ser. A los Romanos, Pablo escribió: "Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo" (Romanos 10:9). Al carcelero de Filipos, Pablo le dijo: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo" (Hechos 16:31). El cuarto Evangelio reitera constantemente el propósito del libro, diciendo: "Estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31).

¿Es que al reino de los cielos se ha de entrar meramente por tomar en los labios el nombre de

Jesús y hacer una confesión verbal? ¿Ha de recibirse la bendición de la vida mediante la fe en la resurrección y en la deidad de Cristo? ¿Puede salvarme el credo? ¿Puede la pronunciación de tres palabras: "Jesús es Señor," otórgame la vida? ¿Qué significa confesar a Jesús como Señor, creer en el Señor Jesús? La respuesta puede encontrarse en la demanda del reino de Dios. El reino hace una demanda fundamental: Demanda una decisión. En Cristo, el reino se enfrenta con nosotros. La vida del siglo venidero se yergue frente a nosotros. Aquel que mañana será el juez de todos los hombres ya ha entrado en la historia. Nos encara con una demanda: una decisión. Bultman tiene razón cuando dice que Jesús proclamó la cercanía de Dios como El que demanda. El mensaje de Jesús fue: "arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca." La básica significación de "arrepentíos" es darse media vuelta, invertir el curso de vida, cambiar totalmente la dirección de las acciones, volverse y abrazar con decisión el reino de Dios.

La vida está hecha de decisiones. El curso de la vida de cada hombre está determinado por sus decisiones. Puede uno decir que la diferencia entre el éxito de dos hombres que tengan talentos iguales está determinado por la forma en que hagan ellos las decisiones. La idoneidad de las decisiones de una persona, la inteligencia con que hayan sido hechas estas, y la habilidad de descansar en ellas una vez que se hayan hecho para seguir las y dar el paso siguiente, a menudo decidirá la medida del éxito o del fracaso. Algunas personas se pasan la vida vacilando, tambaleándose e inseguras de sí mismas, y jamás pueden decir un sí o un no en forma clara. Estas son personas que nunca hacen nada de valor para ellos o para sus semejantes, pero que disipan la vida y sus energías en conflictos interiores e indecisiones.

La esencia del arrepentimiento es una decisión que determina la calidad del presente y el destino futuro.

Cuando Jesús estaba a punto de salir de Galilea por última vez, envió setenta discípulos a predicar el evangelio del reino por todo el país. El mandamiento que dio a sus embajadores fue éste: "Sanad a los enfermos y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios" (Lucas 10:9). El reino de Dios vino a esas aldeas en las personas de los emisarios de nuestro Señor. Estos predicadores parecían gente ordinaria, pescadores galileos; sin embargo, eran portadores del reino de Dios. ¿Cómo reaccionarían los residentes de estas ciudades? Ellos podían dar la bienvenida a los emisarios de Cristo y por consiguiente recibir el reino de Dios mismo; o, si así elegían, podían rechazarlo. Pero tal rechazo sería algo terrible. "Mas en cualquier ciudad donde entréis, y no os reciban, saliendo por sus calles, decid: Aun el polvo de vuestra ciudad que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudiremos contra vosotros. Pero esto sabed, que el reino de Dios se ha acercado a nosotros. Y os digo que en aquel día será más tolerable el castigo para Sodoma, que para esa ciudad" porque ha rechazado el reino de Dios (versículos 10.12).

La demanda básica del reino es una respuesta de la voluntad del hombre. Los hombres han de recibirlo. Deberán rendirse a él. El reino de Dios no nos pide encontrar en nosotros mismos la justicia que demanda; Dios nos dará la justicia de su reino. El reino de Dios no nos pide crear la vida que demanda; el reino de Dios nos dará esa vida. El reino de Dios no establece un modelo de vida y dice: "Cuando logres este patrón de justicia, puedes entrar en el reino." El reino de Dios hace una exigencia: ¡Arrepiéntete! ¡Vuélvete! ¡Decídetes! Recibe el reino, y cuando lo recibas, recibirás su vida, recibirás sus bendiciones,

recibirás el destino reservado a los que lo abracen.

Conforme estudiamos esta demanda de decisión en las enseñanzas de nuestro Señor, encontramos que no puede ser tomada ligeramente. Jesús requirió de los hombres una decisión "firme". Esto se declara en Lucas 9:57: "Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas." He aquí un hombre que parecía realmente listo para hacer la decisión de seguir a Cristo. Como respuesta Jesús le dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza" (versículo 58). Jesús desafió la seriedad de esta decisión. ¿Sabes tú lo que tu decisión implica? ¿Deseas convertirte en discípulo de uno que carece de hogar, que no tiene posición ni prestigio? ¿Lo has pensado bien? ¿Has tomado en consideración sus implicaciones? Jesús demandó una decisión firme, una decisión inteligente, no una decisión hecha a la ligera.

De nuevo, Jesús le dijo a otra persona: "Sígueme." Pero ésta dijo: "Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre" (Lucas 9:59). Hubo un hombre que profesaba estar listo para hacer su decisión, pero que tenía que hacer primero algo. "Sí, deseo seguirte, pero espera un poco. Hay algo que tiene preferencia. Déjame cuidarme de esto, y luego te seguiré. Tengo buenas intenciones, pero dame tiempo solamente." Pero Jesús replicó en palabras que parecían duras, de no tomarse en cuenta el contexto: "Deja que los muertos entierren a sus muertos." Vamos a interpretar el versículo: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero en cuanto a ti, vé y proclama el reino de Dios" (versículo 60). El reino de Dios exige una decisión inmediata, urgente. Cuando te llega el llamado, no puedes bromear con él. Puedes pensar primero debo vivir mi vida. Primero, tengo una

carrera que ejercer. Tengo planes importantes para mi futuro que primero deben ser realizados. Tengo obligaciones que primero debo cumplir. ¡No! Jesús dijo que debe haber una decisión inmediata, firme y absoluta.

Nuevamente, otro le dijo: "Señor te seguiré." Sí, reconozco que debo abrazar el reino de Dios, que debería convertirme en tu discípulo; "Pero déjame que me despidiera primero de los que están en mi casa" (Lucas 9:61). Superficialmente, ésta era una petición razonable. Si un hombre ha de dejar su hogar para dedicar su vida al discipulado de Jesús, es propio y conveniente despedirse de su familia. Pero debemos interpretar este pasaje en su contexto. Jesús le dijo: "Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (versículo 62). He aquí un hombre que profesaba desear hacer una decisión, pero era vacilante. Jesús dice: No tenemos lugar para los vacilantes. Si respondes al llamado del reino de Dios y a sus demandas sobre tu vida, no deberás hacerlo en forma vacilante, ni mirar hacia atrás. Uno no puede tratar de apoyarse en lo que ha dejado atrás. No puede uno aferrarse al pasado. No deberá haber incertidumbre en cuanto a si uno está preparado para emprender toda la carrera. "Ninguno que poniendo su mano sobre el arado mira hacia atrás, es apto para entrar al reino de Dios." El reino de Dios demanda una decisión definitiva, una decisión irrevocable, una decisión clara.

Más aún, el reino "demanda" una "decisión radical". Algunas decisiones son fácilmente hechas y requieren poco esfuerzo; pero la decisión para el reino de Dios, con frecuencia, es difícil y requiere gran fuerza de voluntad. Jesús dijo: "Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos se hace violencia, y los violentos lo arrebatán" (Mateo

11:12). Este aserto ha sido objeto de diversas interpretaciones, pero debemos seguir lo que entendió Lucas de él. "La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él" (Lucas 16:16). El reino de Dios demanda una repuesta tan radical que pueda describirse en términos de fuerza y violencia.

¿Cómo vamos a entender estas palabras? ¿Qué tiene que ver la violencia con el recibimiento del reino de Dios? Nuestro Señor mismo ilustró esta demanda más de una vez. "Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ser echado en el infierno" (Marcos 9:47: ver también los versículos 43-46). Esto es ciertamente violencia: el sacarse uno un ojo, el cortarse uno una mano o un pie, para poder entrar en el reino de Dios.

"No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada" (Mateo 10:34). Una espada es un instrumento de violencia. Algunas veces la decisión para el reino será una espada que corta otras relaciones produciendo dolor y sufrimiento. Ciertamente, "si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer. . . no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:26). Aborrecer: ésta es una palabra de violencia.

"Esforzaos a entrar por la puerta angosta" (Lucas 13:24). La palabra griega usada aquí es un vocablo fuerte del cual se deriva la palabra "agonizar" y que significa "poner tirantes todos los nervios." Es una voz de uso común para describir los conflictos físicos en los juegos atléticos. Aquí nuevamente se habla de violencia, de contrarrestar, de intenso esfuerzo.

Todo este lenguaje metafórico describe el carácter radical de la decisión demandada por el reino de Dios. El hombre moderno es comúnmente muy

despreocupado en materia de religión. A menudo tomará medidas radicales para beneficio de su salud, éxito, poder, pero no le gusta sentirse profundamente conmovido acerca de lo que tenga que ver con su alma. Dice Jesús que tal hombre no puede conocer la vida del reino. Esto pide una respuesta, una decisión radical, una recepción estusiasta. El nominalismo es la maldición del moderno cristiano occidental. Los discípulos de Jesús tienen que ser radicales en su entusiasmo absoluto por la vida del reino de Dios.

La decisión que demanda el reino de Dios también es una decisión "costosa". Un joven y rico dirigente vino a Jesús para preguntarle: "Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?" (Mateo 19:6). Pocos hombres habrá que en sus momentos de sobriedad no se hayan hecho esta pregunta. Hay hambre por la vida espiritual en el corazón humano. Esta vida, como lo demuestra el versículo 23, es la vida del reino de Dios. Esta es la cuestión de la salvación (versículo 25). Este joven estaba expresando el profundo deseo que todos los hombres sienten, el deseo de encontrar la vida, la vida eterna, en esferas de más allá de la existencia terrenal que está rodeada de pecado y de muerte.

Después de asegurarse de su sinceridad, Jesús lo enfrentó con el asunto fundamental: la decisión. "Ven sígueme" (versículo 21). Ahí está el asunto. ¡Vuélvete! abandona tu vida antigua. Recibe el reino. ¡Sígueme!

En este caso esta decisión no era asunto sencillo o fácil, porque implicaba un costo elevado. Jesús dijo algo a este joven que jamás recordaba haber dicho a otra persona. Miró en el corazón y vio lo que le estaba impidiendo hacer la decisión. El joven era rico; y Jesús percibía que estaba ligado a su riqueza. Por eso le dijo Jesús: "Tu decisión por el reino de Dios tiene

que ser absoluta. Tus riquezas se interponen en tu camino. Por tanto, ve y vende todo lo que tienes y entonces estarás libre para seguirme."

Debe quedar claro que la liquidación de las riquezas en sí no convertían al joven en discípulo de Jesús. El discipulado, la decisión estaba comprendida en la orden, "sígueme". Este hombre pudo hacerse pobre y quedar fuera del reino de Dios de no haber seguido a Jesús. El disponer de sus riquezas no era en sí parte del discipulado; pero en este caso era el preludio necesario para el discipulado. Jesús ordenó remover la barrera. Cualquier cosa, sea riqueza, una carrera o la familia, que se interponga en el camino de la salvación o de la decisión debe retirarse antes de clamar por el reino de Dios.

Jesús no estableció una orden universal de pobreza a los hombres. Su preocupación contra la acumulación de riqueza, expresada en el Sermón del Monte (Mateo 6:19), no es para hacer que todos los hombres sean pobres, sino para librarlos de la falsa seguridad que dan las riquezas. Los hombres creen que mediante la acumulación de riqueza estarán libres de ansiedades. Jesús dijo que ellas solamente agregan otras ansiedades que están incluidas en el temor de perder las riquezas. La pobreza en sí no es una virtud. La demanda de Jesús es por una decisión, por la sumisión a Dios y a Su reino. La riqueza es mala cuando se interpone en el camino de esa decisión. Así que Jesús dijo: "Joven, tienes una barrera de por medio." Amas tus riquezas y todas las comodidades y buenas cosas que te producen. Estas demandan tu afecto. Ese afecto debe darle el paso a una lealtad más elevada, la lealtad al reino de Dios.

Esto sigue siendo verdadero. La demanda del reino de Dios todavía es una decisión costosa. Si la riqueza, la posición social, la influencia o la ambición personal

tiene el dominio de la lealtad de una persona de modo que su vida está dirigida al logro de fines personales, sean éstos materiales o sociales, en lugar de la gloria de Dios, su vida debe adquirir un nuevo centro de orientación. Todo otro interés deberá hacerse secundario y deberá someterse al dominio de Dios. El asunto se relaciona por sí mismo fundamentalmente a la voluntad del hombre y a los objetivos que elija servir.

Conocí a un joven que parecía ser cristiano muy prometedor y se vio poseído por impulsos de ambiciones personales. Una lucha se produjo entre los llamados de Dios y la ambición, e hizo una decisión. Cuando se decidió por mejoras egoístas en lugar de elegir el reino de Dios, el amor por las cosas de Dios se secó.

La debida actitud de un discípulo de Jesús respecto a las bendiciones materiales está hermosamente ilustrada por el Apóstol Pablo. Pablo había sido "liberado. . . de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de Su amado Hijo" (Colosenses 1:13). Pablo estaba viviendo para el reino de Dios, que no era "comida ni bebida, sino justicia, paz, y gozo en el Espíritu Santo" (Romanos 14:17). Debido a que Pablo había experimentado la vida del reino de Dios, había adquirido un nuevo concepto del lugar e importancia de las posesiones. "He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:11-13). Pablo había sido iniciado en el secreto del contentamiento, porque su felicidad y su seguridad no dependían de elementos externos. Si sufría necesidad, no creía que Dios le

había abandonado. Si experimentaba abundancia no se ataba tanto a esa abundancia de modo que su felicidad dependiera de ella. Su seguridad estaba en el "que me fortalece", en el Señor.

Esta experiencia es esencial para cada persona que conozca las bendiciones del reino de Dios. Para el joven rico, la vida no consistía de "justicia, paz y gozo", no sabía nada del reino de Dios. La vida consistía para él en "comida y bebida", de cosas que sus riquezas podían comprar. Su primer amor era su riqueza y todo lo que representaba ésta. Con todo, no estaba satisfecho. No conocía el contentamiento. Esta hambre insatisfecha le trajo a Jesús con la pregunta acerca de la vida eterna. De todos modos, cuando encaró la alternativa, hizo la elección errónea. No deseaba liberarse de la dependencia de su riqueza y de sus recursos materiales.

Puede que Dios no siempre exija que un hombre abandone su riqueza, pero sí exige se abandone el amor a las posesiones. Dios exige una decisión de la voluntad que comprenda un deseo real de abandonar la riqueza, si así El lo manda. Es un asunto de afecto. Un hijo del reino de Dios recibirá las cosas buenas del ámbito físico como donativos de un padre amante (Mateo 6:26-30) y se sentirá agradecido de recibirlas. Pero su amor, su dependencia, su seguridad están en el Dador y en el reino de Dios, no en las donaciones. Buscará primeramente el reino de Dios y confiará en Dios para que le provea de lo necesario para su vida diaria (Mateo 6:33, 34). El joven rico no se atrevió a confiar en Dios. Tan sólo confió en su riqueza. Por tanto para él era necesario liberarse a sí mismo de la falsa seguridad, antes de poder darse él mismo a Dios y a Su reino. Tenía que decidir, porque el reino demanda decisión, una decisión costosa.

A veces esta decisión puede costar el afecto de los

seres queridos. Esto es evidente en las enseñanzas que Jesús dio a sus discípulos cuando los preparaba para el ministerio. Ellos debían anunciar que el reino de Dios se había acercado al hacer su proclamación. (Mateo 10:17). Una demanda fue propuesta a su auditorio: recibir a los emisarios del reino y con eso recibir el mensaje del reino, realmente, al Rey mismo. "El que a vosotros recibe, a mí me recibe, y, el que me recibe a mí, recibe al que me envió" (Mateo 10:40). En algunos casos, ésta sería una costosa decisión; pues causaría la ruptura de los vínculos normales de familia. "No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su propia casa." El que ama a su padre o madre más que a mí no es digno de mí; el que ama a su hijo o hija más que a mí, no es digno de mí" (Mateo 10:34-37).

¿Quiere esto decir que cuando uno se convierte en cristiano, los afectos humanos no tienen más lugar en su vida? ¿Cuando uno sigue a Cristo debe romper todos los vínculos familiares? Con toda seguridad eso no es necesario. En efecto, lo contrario es lo cierto. Cuando un hombre y una mujer han compartido afectos, que a su vez hayan sido santificados por un mutuo amor a Dios y a Su reino, son las personas más felices del mundo.

Hay, sin embargo, una dura verdad en esto. Cuando una relación humana se interpone en el camino de las existencias del reino de Dios, no puede haber más que una elección. Si el llamado del reino se ha presentado ante ti, pero tu padre, o tu madre, aun si tu esposo o esposa te dice: "No, no lo permitiré; no puedes seguir a Cristo y tener mi afecto", entonces

sólo hay una decisión que hacer: Dios y Su reino. Aun cuando los afectos humanos y los vínculos familiares se rompan, el llamado del reino de Dios tiene prioridad. Agradecemos a Dios que en nuestra cultura y su herencia cristiana, no somos frecuentemente llamados a pagar ese precio. Afortunado es el hijo que tiene padres cristianos que oran por su salvación desde su mismo nacimiento, aun desde antes de nacer. Bendito el hombre, bendita la mujer, que tiene una esposa o esposo con quien compartir una fe profunda en el Señor, que pueden orar juntos y que tienen el mismo amor por las cosas de Dios. Desafortunadamente, esto no es siempre así. A veces, surgen crisis. Una decisión ha de hacerse: por Dios o por la familia. En tales momentos de decisión, dice Jesús que ha de hacerse una decisión costosa.

Además, el reino de Dios puede costarle a un hombre su propia vida. En Mateo 10:38 dice Jesús: "El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí." He aquí el costo esencial de la decisión.

¿Qué quiere decir que uno tome su cruz? La gente habla con frecuencia acerca de lo difícil que es llevar la cruz. "¡Qué cruz tengo que llevar! Llevo una carga física, sufro de dolores de jaqueca o de úlceras; tengo artritis o reumatismo: ¡Qué cruz es el quebranto físico y el dolor que llevo conmigo!"

Otros hablan de la cruz que deben llevar por los problemas que tienen que encarar. "Mi esposo es irascible: ¡Qué cruz tengo que llevar acomodándome a su disposición personal!" Otros dicen: Mi cruz es la necesidad que tengo de trabajar en un ambiente que no es cristiano! Escucho allí palabras profanas y cosas sucias día por día. ¡Qué cruz tan pesada la que tengo que soportar!

Tales experiencias no son cruces. Son cargas; y algunas cargas pueden ser abrumadoras. Pero una

cruz no es una carga; una cruz es un lugar de muerte. No se hable de llevar una cruz en tal sentido. Cuando uno toma su cruz, está listo para morir.

En otra ocasión, Jesús dijo: "Niéguese a sí mismo" (Lucas 9:23). ¿Niéguese a sí mismo de qué? ¿Comer dulces antes de Pascua de Resurrección? ¿Fumar tabaco durante la cuaresma? ¿Algo que desea hacer pero que piense que no debe hacer? ¿O significa autonegación, sacrificio personal para promover el evangelio?

Negarme a mí mismo no quiere decir que voy a negarme "cosas". Significa negarme *a mí mismo*, no significa negarme cosas "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz. . ." (Lucas 9:23). La abnegación es egocéntrica; el negarse a sí mismo es vivir cristocéntricamente. Negarse a sí mismo significa muerte, nada menos. La cruz es instrumento de muerte. Obviamente, la expresión no quiere decir que todo cristiano debe sufrir la muerte física. Significa, sin embargo (y estamos hablando con sumo cuidado), que cada discípulo de Jesús debe estar dispuesto a morir por El. Si nos encontramos en una situación en la cual tenemos que escoger entre la muerte y la lealtad a Cristo y a Su reino, deberemos estar preparados para escoger la muerte. Hay personas en este siglo malo que están pagando el precio de sus vidas y están derramando su sangre porque aman a Jesucristo y han respondido a las exigencias de su reino.

Esto es lo que significa llevar su cruz; estar dispuesto a morir con y por Cristo. Significa completa dedicación a Cristo, aun cuando esta dedicación le cueste a uno la vida. Significa un acto de autorendición que no piensa en nada dejado atrás, ni aun la vida misma. Quiere decir que mi vida, mi voluntad, mis ambiciones, mis deseos, mis esperanzas, todo es

dado a Cristo. Significa que me doy por muerto de modo que Cristo pueda vivir y reinar en mí. Pablo expresa el mismo pensamiento fundamental cuando dice: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gálatas 2:20).

El tomar la cruz es algo que ocurre en las profundidades del espíritu humano y es fundamental para las relaciones de uno con Cristo. Si estoy listo para morir por Cristo, entonces mi vida no es mía, sino de El. Mi vida pertenece a El juntamente con todo cuanto mi vida incluye. Llevar la cruz es cuestión de señorío, majestad, soberanía. Cristo no puede reinar en mi vida mientras no me cuente como muerto, como crucificado. Tan sólo puede haber un gobernante en mi vida: o yo o Cristo. Cuando tomo mi cruz y muero, Cristo puede gobernarme.

Este principio de llevar la cruz ha sido ilustrado por uno de nuestros seminaristas que estaba preparándose para el ministerio de música evangélica. Había recibido una preparación musical en una de las más famosas escuelas de música y era un consumado pianista. Amaba la música, y cuando Dios lo llamó al ministerio del evangelio, se sintió feliz ante la perspectiva de usar sus dones musicales y su capacidad para servir al Señor. Sin embargo, en el curso de sus estudios como seminarista Dios le habló al corazón. Supongamos que Dios le llamara al ministerio de la predicación, o de la enseñanza de la Palabra, en lugar de al ministerio de la música. ¿No estaba dictándole a Dios las condiciones de su ministerio? ¿Amaba él la música más que al Señor? ¿Había realmente entregado su amor a la música en aras del Señor? ¿Se había entregado él mismo al Señor? Una seria lucha se produjo en su alma. ¿Quién era su Señor, Cristo o la música? Se encontró liberado de la crisis sólo cuando entregó la música al Señor y prometió servirle en

cualquier forma que el Señor le señalara, con o sin música. En otras palabras, tuvo que crucificar su amor por la música. Ciertamente, tuvo que sacrificarse a "sí mismo", su voluntad, sus deseos, antes de alcanzar la victoria en su vida. Después de haber entregado su amor a la música en manos del Señor, Dios se lo devolvió, y todavía está sirviendo a Dios como misionero, usando sus dones musicales para la gloria de Dios. Pero primero, tuvo que hacer una decisión radical, una decisión que abarcaba sus más caros afectos humanos.

Finalmente, el reino demanda una decisión "eterna". La decisión a favor o en contra del reino de Dios en el presente determina el futuro destino de cada persona. Jesús dijo: "Todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios" (Lucas 12:8, 9). "Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles" (Marcos 8:38). Ha de haber un día de juicio, un día de separación entre los hombres. Cristo aparecerá un día como el Hijo del Hombre en gloria para traer salvación a los hijos del reino y justa condenación a los hijos de las tinieblas. El reino de Dios entonces aparecerá en poder y en gloria.

Pero en su gracia, Dios ha enviado a Su hijo entre los hombres como anticipo de ese día. Cristo estuvo entre nosotros para ponernos frente a frente con las bendiciones y las exigencias del reino de Dios. "Arrepentíos, pues el reino de los cielos se ha acercado." ¡Recibidlo! Podemos hacer una decisión para ese reino futuro mucho antes de que venga en

gloria y en juicio, porque El, que será el futuro juez, ha aparecido entre los hombres para ofrecerles la vida y las bendiciones de ese reino aquí y ahora mismo. El reino demanda decisión a medida que plantea a los hombres sus exigencias, una decisión eterna. El mañana se ha reunido con el presente. El siglo venidero ha penetrado en este siglo. La vida de mañana se nos ofrece a nosotros aquí y ahora mismo. El cielo, si así deseas decirlo, ha besado la tierra. ¿Qué tenemos que hacer? Una cosa. El reino de los cielos se ha acercado, ¡arrepentíos! ¡Volveos y recibid las buenas nuevas! Entrégate a Su régimen. Esta es la exigencia del reino.

El reino, Israel y la iglesia

El aspecto más difícil de la enseñanza bíblica del reino de Dios está en su relación con Israel y la iglesia. La dificultad está en el hecho de que esta relación no está expresada en forma directa en las Escrituras, sino que debe ser inducida. Como resultado de esto, los estudiosos devotos de la Biblia han llegado a interpretaciones totalmente divergentes unas de otras.

Los capítulos anteriores han expuesto la tesis de que el reino de Dios en el Nuevo Testamento es la obra redentora de Dios actuando en la historia para vencer a sus enemigos y traer a los hombres las bendiciones del reino divino. Este enfoque nos permite interpretar de manera armoniosa la cuestión de Israel y la iglesia en el Nuevo Testamento.

No puede negarse que Jesús ofreció el reino a Israel. Cuando envió a sus discípulos en la misión de predicar, les dijo que no fueran a los gentiles, sino “id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mateo 10:6). Jesús reprendió a una mujer cananea con las palabras siguientes: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de Israel” (Mateo 15:24). Es más, nuestro Señor se dirigió a los judíos como a los “Hijos del reino” (Mateo 8:12), aun cuando ellos estaban rechazando al Mesías y el reino de Dios. Ellos eran los

hijos del reino porque fue a Israel a quien Dios escogió y a quien prometió las bendiciones del reino. El reino era de ellos por derecho de elección, por la historia y como herencia. Así fue que nuestro Señor dirigió su ministerio a ellos y les ofreció lo que les había sido prometido. Cuando Israel rechazó el reino, las bendiciones que debieron haber sido para ellos fueron dadas a los que las aceptaran.

Esto se ve en la secuencia de los versículos de Mateo 11. La edad de la ley y los profetas terminó con Juan el Bautista; de entonces acá el reino de los cielos ha estado obrando entre los hombres. Esto es lo que más parecen decir los versículos de Mateo 11:12, 13. El versículo 13 claramente afirma que los "profetas y la ley profetizaron hasta Juan"; y el versículo 12 dice: "Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan." El reino de Dios, como hemos visto, es el reinado de Dios obrando redentoramente entre los hombres; y es el significado de Mateo 11:12. Sin embargo, esa generación de Israel no respondió a la obra del reino de Dios cuando Juan el Bautista predicó el arrepentimiento como preparación para el reino ni cuando nuestro Señor ofreció las bendiciones del reino.

Eran como niños porfiados que nada quieren aceptar: rechazaron las bodas y los funerales (versículos 16-17). Rechazaron el sombrío llamado de Juan al arrepentimiento, y declinaron la gozosa oferta de Jesús del poder y de la vida del reino de Dios. Por tanto, sólo queda juicio para esa generación (versículo 20). Un terrible infortunio es proclamado contra las ciudades de Israel como Corazín y Betsaida porque grandes milagros habían sido hechos en sus calles, grandes obras del mismo reino de Dios. Jesús había aparecido en esas ciudades, echando fuera demonios,

liberando a los hombres del poder satánico y predicando que el reino de Dios había llegado hasta ellos para vencer a Satanás y para librar a los hombres del dominio de éste. Con todas estas poderosas obras de Dios, Israel no respondió al llamado. Por consiguiente, "será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti" (versículo 24).

La invitación a recibir las bendiciones del reino es ofrecida a los que lo aceptan sobre una base individual. Jesús dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cansados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (versículos 28, 29).

En la dispensación del Antiguo Testamento, Dios había tratado con Israel primordialmente como familia y como nación y le había dado a Su pueblo bendiciones terrenales y religiosas. Cuando Dios hizo un pacto con Abraham tomó a todos los varones de su familia y los circuncidó, trayéndolos dentro de los términos y bendiciones del pacto (Génesis 17:22-27). A pesar de esto encontramos en los profetas un creciente énfasis en lo individual, aunque las condiciones del antiguo pacto fueron principalmente para Israel como nación, y los gentiles podían participar de las bendiciones espirituales del pacto solamente haciéndose miembros de la nación de Israel.

La oferta que nuestro Señor hace del reino de Dios no es el ofrecimiento de un reino político, ni comprendía bendiciones nacionales ni materiales. Los judíos deseaban un rey político para vencer a sus enemigos; pero Jesús rehusó una corona terrenal (Juan 6:15), ofreciendo un pan espiritual en lugar de un reinado terrenal (Juan 6:52-57). Jesús se dirigió por sí mismo a los individuos; y los términos de la nueva relación eran exclusivamente los de decisión personal

y de fe. Este hecho está elocuentemente declarado en el ministerio preparatorio de Juan el Bautista que le dijo a los judíos que descender de Abraham no bastaba para que estuvieran en condiciones de participar de las bendiciones del reino venidero (Mateo 3:7-10). Las bendiciones espirituales de la nueva era habían de ser concedidas sobre una base individual y no sobre una base familiar. Aun los que se consideraban a sí mismos hijos del viejo pacto tenían que experimentar un arrepentimiento personal y someterse al bautismo como preparación del camino para aquel que había de venir.

Nuestro Señor también estableció en forma clara las condiciones personales de la nueva relación cuando dijo: "No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa" (Mateo 10:34-36). La familia como unidad no seguirá siendo la base de la relación entre Dios y el hombre; la fe personal, que a menudo dividiría a los familiares y hasta rompería los vínculos de carne y sangre, es la base fundamental de la relación entre el hombre y el reino de Dios.

Los judíos, como un solo hombre, rechazaron esta nueva relación. Hubo algunos, sin embargo, que respondieron a la oferta y que se convirtieron en discípulos de nuestro Señor y así éstos fueron verdaderos hijos del reino de Dios. Estos formaron el núcleo que se convirtió en la iglesia.

El capítulo decimosexto de Mateo describe el propósito de nuestro Señor de formar un nuevo pueblo de Dios, la iglesia. Es importante el que Jesús no dijera nada de Su propósito redentor para producir la existencia de un nuevo pueblo de Dios hasta que los

discípulos hubieran comprendido que El, ciertamente, era el Mesías. La confesión de su mesianismo es al mismo tiempo la confesión de la presencia del reino de Dios, pues la misión del Mesías es traer el reino de Dios a los hombres. En este momento, debemos comprender que para los discípulos existía el problema del reconocimiento del mesianismo del Señor lo mismo que había el problema del reconocimiento, de parte de ellos, de la presencia del reino de Dios.

Hemos descubierto que la esperanza popular de la venida del reino de Dios significaba el final de la edad y la manifestación del gobierno de Dios en poder y en gloria, cuando todo mal sería quitado de la tierra. Sin embargo, Jesús enseñó que el reino había venido, pero en una forma nueva e inesperada. A pesar de que la edad antigua continuaba desarrollándose, el reino de Dios había invadido el dominio de Satanás para liberar a los hombres de su régimen maligno. Este era el misterio, la nueva revelación del propósito divino de la misión de nuestro Señor.

Este mismo problema estaba implicado en la relación del mesianismo de nuestro Señor. Los judíos, incluso los discípulos de Jesús, esperaban que el Mesías fuera un davídico rey conquistador, ante quien los enemigos de Dios y el pueblo de Dios no podrían resistir; o sería un ente sobrenatural que vendría a la tierra con poder y gran gloria para destruir a los malos y traer el reino de Dios con poder (Daniel 7). En cualquiera de estos casos, la venida del Mesías significaría el fin de este siglo y la aparición del reino de Dios en poder.

Entonces Jesús se apareció no como un rey davídico conquistador ni como un celestialmente glorioso Hijo del Hombre, sino como un hombre común entre los demás hombres, en humildad y debilidad. El pueblo no podía entender cómo El podía ser el Mesías

aun cuando realizaba obras maravillosas. En un momento, pensaron que podía ser el Mesías, y trataron de obligarlo a ser como ellos deseaban que fuera. Después de haber dado de comer a cinco mil personas, con sólo un par de peces y algunos panes que multiplicó para dar de comer a la multitud, vinieron para llevárselo a la fuerza y hacerle rey (Juan 6:15).

Esa, empero, no era la misión de nuestro Señor. Su misión, así como su mesianismo, era un "misterio"; no era poner fin al siglo malo e iniciar el siglo venidero. Era más bien traer los poderes del siglo venidero a los hombres, en medio del presente siglo malo; y la misión comprendía Su muerte. Por tanto, cuando las multitudes trataron de hacerlo rey, El se retiró. Este fue el punto decisivo de su ministerio y después de esto, *"muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con El"* (Juan 6:66). El no era el Mesías que ellos estaban buscando. El dijo que debían comer Su carne y Su sangre (Juan 6:53). ¿Qué significaba esto? Ellos no podían entender las palabras acerca de Su carne que El daría por la vida del mundo (Juan 6:51). El hecho está, en que los judíos de la época de nuestro Señor no entendían el capítulo cincuenta y tres de Isaías. No sabían que se refería al Mesías. Esperaban sólo un rey conquistador, un poderoso Hijo del Hombre celestial en vez de un siervo sufriente. Por consiguiente, le dieron la espalda, rehusaron seguirle. Así como rechazaron Su oferta del reino porque no era lo que estaban buscando rechazaron Su mesiazgo porque no era un jefe conquistador, el tipo de monarca que ellos deseaban.

Finalmente, empero, el círculo íntimo de los discípulos comenzó a comprender que, a pesar del hecho de que el reino no estaba presente en majestuoso poder, a pesar de que Jesús no había de ser un rey daví-

dico, El era el Mesías y el reino estaba presente en Su persona y misión. Esta es la importancia de la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo. Jesús percibió que ellos habían llegado al punto crítico de la comprensión básica, y preguntó a Sus discípulos ¿Quién creían que El era? Pedro finalmente habló por los demás: *"Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente"* (Mateo 16:16). A menudo no comprendemos cuán grande logro representaba esto, ni cuán difícil fue para Pedro y los demás discípulos reconocer el mesiazgo de Jesús, porque era totalmente distinto de cuanto ellos habían esperado que fuera. Fue una comprensión que podía venir a los hombres sólo a través de la misma relación divina (versículo 17).

Tan pronto comprendieron que El era el Mesías, aun dentro de un nuevo e inesperado papel, Jesús los instruyó sobre Sus propósitos adicionales. Su propósito no era una restauración nacional de Israel. En vez de eso, crearía un nuevo pueblo. *"Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos"* (Mateo 16:18, 19).

El significado de la palabra "roca" sobre la cual iba Jesús a edificar Su iglesia ha sido vigorosamente discutido, aunque para nuestro actual propósito la respuesta a esta cuestión no es fundamental. El que la roca sea la fe de Pedro en el mesiazgo y la deidad de Cristo (como lo entiende Calvino), o que la persona misma de Cristo sea la roca (como lo afirma Lutero), o que haya en realidad un sentido "oficioso" en el cual Pedro, como vocero de los otros discípulos y líder de los apóstoles y de la iglesia primitiva en sus primeros años, pueda haber sido el fundamento sobre el cual

los niveles iniciales de la iglesia fueran edificados, el resultado final es el mismo. No hay evidencia en el Nuevo Testamento de que alguna autoridad oficial fuera dada a Pedro que él pudiera transmitir a otros. Sin embargo, la iglesia es de hecho “edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20); y es posible que nuestro Señor se dirigiera a Pedro como al representante de los apóstoles sobre quien la iglesia había de ser erigida.

En todo caso, nuestro Señor indica Su propósito de edificar Su iglesia. La forma particular de esta frase es importante. La palabra griega *ekklesia*, es la palabra más comúnmente usada en el Antiguo Testamento Griego para referirse a Israel como el pueblo de Dios. El mismo uso de esta palabra sugiere que nuestro Señor se proponía crear un nuevo pueblo que ocuparía el lugar del antiguo Israel que había rechazado Sus pretensiones mesiánicas y Su oferta del reino de Dios. El cumplimiento de esta promesa comenzó en Pentecostés cuando el Espíritu Santo fue derramado y bautizó en el cuerpo de Cristo a los que eran seguidores de Jesús y dio nacimiento histórico a la iglesia (1 Corintios 12:13).

Nuestra preocupación actual está en preguntar acerca de la relación que hay entre el reino de Dios y la iglesia. Jesús prometió dar a Pedro, como representante de los apóstoles y de la iglesia, las llaves del reino de los cielos. Hemos revelado anteriormente que el reino de Dios significaba, ante todo, la actividad redentora y el gobierno de Dios obrando entre los hombres; y, en segundo lugar, el dominio en el cual los hombres disfrutaban de las bendiciones de Su régimen. En este versículo el reino de los cielos se ve como el dominio final en el cual se disfrutaban las bendiciones del gobierno de Dios, la esfera del siglo

venidero en que toda autoridad y poder serán abolidos. Es de hecho, lo que popularmente se llama *cielo*. Las llaves del futuro reino de los cielos, por ejemplo, el poder de abrir y cerrar las puertas que dan a las bendiciones del siglo venidero han de ser confiadas a los apóstoles de la iglesia que nuestro Señor había de crear. El reino de Dios ya no está activo en el mundo a través de Israel; ahora obra más bien a través de la iglesia.

Este modo de ver las cosas está confirmado por un aserto de nuestro Señor en Lucas 11:52. Jesús condenó a los escribas porque habían “quitado la llave del conocimiento; vosotros mismos no entráis y se lo impedís a los que estaban entrando”. La llave del conocimiento que debía abrir la puerta del reino de Dios había sido confiada a los líderes del pueblo judío. Esta llave era la correcta comprensión e interpretación del Antiguo Testamento que hubiera llevado a los judíos a reconocer en la persona y el ministerio de nuestro Señor la presencia del reino de Dios y el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento. Pablo expresó la misma verdad cuando dijo que Dios había confiado a Israel los oráculos de Dios (Romanos 3:2). Sin embargo, los escribas habían quitado la llave del conocimiento; ellos interpretaban de tal modo las escrituras que las desviaban de Cristo, en vez de señalarlo como aquel que vino a cumplir las profecías. Así rechazaron la entrada al dominio de las bendiciones del reino que trajo Jesús, y le impedían la entrada a los que deseaban entrar en ellas.

En otra ocasión, Jesús les dijo a los líderes religiosos: “Los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios” (Mateo 21:31). Desde luego, no quería decir que estaban entrando a disfrutar las bendiciones del reino de Dios; ellos estaban parados aparte observando que publicanos y rame-

ras entraban y peor aún, estaban tratando de impedirles que entraran.

Esta llave del conocimiento que en la dispensación del Antiguo Testamento había sido confiada a Israel, nuestro Señor la confió a los apóstoles y a la iglesia. Este hecho está claramente enseñado en la parábola de los labradores malvados en Mateo 21:33-42. Dios había confiado su viña a Israel. El le envió de tiempo en tiempo Sus siervos, los profetas, a darles razón, pero "los labradores tomaron a sus siervos y golpearon a uno, mataron a otro, y apedrearón a otro". Finalmente, envió a Su Hijo pensando que le respetarían y lo reconocerían. Pero "lo tomaron y lo echaron fuera de la viña, y lo mataron". Jesús mismo interpreta esta parábola en términos nada inciertos; "Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él" (versículo 43).

He aquí una afirmación nada ambigua. Israel había sido el poseedor del reino de Dios. Esto significa que hasta el momento de la venida de Cristo en carne, la actividad redentora de Dios en la historia había sido canalizada a través de la nación de Israel, y las bendiciones del gobierno divino habían sido otorgadas a este pueblo. Los hijos de Israel eran ciertamente los hijos del reino. Los gentiles podían compartir estas bendiciones tan solo entrando en relación con Israel. Sin embargo, cuando llegó la hora de que Dios manifestara su actividad redentora en una nueva y maravillosa manera y que el reino de Dios visitara a los hombres en la persona del Hijo de Dios trayéndoles, en una medida más plena, las bendiciones del régimen divino, Israel rechazó el reino y al Portador del reino. Por tanto, el reino, en su nueva manifestación, le fue quitado a Israel y dado a un pueblo nuevo.

Este nuevo pueblo es la iglesia. "Sobre esta roca edificaré mi iglesia." En esta declaración la palabra "iglesia" no tenía todavía el significado técnico que adquirió después de Pentecostés. Como ya hemos indicado, la palabra significa pueblo de Dios. Este pueblo nuevo es "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa", según dijo Pedro (1 Pedro 2:9). El reino de Dios no pertenece ahora a la raza de Abraham, sino a "un linaje escogido", pues "son hombres de fe, hijos de Abraham" (Gálatas 3:7). No es la posesión de un sacerdocio israelita, pues Cristo ha hecho que los que constituyan Su iglesia sean "sacerdotes para Dios, Su padre" (Apocalipsis 1:6). Dios no está ahora tratando con una nación en la carne, sino con una nación santa, la iglesia, que está fundamentada sobre la base de la fe salvadora personal en Jesús el Hijo de Dios.

La relación entre la iglesia y el reino de Dios debe ser claramente establecida. El reino de Dios es ante todo, el divino dominio redentor manifestado en Cristo, y, en segundo lugar, la esfera de dominio en la cual pueden ser experimentadas las bendiciones del régimen divino. Estas distinciones han sido cuidadosamente analizadas en un capítulo anterior. Como el divino régimen redentor de Dios, el reino de Dios ha venido entre los hombres para vencer a Satanás y para liberar a los hombres de la dominación del poder satánico (Mateo 12:28). Como se trata de un dominio actual en el cual estas bendiciones se disfrutan, los hombres pueden entrar ahora al reino de Dios. La era de la ley y los profetas terminó con Juan el Bautista: desde el momento en que el reino de Dios fuera predicado y todos los que recibieron el anuncio entraron vigorosamente, en verdad "violentamente", en el reino (Lucas 16:16). Todos los que han recibido estas buenas nuevas de redención han sido libera-

dos. . . de la dominación de las tinieblas (véase 2 Corintios 4:4) y trasladados. . . al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13).

El reino de Dios es al mismo tiempo el reino de Cristo (Efesios 5:5); pues el reino de Dios, el reino redentor de Dios, se manifestó entre los hombres a través de la persona de Cristo, y Cristo es quien ha de reinar hasta que haya puesto a todos Sus enemigos debajo de Sus pies (1 Corintios 15:25). Ciertamente, si alguna distinción ha de hacerse entre el reino de Dios y el de Cristo, debemos decir que el reino de Cristo incluye el período de Su venida en la carne hasta el final de Su reinado milenar "cuando entregará el reino a Dios el Padre" (1 Corintios 15:24).¹

El reino de Dios, como la actividad redentora y el gobierno de Dios en Cristo, creó la iglesia y obra a través de la iglesia en el mundo. Conforme los discípulos del Señor fueron a través de las aldeas de Palestina, proclamaron en su misión, que el reino de Dios había venido cerca de estas aldeas (Lucas 10:9). Ellos produjeron las señales del reino, al sanar a los enfermos, echar fuera demonios, y librar a hombres del poder satánico (versículos 9 y 17). Cualquiera ciudad que los rechazara, con eso rechazaba al reino de Dios y se reservaba para sí misma un juicio terrible, pues en la misión de los discípulos "el reino de Dios se había acercado" (versículo 11). De este modo el reino de Dios estaba obrando entre los hombres no solamente en la persona de nuestro Señor, sino también a través de Sus discípulos conforme traían ellos la palabra y las señales del reino a las ciudades de Galilea.

De la misma manera, el reino de Dios, la actividad redentora y el poder de Dios, está obrando en el mundo de hoy a través de la iglesia de Jesucristo. La iglesia es la comunidad de discípulos de Jesús que

han recibido la vida del reino y se han dedicado a la tarea de predicar el evangelio del reino en el mundo. Felipe fue a Samaria predicando las "buenas nuevas acerca del reino de Dios y el nombre de Jesucristo" (Hechos 8:12). Pablo fue a Roma y predicó primero a los judíos, luego a los gentiles, el reino de Dios (Hechos 28:23, 31).

Conforme los emisarios de nuestro Señor fueron a través del mundo romano con la proclamación del reino y como hoy los discípulos de Jesús van por todo el mundo con las buenas nuevas del reino de Dios, siempre ocurrían dos cosas: unos hombres son liberados en tanto que otros son atados. Unos creen y reciben el mensaje. Estos son liberados del poder de las tinieblas y trasladados al reino del Hijo del amor de Dios (Colosenses 1:13); esto es, éstos entran al reino de Dios porque reciben sus bendiciones. Más aun, a ellos se les asegura la entrada al futuro reino de Dios cuando Cristo venga en gloria.

Otros, sin embargo, rechazan las buenas nuevas del reino. Para ellos, las puertas del reino de Dios, tanto en la actualidad como en el futuro, se cierran. Cristo, en verdad, ha dado a Sus discípulos, a la iglesia, las llaves del reino de los cielos; y lo que Sus discípulos aten en la tierra conforme prediquen el evangelio del reino será atado en el cielo; y lo que desataren en la tierra, por ejemplo, los que sean liberados por ellos de sus pecados, serán liberados en los cielos. En el sentido real de la palabra, la iglesia, los discípulos del Señor, es la que usa las llaves y realiza las funciones de atar y desatar; pero en un sentido más profundo, es la obra del reino de Dios a través de la iglesia la que cumple estos fines eternos. El hecho importante es éste: el reino de Dios no funciona en el vacío, sino que está confiado a hombres y opera a través de hombres redimidos, los que

se han dado por sí mismos al gobierno de Dios, a través de Cristo. Es, empero, una función dinámica y no autorizada la que desempeña la iglesia.

Estos son algunos de los versículos del Nuevo Testamento que identifican el reino con la iglesia, pero estos mismos versos apoyan nuestras conclusiones. En Apocalipsis 5:9, 10 se lee: "Tu fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra." Este canto de los veinticuatro ancianos identifica a todos los redimidos como un reino. ¿No tenemos por tanto la Escritura precedente para identificar la iglesia con el reino de Dios? Sólo en este sentido: los redimidos son un reino "porque reinarán sobre la tierra". No son un reino porque los miembros de la iglesia sean el pueblo sobre quien Cristo ejercerá Su reinado. No son el reino porque la iglesia sea la esfera o el dominio en el cual las bendiciones del reino redentor han de ser experimentadas. La iglesia es un reino porque ella comparte el gobierno de Cristo. El reino de Dios en este versículo no es la esfera del reinado de Dios; es el reinado mismo de Dios, un reinado que es compartido por los que se han rendido a El.

Apocalipsis 1:6 ha de interpretarse a la luz de este versículo. La iglesia es tanto un sacerdocio como un reino. Los redimidos comparten las prerrogativas de su Gran Sumo Sacerdote de entrar en lo más sagrado del lugar santísimo y adorar a Dios. Ellos son sacerdotes. La iglesia también comparte las prerrogativas de su Señor y Rey. A ellos se les ha concedido el derecho de gobernar con Cristo. Son un reino una nación de reyes.

La iglesia, por tanto, no es el reino de Dios: el reino de Dios crea la iglesia y obra en el mundo a través de

la iglesia. Los hombres por consiguiente no pueden edificar el reino de Dios, pero pueden predicarlo y proclamarlo; pueden recibirlo o rechazarlo. El reino de Dios que aparece en la dispensación del Antiguo Testamento fue manifestado a Israel y ahora está trabajando en el mundo a través de la iglesia.

Hay por consiguiente un solo pueblo de Dios. Esto no quiere decir que los santos del Antiguo Testamento pertenezcan a la iglesia y que tengamos que hablar de la iglesia en el Antiguo Testamento. Hechos 7:28 ciertamente habla de la "iglesia en el desierto"; pero la palabra aquí no tiene su connotación del Nuevo Testamento, sino que designa solamente la "congregación" en el desierto. La iglesia propiamente dicha tuvo su nacimiento el día de Pentecostés, pues la iglesia se compone de todos los que por el Espíritu han sido bautizados en un cuerpo (1 Corintios 12:13), y esta obra del bautismo por el Espíritu comenzó el día de Pentecostés.

Mientras tengamos que hablar de Israel y la iglesia, debemos hablar solamente del pueblo de Dios. Esto está presentado con vívida claridad en la ilustración del olivo que da Pablo en Romanos 11. Hay un olivo; éste es el pueblo de Dios. En la era del Antiguo Testamento las ramas del árbol eran Israel. Sin embargo, debido a la incredulidad, algunas de las ramas naturales fueron arrancadas y ya no pertenecen al árbol (versículo 16). Sabemos por el versículo 5, que no todas las ramas fueron arrancadas, pues "hay un remanente escogido por gracia". Algunos judíos aceptaron al Mesías y Su mensaje del evangelio del reino. Debemos recordar que en los comienzos mismos la iglesia consistía de creyentes judíos; pero vinieron a la iglesia no porque eran judíos sino porque eran creyentes.

Cuando estas ramas naturales fueron rotas, otras

ramas fueron tomadas de un olivo silvestre y, contrariando la naturaleza, fueron injertadas en el árbol de olivo (versículos 17, 24). Esto se refiere a los gentiles que recibieron el evangelio del reino, la "otra nación" (Mateo 21:43) de la cual habló nuestro Señor. Las ramas naturales que fueron rotas fueron arrancadas del árbol debido a su incredulidad; y las ramas silvestres fueron injertadas debido a su fe (versículo 20). Todo este procedimiento es "contrario a la naturaleza"; por ejemplo, esto no es lo que esperaría un lector del Antiguo Testamento.

Desde el punto de vista del Antiguo Testamento, uno jamás sabría que el pueblo de Dios iba a constar mayormente de gentiles y que la mayoría de la nación judía eran las ramas arrancadas. Este carácter mixto de la iglesia es en verdad otro misterio, una revelación adicional del propósito redentor de Dios que no había sido revelado a los profetas del Antiguo Testamento (Efesios 3:3).

En la era del Antiguo Testamento, el árbol de olivo, el pueblo de Dios, estaba formado de los hijos de Israel. Los gentiles entraban a disfrutar las bendiciones del pueblo de Dios solamente conforme compartían las condiciones del pacto con Israel. En la dispensación del Nuevo Testamento, las ramas naturales, Israel, habían sido mayormente arrancadas del árbol debido a su incredulidad y algunas ramas silvestres de los gentiles han sido injertadas por medio de la fe. Pero este es un solo árbol, un pueblo de Dios, que estaba formado primero de israelitas y luego de creyentes gentiles y judíos. Es imposible pensar en dos pueblos de Dios a través de los cuales Dios está llevando a cabo dos propósitos redentores sin hacer violencia al capítulo 11 de Romanos.

Este actual estado del árbol de olivo, sin embargo, no es la última palabra de Dios. Pablo escribe: "Y aun

ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar. . . Porque no quiero hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito" (Romanos 11:23, 25). La forma final del olivo no será la de que las ramas mayores serán las silvestres, por ejemplo, los gentiles. Israel, las ramas naturales que fueron arrancadas debido a la incredulidad, han de creer y ser injertadas de nuevo en el olivo. He aquí otro *misterio*, otro propósito redentor de Dios que no fuera revelado a los profetas, pero que ahora ha sido revelado a través de los apóstoles. El endurecimiento de Israel y su expulsión del pueblo de Dios sólo es parcial y temporal; perdurará hasta cuando el número completo de los gentiles haya entrado. Dios tiene el propósito de traer salvación a los pueblos gentiles y ha usado la incredulidad de Israel para hacer que se cumplan los propósitos redentores. Pero cuando Su propósito con las ramas silvestres haya sido completado, El repondrá de nuevo las ramas naturales; el velo le será quitado de sus ojos (2 Corintios 3:16) y ellos creerán y serán injertados de nuevo en el pueblo de Dios. Así "todo Israel será salvo".

Es totalmente imposible, a la luz del contexto y del discurrir del pensamiento de Pablo en este pasaje, entender que cuando dice "todo Israel" se refiere a la iglesia. Hay, por cierto, un sentido muy real en el cual la iglesia es Israel, los hijos de Abraham, los de la verdadera circuncisión (Gálatas 3:7; Romanos 2:28; 4:1, 12, 16). Sin embargo, esto no quiere decir que Dios haya desechado por siempre el linaje carnal de Israel. Pablo niega esto enfáticamente. Hay ante todo

un remanente espiritual, las ramas naturales que no fueron rotas debido a que recibieron a Cristo (Romanos 11:1-6). Pero, en segundo lugar, ha de haber un retorno de parte de Israel en la carne al Señor, de tales proporciones, que Pablo puede decir que *todo* Israel, es decir, que Israel como un todo será salvo.

Esta salvación futura de Israel se refleja en unas cuantas aseveraciones de nuestro Señor. Cuando estuvo llorando por Jerusalén, no mucho antes de su muerte, El se lamentó: "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Mateo 23:37-39). Jerusalén, símbolo de Israel, había rechazado a los profetas que Dios había enviado, hasta que finalmente Dios envió a Su hijo. Jesús había anhelado reunir a Israel bajo las bendiciones del reino de Dios, pero Israel no lo escuchó; el Hijo fue rechazado. Por tanto el juicio gravita sobre Israel y la ciudad santa ha de ser destruida. El juicio del reino de Dios se ha manifestado a menudo durante la historia. Sin embargo, esta desolación de Jerusalén que fue históricamente cumplida en el año 70 d.C., cuando el templo fue destruido y la ciudad saqueada por los romanos, no ha de ser la palabra final. Será la última visitación de Dios a Israel hasta que venga el día en que Israel reconozca a Cristo como su Mesías y diga: "Bendito el que viene en el nombre del Señor." Israel todavía tiene que ser salvado.

De nuevo, en el relato que hace Lucas del discurso del monte de los Olivos que predice la destrucción histórica de Jerusalén y el final del siglo, leemos que

Jesús dijo sobre la ciudad santa: "Jerusalén será hollado por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan" (Lucas 21:24). El juicio divino pesa sobre Jerusalén y sobre la nación judía hasta los "tiempos de los gentiles", es decir, hasta que la divina visitación de los gentiles se cumpla. Cuando el propósito de Dios para con los gentiles se haya cumplido, así lo implica este verso, Jerusalén no será más hollada. Habrá una restauración de Israel: "Todo Israel será salvo."

Resulta imposible en este estudio abordar la cuestión de cómo se cumplirá esta restauración y reinjertación de Israel en el pueblo de Dios. El Nuevo Testamento tiene poco que decir acerca de la manera en que Dios llevará a efecto este propósito. Un hecho, sin embargo, es muy importante: en cuanto concierne al Nuevo Testamento, la salvación de Israel es una parte esencial del singular propósito redentor de Dios. La obra del Espíritu de Dios en la formación de la iglesia y la futura visitación divina de Israel, mediante la cual las ramas naturales son reinjertadas en el olivo; no deben verse como dos propósitos separados y desvinculados sino como dos etapas del único propósito redentor de Dios, a través de Su reino. Hay un solo olivo, y hay un solo reino de Dios. Las etapas finales del reino de Dios en Cristo, mediante las cuales pondrá El a todos Sus enemigos debajo de Sus pies (1 Corintios 15:25), incluirán la salvación del Israel en la carne, El pueblo de Dios, a través del cual el reino de Dios está obrando en esta era, es la iglesia la cual consiste mayormente de gentiles; pero el pueblo de Dios, en el cual el reino vendrá a ser consumado incluirá a Israel (Romanos 11:12). Pues hay sólo un reino y un pueblo.

También ocurre a menudo que en nuestro estudio de las relaciones entre el reino de Dios, la iglesia e Israel

perdemos de vista un hecho que para nosotros es de primordial importancia: El reino de Dios, que finalmente traerá la salvación a Israel y hará que Israel entre en el reino, nos ha traído la salvación a nosotros los que constituimos la iglesia, nos ha llevado a formar parte del reino de Dios. El reino de Dios está trabajando en el mundo a través de los discípulos de Jesucristo, los que se han sometido a la demanda del reino y constituyen el nuevo pueblo de Dios, la iglesia. El reino de Dios ha invadido los dominios de Satanás en la persona y la misión de Cristo, para liberar a los hombres de la esclavitud de las tinieblas; y el conflicto entre el reino de Dios y los poderes de las tinieblas continúa, conforme la iglesia lleva las buenas nuevas del reino de Dios a las naciones de la tierra.

Mientras el reino de Dios no sea realizado, como un estado de bendiciones perfectas, hasta la venida de Cristo, el reino de Dios está obrando en el mundo y está comprometido en una lucha mortal contra el malo. La iglesia es el instrumento de esta lucha. Por consiguiente el conflicto siempre ha de ser un elemento esencial en la vida de la iglesia mientras dure este siglo. La historia humana realizará algo de la vida y de las bendiciones del reino de Dios por haberse formado una nueva comunidad en la sociedad humana. La iglesia es la comunidad del reino de Dios y está llamada a presionar la lucha contra la perversidad satánica en el mundo. Los hijos del reino no pueden ayudar, sino ejercer una influencia en la historia humana; pues ellos son la luz del mundo y la sal de la tierra (Mateo 5:13-16). Mientras la luz sea luz, deberá brillar; y mientras la sal sea sal, deberá preservarlo todo. De este modo la misión de la iglesia no es solamente el empleo de las llaves del reino, tanto para abrir como para cerrar a judíos y gentiles, es la puerta

que da entrada a la vida eterna, la cual es el don del reino de Dios; también es el instrumento del régimen dinámico de Dios en el mundo para oponerse al mal y a los poderes de Satanás en todas las formas de sus manifestaciones. Cuando el pueblo de Dios pierde de vista este hecho, traiciona el carácter mismo de la iglesia. Somos el foco de un conflicto entre el reino de Dios y la maldad satánica. Este es esencialmente un conflicto en la esfera espiritual. Pero estas fuerzas espirituales de la perversidad satánica y del reino de Dios se manifiestan por sí mismas en las áreas de la conducta y de las relaciones humanas. Por tanto debemos acelerar la batalla contra los poderes de las tinieblas dondequiera que los encontremos hasta que amanezca el día y la luz del conocimiento de Dios haya de llenar toda la tierra.

¹ El profesor Oscar Cullman sugiere que esa distinción debe hacerse. Ver la p. 28

¿Cuando vendrá el reino?

Para este estudio final consideraremos un versículo de las enseñanzas de nuestro Señor. En esta serie de estudios la verdad comprendida en este versículo es desde cierto punto de vista la más importante para la iglesia de hoy. Es un texto cuyo significado puede captarse sóamente sobre el contexto de un estudio más amplio del reino de Dios.

Hemos descubierto que el reino de Dios es el reinado de Dios que derrota a Sus enemigos, trayendo a los hombres al goce de las bendiciones del reino divino. Hemos encontrado que el régimen de Dios ha de cumplirse en tres grandes actos, de modo que podemos decir que el reino viene en tres etapas. La tercera y final victoria ocurre al finalizar el milenio cuando la muerte, Satanás y el pecado son por fin destruidos y el reino se consuma en su perfección cabal. La segunda victoria ocurre al comienzo del milenio cuando Satanás es encadenado al fondo del abismo. Aparentemente, sin embargo, el pecado y la muerte continúan prevaleciendo a través de todo este período, pues la muerte no es echada al lago de fuego sino hasta finalizar el milenio.

Una manifestación inicial del reino de Dios se encuentra en la misión de nuestro Señor sobre la tierra. Antes del siglo venidero, antes del reinado

milenario de Cristo, el reino de Dios ha entrado al presente siglo malo, aquí y ahora en la persona y la obra de Cristo. Por eso podemos experimentar su poder; podemos conocer su vida; podemos entrar en una participación de sus bendiciones. Si hemos entrado al goce de las bendiciones del reino de Dios, nuestra pregunta final es: ¿Qué hemos de hacer como resultado de estas bendiciones? ¿Hemos de disfrutar pasivamente de la vida del reino mientras esperamos la consumación de la venida del Señor? Sí, debemos esperar, pero no pasivamente. El texto para este estudio es el versículo que tal vez sea el de mayor importancia para el pueblo de Dios hoy día: Mateo 24:24.

Este versículo sugiere el tema de este capítulo: “¿Cuándo vendrá el reino?” Esto, desde luego, se refiere a la manifestación del reino de Dios en poder y gloria, en la segunda venida del Señor Jesús. En el pueblo de Dios hay gran interés acerca de la hora cuando Cristo ha de venir. ¿Será pronto o tardará mucho? Muchas conferencias sobre profecías bíblicas ofrecen mensajes en los cuales se escudriñan las Escrituras y se examinan los periódicos tratando de hacer comprensibles las profecías y las señales de los tiempos para tratar de determinar cuán cercano del fin podamos estar. Nuestro texto es la declaración de la palabra de Dios más clara acerca del momento cuando ha de venir nuestro Señor. No hay otro versículo que hable en forma tan clara y concisa del tiempo de la venida del reino.

El capítulo comienza con las preguntas de los discípulos al Señor conforme miraban el templo cuya destrucción Jesús había anunciado. “¿Dinos, cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu vida y del fin del siglo?” (Mateo 24:3). Los discípulos esperaban que este siglo terminaría con la venida de Cristo en

gloria. El reino vendrá con la iniciación del siglo venidero.

He aquí la pregunta de ellos. “¿Cuándo finalizará esta era? ¿Cuándo volverás, Señor y traerás el reino?”

Jesús contestó a su pregunta con ciertos detalles. Describió ante todo el curso de este siglo el tiempo del fin. Este siglo malo ha de perdurar hasta que El venga. Siempre será hostil al evangelio y al pueblo de Dios. Prevalecerá el mal. Sutiles y engañosas influencias tratarán de lograr que los hombres se aparten de Cristo. Falsos religiosos, mesías engañosos llevarán a muchos por caminos errados. Continuarán las guerras; habrá hambres y terremotos. Persecuciones y martirios importunarán a la iglesia. Los creyentes sufrirán a causa de odios, mientras dure esta era. Los hombres tropezarán y se entregarán unos a otros. Falsos profetas se levantarán, abundará la iniquidad, el amor de muchos se enfriará.

Este es un cuadro tenebroso, pero esto ha de ser lo esperado de una época sometida al gobierno de los líderes mundiales de estas tinieblas (Efesios 6:12). De todos modos, el cuadro no es de tinieblas y perversidad irremediables. Dios no nos ha abandonado en esta edad de tinieblas y de perversidad. Los escritos apocalípticos judíos de la época del Nuevo Testamento concebían un período que estará completamente bajo control del mal.

Dios se había retirado de la participación activa en los asuntos del hombre; la salvación pertenecía solamente al futuro cuando el reino de Dios viniera en gloria. El presente sólo es testigo de tristezas y sufrimientos.

Algunos cristianos han manifestado una actitud pesimista similar.

“Satanás es el dios de este siglo”; por tanto el pueblo de Dios no puede esperar nada más que

frustraciones y perversidades en este siglo malo. La iglesia ha de convertirse en una apóstata cabal; la civilización ha de ser totalmente corrupta. Los cristianos deberán librar una batalla perdida hasta que Cristo venga.

La palabra de Dios enseña en verdad que habrá una intensificación del mal al final del siglo, pues Satanás sigue siendo el dios de este siglo. Pero debemos poner fuerte énfasis en que Dios no nos ha abandonado en este siglo en manos del Maligno. En realidad, el reino de Dios ha invadido este siglo malo; Satanás ha sido vencido. El reino de Dios, en Cristo, ha creado la iglesia, y el reino de Dios obra en el mundo a través de la iglesia para cumplir el divino propósito de extender Su reino en el mundo. Estamos en medio de una gran contienda, el conflicto de los siglos. El reino de Dios obra en este mundo a través del poder del evangelio. "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin."

En este texto encontramos tres cosas. Hay un mensaje, hay una misión, hay un motivo. El "mensaje" es el evangelio del reino, estas buenas nuevas acerca del reino de Dios.

Algunos maestros de Biblia dicen que el evangelio del reino no es el evangelio de la salvación. Que es más bien un evangelio de anuncio de la segunda venida de Cristo que será predicado durante el anunciado período de tribulación por el remanente de los judíos, después que se haya ido la iglesia. No podemos tratar extensamente ese problema, pero podemos averiguar si el evangelio del reino es el evangelio que fue proclamado por los apóstoles de la iglesia primitiva.

Sin embargo, primero debemos advertir una estrecha relación entre este versículo y la gran comisión.

En la ascensión, el Señor encomendó a sus seguidores la misión de hacer "discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo. enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:19, 20). Cuando uno compara estos versículos, ellos hablan por sí mismos. "¿Cuál será la señal de tu venida, y del fin del siglo?" "Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin." "Por tanto id y haced discípulos a todas las naciones. . . y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo." Ambos versículos hablan de la misma misión: la evangelización del mundo entero hasta el final de la era. Este hecho vincula aun más los versículos de Mateo 28:19 y Mateo 24:14.

El libro de Hechos dice que los apóstoles promulgaron el cumplimiento de esta misión. En Hechos 8:12, Filipe bajó a Samaria y predicó el evangelio. La versión RV 1960 describe exactamente su misión con estas palabras: "El anunciaba el evangelio del reino de Dios." Si traducimos literalmente estas palabras tendríamos: "Evangelizaba acerca del reino de Dios." El Nuevo Testamento griego tiene la misma raíz para el sustantivo "evangelio", y para el verbo "evangelizar" o "predicar el evangelio". La misma expresión en Mateo 24:14 habla del "evangelio del reino" y en Hechos 8:12 habla de que "evangelizaba acerca del reino". Este evangelio del reino debe ser predicado en todo el mundo. Felipe fue a Samaria, "evangelizando" acerca del reino de Dios, es decir, predicando el evangelio del reino. Tenemos en Hechos 8:12 la misma frase de Mateo 24:14.

Cuando Pablo vino a Roma reunió a los judíos,

pues siempre predicaba el evangelio “primero a los judíos”. ¿Cuál fue el mensaje? “Y habiéndole señalado un día vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios, desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús” (Hechos 28:23). El testimonio acerca del reino de Dios, el evangelio del reino, fue el mensaje proclamado por Pablo a los judíos en Roma.

De todos modos, Pablo encontró la misma reacción que nuestro Señor cuando apareció en Israel anunciando el reino de Dios (Mateo 4:17). Unos creyeron, pero la mayoría de los judíos rechazaron este mensaje. Pablo entonces anunció el propósito divino para los gentiles frente a la incredulidad de Israel. “Sabed pues, que a los gentiles es enviada esta salvación de Dios; y ellos oiran” (Hechos 28:28). Pablo predicó a los judíos el reino de Dios: ellos lo rechazaron. Por tanto, “esta salvación de Dios”, fue entonces ofrecida a los gentiles. El hecho de que el evangelio del reino de Dios es el mismo mensaje de salvación está demostrado adicionalmente por los siguientes versículos. “Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo” (versículos 30, 31). El reino fue predicado a los judíos, y cuando ellos lo rechazaron, este mismo reino fue proclamado para los gentiles. Las buenas nuevas acerca del reino de Dios fue el mensaje de Pablo, tanto para los judíos como para los gentiles.

Volvamos nuevamente a las Escrituras que describen más clara y sencillamente qué es este evangelio del reino. Hemos expuesto esta verdad en detalle en el capítulo tres, de modo que sólo necesitamos repasar los hechos. En 1 Corintios 15:24, 25, Pablo describe las etapas de la obra redentora de nuestro

Señor. Describe el victorioso evento del reino mesiánico de Cristo con estas palabras: “Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que El reine (debe reinar como rey, debe reinar en su reino) hasta que haya puesto a todos Sus enemigos debajo de Sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte.”

He aquí la descripción bíblica del significado del reino de Cristo mediante el cual Su reino logrará sus fines. Este es el reino de Dios en la persona de Su hijo, Jesucristo, con el propósito de colocar a Sus enemigos debajo de Sus pies. “El último enemigo que será destruido es la muerte.” La abolición de la muerte es la misión del reino de Dios. El reino de Dios también debe destruir a todo enemigo, incluyendo al pecado y a Satanás; pues la muerte es la paga del pecado (Romanos 6:23) y es Satanás quien tiene poder sobre la muerte (Hebreos 2:14). Sólo cuando la muerte, el pecado y Satanás sean destruidos los redimidos conocerán las bendiciones perfectas del reino de Dios.

El evangelio del reino es el anuncio de la victoria de Cristo sobre la muerte. Hemos descubierto que aunque la consumación de esa victoria es futura, cuando la muerte sea finalmente echada al lago de fuego (Apocalipsis 20:14), Cristo ha vencido ya la muerte. Al hablar de la gracia de Dios, Pablo dice “que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10). La palabra “quitar” usada aquí en la traducción no quiere decir suprimir, sino vencer, anular el poder, poner fuera de acción. La misma palabra griega aquí traducida de esta manera está usada en 1 Corintios 15:26: “El postrer enemigo que

será destruido es la muerte." Esta palabra aparece también en 1 Corintios 15:24; "Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios Padre, cuando haya *suprimido* todo dominio, toda autoridad y potencia."

Hay, por consiguiente, dos etapas en esa destrucción: la abolición y la derrota de la muerte. Su final destrucción se espera para la segunda venida de Cristo: pero mediante su muerte y resurrección, Cristo ya ha destruido la muerte. El ha roto su poder. Todavía la muerte es un enemigo, pero es un enemigo vencido. Estamos seguros de la futura victoria debido a la victoria que ya ha sido lograda. Tenemos que proclamar una victoria cumplida.

Estas son las buenas nuevas del reino de Dios. ¡Cómo necesitan los hombres de este evangelio! A todas partes que uno vaya encuentra la fosa que traga muertos. Las lágrimas por la pérdida, por la separación, por la partida, manchan todo rostro. En cada mesa tarde o temprano, queda una silla vacía y en cada hogar un puesto vacante. La muerte es la gran niveladora. Opulencia o pobreza, fama o anonimato, poder o inutilidad, éxito o fracaso, raza, credo o cultura, todas las distinciones humanas, nada significan ante la irresistible pasada de la guadaña de la muerte que a todos derriba. Y en caso de que el mausoleo que nos aguarda sea fabuloso como el Taj Mahal, una pirámide monumental, una tumba olvidada y sin desyerbar, o las indefinidas profundidades del mar, un hecho predomina: LA MUERTE IMPERA.

Aparte del evangelio del reino, la muerte es la poderosa conquistadora, ante la cual todos somos inútiles. Tan sólo podemos agitar los puños en completa impotencia contra la tumba inexorable y silenciosa. Pero las buenas nuevas son estas; la muerte ha sido vencida; nuestro conquistador ha sido vencido. Ante la manifestación del poder del reino de

Dios en Cristo, la muerte no tuvo remedio. No pudo retenerlo a El. La muerte ha sido vencida; la vida y la inmortalidad han sido traídas a la luz. Una tumba vacía en Jerusalén es la prueba de ello. Este es el evangelio del reino.

El enemigo del reino de Dios es Satanás; Cristo debe reinar hasta que haya puestó a Satanás por debajo de Sus pies. Esta victoria también espera la venida de Cristo. Durante el milenio, Satanás ha de ser atado al fondo de un abismo. Sólo al final del milenio ha de ser echado en el fuego.

Pero hemos descubierto que Cristo ya ha vencido a Satanás. La victoria del reino de Dios no es solamente futura; una gran victoria inicial ya ha tenido efecto. Cristo participó de carne y sangre: se encarnó "para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre" (Hebreos 2:14, 15). La palabra que aquí se traduce "destruir" es la misma que encontramos en 2 Timoteo 1:10; 1 Corintios 15:24 y 26. Cristo ha anulado el poder de la muerte; también ha invalidado el poder de Satanás. Todavía Satanás ronda de un lado a otro como león rugiente lanzando persecuciones contra el pueblo de Dios (1 Pedro 5:8); y se insinúa como un ángel de luz en los círculos religiosos (2 Corintios 11:14). Pero él es un enemigo vencido. Su poder, su dominación ha sido rota. Su ruina es segura. Una victoria, "la" decisiva, ha sido ganada. Cristo echó fuera demonios, liberó hombres del cautiverio satánico, demostrando que el reino de Dios libera a los hombres de la esclavitud de Satanás. Los saca de las tinieblas a la luz salvadora del evangelio. Estas son las buenas nuevas acerca del reino de Dios. Satanás está vencido, y podemos librarnos del temor demoníaco y del mal satánico y

conocer la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

El pecado es un enemigo del reino de Dios. ¿No ha hecho Cristo nada respecto al pecado, o meramente ha prometido una futura liberación cuando El traiga el reino en gloria? Debemos admitir que el pecado, como la muerte, es del dominio público en el mundo. Todo periódico ofrece un elocuente testimonio de la obra del pecado. Sin embargo, el pecado, como la muerte y Satanás, ha sido vencido. Cristo ya ha aparecido para quitar el pecado mediante el sacrificio de sí mismo (Hebreos 9:26). El poder del pecado ha sido roto. "Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Romanos 6:6). Aquí por tercera vez está la palabra "destruir" o "abolir". Cristo como Rey tiene como objetivo "destruir" todo enemigo (1 Corintios 15:24, 26). Sin duda esta obra es futura, pero es también del pasado. Lo que nuestro Señor completará en su segunda venida, lo ha comenzado ya mediante Su muerte y resurrección. La "muerte" ha sido abolida, destruida (2 Timoteo 1:10); Satanás ha sido destruido (Hebreos 2:14); y en Romanos 6:6 el "cuerpo del pecado" ha sido abolido, destruido. La misma palabra de victoria, de la destrucción de los enemigos de Cristo, es usada tres veces en esta triple victoria: sobre Satanás, sobre la muerte y sobre el pecado.

Por tanto, ya no estamos sujetos a la esclavitud del pecado (Romanos 6:6). El día de la esclavitud al pecado ha pasado. El pecado está en el mundo, pero su poder no es el mismo. Los hombres ya no están indefensos ante él, pues su dominación ha sido rota. El poder del reino de Dios ha invadido este siglo, un poder que puede hacer que los hombres sean libres de su servidumbre al pecado.

El evangelio del reino de Dios es el anuncio que

Dios ha hecho y que hará. Es la victoria sobre sus enemigos. Son las buenas nuevas de que Cristo vuelva otra vez para destruir para siempre a sus enemigos. Es el evangelio de la esperanza. También son las buenas nuevas de lo que Dios ya ha hecho. El ya ha roto el poder de la muerte, ha vencido a Satanás y ha vencido el gobierno del pecado. El evangelio es una promesa, pero también una experiencia y una promesa fundada en una experiencia. Lo que Cristo ha hecho garantiza lo que hará. Este es el evangelio que debemos llevar al mundo.

En segundo lugar, encontramos en Mateo 24:14 una "misión" así como un mensaje. Este evangelio del reino, estas buenas nuevas de la victoria de Cristo sobre los enemigos de Dios, debe ser predicado en todo el mundo para testimonio a todas las naciones. Esta es nuestra misión. Por eso este versículo es el más importante de toda la Palabra de Dios para determinar el significado y el propósito de la historia humana. El significado de la historia es un problema que hoy confunde las mentes de muchos pensadores. No necesitamos recordar que nuestra generación encara una posible destrucción de tan grandes proporciones que pocos de nosotros tratamos de enfrentar mentalmente tan terrible realidad. Ante el hecho de tal amenaza catastrófica, los hombres se preguntan como jamás lo habían hecho antes, ¿cuál es el significado de la historia? ¿Por qué está el hombre sobre la tierra? ¿Adónde va el hombre? ¿Hay alguna hilación de significado, de propósito, de destino, que llevará al hombre a alguna meta? O, para repetir una metáfora, somos simplemente un grupo de títeres que salta sobre el escenario de la historia, cuyo destino es pegar fuego al mismo escenario, destruir con eso a los títeres humanos, no dejando tras sí nada más que un puñado de cenizas y olor a humo. ¿Ha de

ser este el destino de la historia humana?

En una generación anterior, la filosofía del progreso fue ampliamente aceptada. Algunos pensadores trazaron un diagrama para explicar el significado de la historia mediante una sola línea recta que describía una ascensión gradual, pero firme, que partiendo de los primitivos comienzos de los salvajes subía hasta un alto nivel de cultura y de civilización. La filosofía del progreso enseñaba que la humanidad, debido a su carácter intrínseco, estaba destinada a mejorar hasta un día alcanzar a ser una sociedad perfecta, libre de toda perversidad, guerra, pobreza y conflicto. Este panorama ha sido destrozado sobre el yunque de la historia. Los acontecimientos actuales han hecho intolerable e irreal este concepto de progreso inevitable.

En otro gráfico se interpreta la historia con una serie de ciclos que forman una gran espiral. Esta describe un movimiento con alzas y bajas. Tiene puntos elevados y puntos bajos. Pero cada punto que señala una ascensión es más alto que el anterior y cada punto que denota un ascenso no es tan bajo como el precedente. Aun cuando la espiral tiene alzas y bajas su movimiento general es ascendente. Esta es una modificación de la doctrina del progreso.

Otras interpretaciones han sido totalmente pesimistas. Alguien ha sugerido que el gráfico más preciso acerca del significado de la historia es el que un insecto borracho, con las patas humedecidas de tinta, trazaría al desplazarse sobre una hoja de papel blanco. Estas huellas no estarían orientadas en ninguna dirección determinada y no señalarían un patrón que sirva para darle significado alguno. Rudolf Bultmann, considerado en la actualidad como uno de los más distinguidos estudiosos del Nuevo Testamento, ha dicho lo siguiente: "Hoy no podemos pretender que conocemos el fin y la meta de la historia. Por

consiguiente, la cuestión del significado de la historia se ha convertido en tema sin sentido" ("History and Eschatology", Historia y escatología, p. 120).

Muchas de las mentalidades más privilegiadas de nuestra generación están luchando por resolver este problema. El determinismo económico del sistema marxista se sustenta sobre una filosofía de la historia que está fundada en el materialismo; pero esto "es" una filosofía de la historia y promete a sus partidarios un destino. Splenger creía que el progreso era imposible y que la historia estaba condenada al desmejoramiento y la degeneración inevitables. Toynbee ha producido un voluminoso estudio que pretende encontrar patrones y ciclos de significado en la historia de las civilizaciones.

Por otro lado, notables estudiosos como Niebur, Rust y Piper han escrito enjundiosos trabajos que buscan una pista para el significado de la historia en la verdad de la revelación bíblica.

Este, sin duda, es un problema profundo, y no deseamos echar a un lado las complejidades del asunto de un plumazo. De todas maneras, es la convicción del autor de que el cabal significado de la historia debe encontrarse en la acción de Dios en la historia tal como ha sido consignado e interpretado en las Escrituras inspiradas. Así, debe hablar la fe cristiana. Si no existe Dios, el hombre está perdido en un complejo laberinto de apabullantes experiencias que carecen de hilación significativa que lo guíe. Si Dios no ha actuado en la historia, el flujo y reflujo de la marea de los siglos va y viene sin orientación sobre las arenas de la eternidad. Pero el hecho básico de la Palabra de Dios es que Dios ha hablado, Dios ha estado trabajando redentoramente en la historia; y la acción divina aún ha de traer la historia a una meta divinamente destinada.

Si no hubiera un Dios que maneja el timón de la historia, me sentiría pesimista. Pero creo en Dios. Creo que Dios tiene un propósito. Creo que Dios ha revelado en Cristo y en Su Palabra, el propósito Suyo en la historia. ¿Cuál es el propósito? ¿Dónde han de buscarse sus lineamientos?

Uno viaja por el Cercano Oriente y contempla con admiración las ruinas que son testigos silenciosos de civilizaciones que una vez fueron poderosas. Todavía quedan macizas columnas que se elevan apuntando hacia el cielo, mientras por todas partes enormes montones de peñascos sobre llanuras áridas denuncian acumulados escombros de civilizaciones que dejaron de ser. La esfinge y las pirámides de Gizeh, los pilares de Persépolis, y las torres de Tebas, aún constituyen elocuentes testimonios de la gloria que brilló en Egipto y en Persia. Todavía puede uno ascender la Acrópolis de Atenas o pasearse por el foro de Roma y percibir algo del esplendor y la gloria de las civilizaciones de los siglos primeros que en ciertos aspectos, jamás han sido superadas, pero de las cuales hoy tan sólo quedan ruinas, columnas derrumbadas, estatuas postradas, civilizaciones muertas.

¿Cuál es el significado de todo esto? ¿Por qué se levantan y caen las naciones? ¿Hay algún propósito en ello? ¿O la tierra algún día se convertirá en un astro muerto, sin vida, como la luna?

La Biblia tiene una respuesta para esto. El tema central de toda la Biblia es la obra redentora de Dios en la historia. Hace mucho tiempo. Dios escogió un pequeño pueblo, frecuentemente despreciado, el pueblo de Israel. Dios no estaba interesado en ese pueblo exclusivamente; el propósito de Dios incluía en ese interés a la humanidad entera. En Su soberano designio seleccionó a este pueblo insignificante para desarrollar por medio de él su propósito redentor que

eventualmente incluiría a toda la raza humana. El significado cabal de Egipto, de los asirios, de los caldeos y de las otras naciones del antiguo Cercano Oriente se encuentra en la relación que tienen con la minúscula nación de Israel. Dios estableció sus reglas y derribó a estos pueblos para producir a Israel. Eligió este pueblo y lo preservó. Tenía un plan, y estaba desarrollando su plan en la historia. Llamamos a esto la Historia Redentora. Sólo la Biblia, de entre todas las literaturas antiguas, contiene una filosofía de la historia, y es una filosofía de redención.

Entonces llegó el día cuando "en la plenitud de los tiempos" apareció en la tierra el Señor Jesucristo, un judío, hijo de Abraham según la carne. El propósito de Dios hacia Israel fue llevado a su cumplimiento. Esto no quiere decir que Dios haya terminado con Israel. Pero sí que cuando Cristo apareció, el propósito redentor de Dios por medio de Israel había alcanzado su objetivo inicial. Hasta ese momento, la clave del significado divino del propósito de la historia estuvo identificado con Israel como nación. Cuando hubo acabado su obra redentora de muerte y resurrección, el propósito divino de la historia se trasladó de Israel, que había rechazado el evangelio, a la iglesia, la comunidad de judíos y gentiles que han aceptado el evangelio. Esto está demostrado en lo que dice nuestro Señor en Mateo 21:43 dirigiéndose a la nación de Israel. "El reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él." La iglesia es un "linaje escogido, real sacerdocio nación santa" (1 Pedro 2:9); y es en esta misión actual de la iglesia, conforme lleva la buenas nuevas del reino de Dios a todo el mundo, que el propósito redentor de Dios en la historia está siendo logrado.

El cabal significado de la historia desde el momento de la ascensión de nuestro Señor hasta Su venida en

gloria se encuentra en la extensión y la obra del evangelio en el mundo. "Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin." El propósito divino en los diecinueve siglos desde que nuestro Señor vivió en la tierra se encuentra en la historia del evangelio del reino. La hilación que da significado a estos siglos está tejida con los programas misioneros de la iglesia. Algún día, cuando entremos a los archivos de los cielos, a buscar un libro que exponga el significado de la historia humana como Dios la ve, no sacaremos un libro que describa *La historia de occidente, o El progreso de la civilización o gloria del imperio británico o El crecimiento y la expansión de los Estados Unidos de América*. Ese libro tendrá por título "La preparación para el evangelio y su extensión entre las naciones." Porque es sólo aquí que se desarrolla el propósito redentor de Dios.

Este es un hecho que confunde. Dios ha encargado a gente como nosotros, pecadores redimidos, la responsabilidad de llevar a cabo el divino propósito de la historia. ¿Por qué lo ha hecho Dios de esta manera? ¿No está El corriendo el gran riesgo de que Su propósito deje de cumplirse? Van ya más de diecinueve siglos y la meta todavía no ha sido alcanzada. ¿Por qué no lo hizo Dios por sí mismo? ¿Por qué no manda huestes de ángeles en quienes podría confiar que completarían la tarea de una vez? ¿Por qué nos ha encomendado a nosotros? No tratamos de contestar estas preguntas, a excepción de decir que tal es la voluntad de Dios. He aquí los hechos: Dios nos ha encargado esta misión; y a menos que nosotros la hagamos, no será hecha.

Este es también un hecho conmovedor. La iglesia cristiana de hoy a menudo padece de un complejo de inferioridad. Hace unas cuantas generaciones el pas-

tor de una iglesia era el líder más educado y respetado de la comunidad. Hubo una época cuando, debido a esta situación cultural, la iglesia ejerció la influencia predominante en la estructura de la vida de la comunidad occidental. Esa época hace tiempo que pasó. Con frecuencia hemos sentido que el mundo ha lanzado la iglesia a un rincón y nos ha pasado por alto. La iglesia no cuenta en el mundo. Las Naciones Unidas no se dirige a la iglesia para pedirle consejo en la solución de sus problemas. Nuestros dirigentes políticos frecuentemente huyen de líderes de la iglesia para su dirección. La ciencia, la industria, el trabajo, la educación; éstos son los círculos donde se buscan corrientemente la sabiduría y el liderazgo. La iglesia es echada a un lado. A veces tenemos la impresión de que realmente no cuenta para nada. Estamos al margen de la esfera de influencia, hemos sido empujados por encima de la periferia en lugar de ocupar con honestidad el centro; y nos lamentamos de nosotros mismos y deseamos que el mundo nos preste atención. Así caemos en una actitud defensiva e intentamos justificar nuestra existencia. ¡Ciertamente, nuestra principal preocupación parece ser a menudo la de nuestra propia preservación, y asumimos una interpretación derrotista de nuestra importancia y del papel nuestro en el mundo!

Permitamos que este verso que comentamos arda en nuestros corazones. Dios ha hablado de este grupo, no de otro grupo de personas. Estas buenas nuevas del reino de Dios deben ser predicadas, digamos si así le gusta, por la iglesia en todo el mundo para testimonio a todas las naciones. Este es el programa "de Dios". Esto quiere decir que en el significado final de la civilización moderna y del destino de la historia humana, tú y yo somos más importantes que las Naciones Unidas. Lo que la

iglesia hace con el evangelio tiene mayor importancia, finalmente, que las decisiones del Kremlin. Desde las perspectivas de la eternidad, la misión de la iglesia es más importante que poner ejércitos en marcha o que las medidas tomadas por las capitales del mundo, porque es mediante el cumplimiento de esta misión que ha de cumplirse el propósito divino de la historia. Nada menos que esta es nuestra misión.

Abandonemos este complejo de inferioridad. Echemos de lado para siempre esta actitud de compadecernos nosotros mismos y lamentarnos acerca de nuestra insignificancia. Reconozcamos que somos como Dios nos ve y giremos en torno al programa que nos ha sido divinamente encomendado. Estas buenas nuevas acerca del reino deben predicarse en todo el mundo para testimonio a todas las naciones y luego vendrá el fin. Me siento contento, en verdad orgulloso, de formar parte de la iglesia de Cristo porque a nosotros se nos ha encargado la tarea más significativa y valiosa que haya sido dada a una institución humana cualquiera. Esto comunica a mi vida una importancia eterna, pues estoy participando en el plan de Dios para todos los tiempos. El significado y el destino de la historia están en mis manos.

Finalmente, el texto que comentamos contiene un "motivo" poderoso. "Entonces vendrá el fin." El tema de este capítulo es, ¿cuándo vendrá el reino? No estoy estableciendo ninguna fecha. No sé cuando vendrá el fin. Pero sí sé lo siguiente: Cuando la iglesia haya terminado su tarea de evangelizar al mundo, Cristo vendrá otra vez. La Palabra de Dios lo dice. ¿Por qué no vino en el año 500 de esta era? Porque la iglesia no había evangelizado al mundo. ¿Por qué no volvió Cristo en el año mil? Porque la iglesia no había terminado su tarea de la evangelización del mundo entero. ¿Viene Cristo pronto? Sí, pronto, si nosotros,

el pueblo de Dios, somos obedientes al mandato del Señor de llevar el evangelio a todo el mundo.

¡Cuánta sobriedad nos produce la comprensión de esto! Algunos se confunden tanto, que dicen: ¡No puedo creerlo! Sencillamente no puede ser verdad que Dios haya encomendado tal responsabilidad a los hombres. Cuando William Carey deseaba ir a la India, para llevar el evangelio a aquel país, hace siglo y medio, le dijeron: "Siéntate, joven, cuando Dios desee evangelizar a los paganos, El lo hará sin tu ayuda." Pero Carey tenía la visión y el conocimiento de la Palabra de Dios que le decían que no se sentara a esperar. Se levantó y se fue a la India. El inició la época moderna de las misiones mundiales.

Dios nos ha confiado la continuación y la consumación de esa tarea. He aquí lo que me conmueve. Hemos llegado más cerca de la terminación de esta misión que cualquiera otra generación anterior. Hemos hecho más durante los últimos ciento cincuenta años en la evangelización mundial que en todos los siglos precedentes desde la época apostólica. Nuestra tecnología moderna ha proporcionado la imprenta, automóviles, aviones, radios y muchos otros métodos de acelerar nuestra tarea de llevar el evangelio a todo el mundo.

Previamente, lenguas desconocidas han sido dotadas de formas gráficas. La Palabra de Dios ha sido traducida, parcialmente al menos, a 1.500 lenguas y dialectos, y el número de idiomas a que se traduce crece todos los años. He aquí un hecho que demanda atención. Si el pueblo de Dios de todo el mundo tomara en serio el texto que comentamos y respondiera a su reto, podríamos terminar la tarea de la evangelización mundial en nuestra propia generación y ser testigos de la venida del Señor.

Alguien dirá: "Esto es imposible. Muchos territo-

rios no están hoy abiertos para recibir el evangelio. No podemos [1974] entrar en China Comunista; las puertas de la India están cerrándose. Si el retorno del Señor espera la evangelización del mundo por la iglesia, entonces no es posible que Cristo vuelva durante nuestra vida, pues tantos lugares están cerrados al evangelio que es imposible terminar ahora la tarea."

Tal actitud deja de tener en cuenta a Dios. Es verdad que muchas puertas están cerradas por el momento; pero Dios puede abrir las puertas cerradas de un día para otro, y puede Dios obrar por dentro de los lugares que tienen sus puertas cerradas. ¡Recordad a Abisinia! Mi preocupación no son las puertas cerradas; me preocupan las puertas que están abiertas y no entramos por ellas. Si el pueblo de Dios fuera realmente fiel y estuviera haciendo todo lo posible por terminar la tarea, Dios haría que esas puertas cerradas se abrieran. Nuestra responsabilidad está de frente a las muchas puertas que están de par en par abiertas por las cuales no entramos. Somos un pueblo desobediente. Discutimos acerca de la definición de la evangelización mundial y debatimos acerca de detalles escatológicos, mientras descuidamos el mandamiento de la Palabra de Dios de evangelizar el mundo.

Alguien dirá: "¿Cómo hemos de saber cuándo será completa la misión? ¿Cuán cerca estamos del cumplimiento de la tarea? ¿Cuáles países han sido evangelizados y cuáles no lo han sido? ¿Cuán cerca estamos del fin? ¿No nos lleva esto a fijar una fecha?"

Mi respuesta es: No lo sé. Tan sólo Dios conoce la definición de los términos. No puedo definir con precisión cuáles son "todas las naciones". Sólo Dios sabe con exactitud el significado de "evangelizar". Sólo El, que nos ha dicho que el evangelio del reino

será predicado en el mundo entero para testimonio a todas las naciones, sabrá cuando se haya cumplido ese objetivo. Pero no necesito saberlo. Sólo sé una cosa: Cristo no ha venido todavía: por tanto la tarea no ha sido hecha. Cuando esté hecha. Cristo vendrá. Nuestra responsabilidad no está en insistir sobre la definición de los términos de nuestra tarea; nuestra responsabilidad está en completarla. Mientras Cristo no haya venido otra vez, nuestra tarea está por hacerse. Pongamos manos a la obra y completemos nuestra misión.

Nuestra responsabilidad no es salvar el mundo. No se nos exige que transformemos este siglo. El mismo párrafo del que es una conclusión el versículo que comentamos nos dice que habrá guerras y disturbios, persecuciones y martirios hasta que ocurra el mismo fin. Me alegro de que estas palabras estén en la Biblia. Me dan estabilidad. Me alejan de sentir un optimismo irreal. No hemos de descorazonarnos cuando vengan los tiempos malos.

Sin embargo, tenemos un mensaje de poder para llevar al mundo. Es el evangelio del reino. A través de todo el transcurso de esta era, dos fuerzas están trabajando: el poder del Maligno y el del reino de Dios. El mundo es el escenario del conflicto. Las fuerzas del Malo están agrediendo al pueblo de Dios, pero el evangelio del reino está atacando los dominios de Satanás. Este conflicto durará hasta el fin de esta edad. La victoria final será alcanzada sólo por medio del retorno de Cristo. No hay lugar para abrigar un ilimitado optimismo. El discurso del monte de los Olivos, pronunciado por nuestro Señor, indica que hasta el mismo fin, la perversidad caracterizará esta edad. Falsos profetas y falsos mesías se levantarán y descarriarán a muchos. La iniquidad, el mal, es tan abundante que el amor de muchos disminuirá. El

pueblo de Dios estará llamado a soportar crueldades. "En el mundo tendréis aflicción" (Juan 16:33). "Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios" (Hechos 14:22). Siempre debemos estar dispuestos a soportar tribulación así como el reino y la paciencia de Jesucristo (Apocalipsis 1:9). De hecho, nuestro Señor mismo dijo: "Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mateo 24:13). Aquel que aguante tribulaciones y persecuciones hasta lo último, aun hasta entregar su vida, no permanecerá, sino que encontrará la salvación. "Y matarán a algunos de vosotros" . . . "Pero ni un pelo de vuestra cabeza permanecerá" (Lucas 21:16, 18). La iglesia deberá estar siempre en su papel esencial de iglesia mártir. A medida que llevemos el evangelio a todo el mundo, no estamos llamados a esperar un éxito ilimitado. Debemos estar preparados para encontrar oposición, resistencia, hasta persecución y martirio. Esta edad sigue siendo perversa, hostil al evangelio del reino.

Sin embargo, no hay lugar para un pesimismo sin remedio. En algunos estudios proféticos, recibimos la impresión de que el fin de la edad, los últimos días, han de ser caracterizados por una perversidad "total". Se pone indebido énfasis a veces sobre el carácter de peligrosidad que tendrán los últimos días (2 Timoteo 3:1). La iglesia visible se nos dice, ha de ser "completamente" leudada por doctrinas impías. La apostasía ha de prevalecer en la iglesia de tal manera que sólo un pequeño remanente será hallado fiel a la Palabra de Dios. Los días finales de este siglo serán el período laodiceano cuando la totalidad de la iglesia profesante será nauseabundantemente indiferente a los asuntos eternos. En este cuadro de los últimos tiempos, el pueblo de Dios sólo puede esperar derrotas y frustración. Ha de reinar el mal. La era de

la iglesia terminará con una victoria sin paralelo del mal. Algunas veces se coloca tanto énfasis en el carácter perverso de los últimos días que recibimos la impresión (involuntariamente, seguro) de que cuanto más rápidamente se deteriore el mundo, mejor, pues más pronto vendrá el Señor.

No puede negarse que las Escrituras ponen énfasis en el carácter malo de los últimos días. De hecho, ya hemos puesto nosotros énfasis en esto. El mal que caracteriza esta edad experimentará una temible intensificación durante los tramos finales, en su oposición y odio contra el reino de Dios. Esto no quiere decir, sin embargo, que debemos caer en el pesimismo en esta edad y abandonar el mundo en manos del mal y de Satanás. El hecho es que, el evangelio del reino de Dios ha de ser proclamado por todo el mundo. El reino de Dios ha invadido el presente siglo malo. Los poderes del siglo venidero han atacado en este siglo. Los últimos días serán, ciertamente, días malos: pero "en estos últimos días (Dios) nos ha hablado por el Hijo" (Hebreos 1:2). Dios nos ha dado un evangelio de salvación para los postreros días, un evangelio encarnado en quien es Hijo de Dios. Es más, Dios declaró que "en los últimos días será que derramaré mi Espíritu sobre toda carne" (Hechos 2:17). Dios ha hablado acerca de los últimos días; Dios ha derramado Su espíritu en los últimos días para dar poder para proclamar la Palabra divina. Los postreros días serán malos, pero no inmitigablemente malos. Dios nos ha dado un evangelio para los últimos días, y nos ha dado poder para llevar el evangelio a todo el mundo para testimonio a todas las naciones; entonces vendrá el fin.

Este debe ser el espíritu de nuestra misión en el presente siglo malo. No abrigamos un optimismo rosado, esperando que el evangelio conquiste al

mundo y establezca el reino de Dios. Tampoco somos tan desesperadamente pesimistas que consideremos que nuestra tarea es irremediable ante la perversidad de esta era. Somos realistas, bíblicamente realistas, pues reconocemos el terrible poder del mal y aun así nos lanzamos en una misión de evangelización de magnitud mundial tratando de obtener victorias para el reino de Dios hasta que Cristo retorne en gloria para obtener Su última y más grande victoria.

Aquí está el motivo de nuestra misión: la victoria final espera la completación de nuestra tarea. "Y entonces vendrá el fin." No hay otro versículo en la Palabra de Dios que diga: "Y entonces vendrá el fin." ¿Cuándo vendrá Cristo otra vez? Cuando la iglesia haya terminado su tarea. ¿Cuándo finalizará esta edad? Cuando el mundo haya sido evangelizado, "¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?" (Mateo 24:3). Será predicado este evangelio del reino a todo el mundo para testimonio a todas las naciones; y entonces, vendrá el fin. ¿Cuándo? "Entonces"; cuando la iglesia haya cumplido la misión que le ha sido divinamente asignada.

¿Deseas tú la venida del Señor? Entonces te someterás a toda clase de esfuerzos para llevar el evangelio al mundo entero. Esto me preocupa a la luz de las claras enseñanzas de la Palabra de Dios, a la luz de la explícita definición hecha por nuestro Señor de la tarea consignada en la Gran Comisión (Mateo 28:19-20) que tomamos tan a la ligera. "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra." Estas son las buenas nuevas del reino. Cristo ha vencido la autoridad de Satanás. El reino de Dios ha atacado el reino de Satanás; esta edad impía ha sido agredida por el siglo venidero en la persona de Cristo. Toda autoridad es suya ahora. El no mostrará esta autoridad de su gloriosa victoria final hasta cuando venga otra vez;

pero ahora la autoridad es Suya. Satanás está derrotado y atado; la muerte ha sido vencida; el pecado está derrotado. Toda autoridad es Suya. "Id, por tanto, vosotros." ¿Por qué? Porque toda autoridad, todo poder es Suyo, y porque El está esperando hasta que hayamos terminado nuestra tarea. Suyo es el reino; El reina en los cielos, y El manifiesta Su reino sobre la tierra dentro y fuera de Su iglesia. Cuando hayamos cumplido nuestra misión. El volverá y establecerá Su reino en gloria. A nosotros nos ha dado no sólo esperar Su venida, sino también apresurar el día de Dios (2 Pedro 3:12). Esta es la misión del evangelio del reino, y ésta es nuestra misión.